

Recompensa, una familia

Rosa Sáenz



Recompensa, una familia.

Rosa Sáenz.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, así como su tratamiento informático, grabación magnética, alquiler o cualquier otra forma de cesión o almacenamiento, sin el permiso previo por escrito de la autora.

Título: Recompensa, una familia.

© Rosa Sáenz.

Primera edición: julio 2019

Gracias por comprar esta novela.

Dedicado a mi padre.

*A partir de ahora ya no podré verte,
pero seguirás conmigo, a mi lado siempre.*

*Serás como el viento que roza mi cara
solo que tú rozarás mi alma.*

*Ya no podré oírte susurrarme cosas,
soñaré con ello y estaré gozosa.
Serás el murmullo constante de olas
de ese mar sereno que era tu persona.*

*También sin tocarte tendré que vivir.
Algo inventaré para resistir.*

*Cerraré los ojos para poder verte.
Buscaré el silencio para oírte siempre.
Palparé el vacío y te sentiré.
Tranquilo, seguro lo conseguiré.*

Rosa Sáenz.

Agradecimientos:

Quiero dar las gracias a todo mi círculo más cercano, por no dejar de darme empujoncitos en la espalda para que siga adelante. A “mis compis”, por creer en mí, casi más que yo misma. A mis lectores cero y, en especial, a esas “magníficas amigas” dispuestas a ayudar, apoyar y colaborar de todas las formas posibles.

Y, sobre todo, a ti lector por haber comprado mi novela. Gracias por haberle dado una oportunidad. Espero que te guste y te proporcione esas horas de desconexión con la realidad que todos necesitamos.

Cuando termines de leerla, si te apetece, puedes contarme si te ha gustado. Tu opinión es muy importante para mí.

Contacto: rmsasol@gmail.com

Recompensa, una familia.

Sinopsis.

Rebeca fue condenada a un año de prisión por agresión cuando, en realidad, su única falta había sido defenderse de lo que, de otro modo, habría terminado siendo una violación. Lo que empieza como una gran tragedia para ella, acaba convirtiéndose en una bendición. Ese paréntesis forzoso que sufre su vida, le va a proporcionar lo que su severa rutina de estudio le había impedido tener hasta ahora: una familia.

Arturo se tiene por un patrón justo. Cuando una persona empieza a trabajar para él, solo le advierte dos cosas. Que no permite que le desobedezcan y que no soporta que le mientan. Y, personalmente, solo tiene una norma: mantener siempre la relación con sus trabajadores en un plano estrictamente laboral.

Hasta ahora, con esas sencillas pautas había sido suficiente. Hasta ahora.

Cuando conoce a Rebeca, ella le hace saltarse sus propias normas e incluso pone su vida en peligro con tal de protegerla.

CAPÍTULO 1

Tenía todos los músculos de su cuerpo doloridos por la tensión que soportaban todo el día.

Desde que había ingresado en la prisión, hacía ya doce días y cinco horas, su objetivo principal había sido conseguir que nadie pudiera apreciar el terror que sentía por estar allí.

Nunca había podido imaginar que se encontraría en una situación semejante e ignoraba como debía tratar y comportarse ante el tipo de personas que ahora se habían convertido en sus habituales acompañantes.

Se había propuesto no torturarse más con el asunto. Mientras duró el proceso, no dejó de dar vueltas a la cabeza intentando localizar ese momento en que tomó una decisión errónea que desencadenaría toda aquella tragedia en su vida. Pero por más que repasó su comportamiento, no se arrepentía de ninguna de sus acciones. Ahora, ya solo quedaba salir de aquella experiencia lo menos dañada posible. “Todo lo que no te mata te hace más fuerte”, le había asegurado su padre antes de despedirse.

Dios había sido piadoso y había permitido que fuera incluida en el nuevo plan de reinserción de presos que se había aprobado y puesto en marcha meses atrás, a modo de experiencia piloto, en media docena de prisiones del país. Eso, con suerte, le permitiría salir de la prisión en la próxima remesa de personas, rumbo a alguna granja, finca o bodega cercana. Si no, habría que esperar al próximo envío diez días más tarde, pero era cuestión de tiempo. Si hubiera tenido que permanecer en la prisión durante toda su condena, se habría vuelto loca. Ella necesitaba actividad, eso le ayudaría a no pensar demasiado.

Encontró a Poli en el patio, con su hijita Megan de una mano y con la papeleta de su destino en la otra.

—¿Ya te la han entregado? —preguntó Rebeca decepcionada.

—A todo el mundo. ¿A ti no?

Rebeca, desilusionada, negó con la cabeza.

—Bueno, tal vez no las han entregado todas —intentó animar Poli—. Aún es pronto.

—¿Dónde te han enviado?

—A la finca del señor Morán. A diez kilómetros de aquí. La mayoría con los que he hablado van allí.

Rebeca tenía bien presente lo que Poli, mucho más experta en esto ya que era su segundo destino y su tercer año de condena, le había comentado días atrás de que siempre era mejor ser trasladada en grupo que aisladamente.

—Está claro que ya no iremos juntas —afirmó Rebeca, intentando empezar a hacerse a la idea.

Poli era la única persona con la que había llegado a intimar en esos doce días y ahora debía separarse de ella. Parece mentira que en tan poco tiempo dos personas puedan llegar a conectar de esa manera, pero lo cierto es que así era. Rebeca consideraba ya a Poli como una amiga de las de verdad, de las de para toda la vida. Y sabía que el sentimiento era recíproco.

—No pierdas la esperanza todavía —afirmó Poli, tratando de consolarla mientras frotada cariñosamente el brazo de su amiga.

La pequeña Megan que las observaba con atención, imitó el movimiento de su madre y consiguió arrebatarse una sonrisa a ambas.

—Megan, Megan. ¡Cuánto te voy a echar de menos! —suspiró Rebeca abrazando el cuerpecito de la pequeña.

—“Rebeca Xilos, a control”.

Las dos amigas se miraron ilusionadas al escuchar por megafonía el nombre de Rebeca.

—Ahí está tu papeleta —afirmó jubilosa Poli—. ¡Vamos a por ella!

Poli tomó en brazos a su hijita y siguió a Rebeca que ya corría hacia el puesto de control.

—Soy Rebeca Xilos —informó al llegar al mostrador.

El funcionario de la ventanilla no se molestó en dirigirle la palabra. Extendió su mano y le entregó un papel. Rebeca lo recogió y lo pegó a su pecho sin leerlo.

—Vamos, léelo —instó Poli.

Rebeca obedeció y leyó en voz alta.

—Bodegas Brader.

No recordaba el nombre del lugar al que iba Poli así que, en cuanto terminó de leer, levantó la vista para ver la expresión de Poli y enseguida supo que en pocas horas iba a terminar su andadura juntas.

Estuvieron largo rato deprimidas, pero luego se puso en marcha uno de los mecanismos de defensa de la condición humana y pronto encontraron motivo para no verlo tan negro. Sus destinos solo distaban nueve kilómetros. Podrían hablar por teléfono y reunirse a mitad de camino en sus días libres. No dejarían que su amistad terminara allí.

Al día siguiente Rebeca la vio partir con su pequeña en brazos, arropada con el resto de presos con su mismo destino. En ese momento sintió casi más terror que cuando llegó a la prisión. Había oído comentarios en el comedor sobre los abusos de poder que se ejercían a veces en esas granjas o bodegas. En teoría la ley prohibía los malos tratos y los abusos, pero en la práctica, ningún funcionario se molestaba en visitar dichas fincas para comprobar si esto se cumplía. Por eso Poli insistía en que siempre era mejor llegar con un grupo de gente. Se pasaba más desapercibida y en esos sitios, según los consejos de los más experimentados, lo mejor era no llamar la atención, ni por excesivamente cumplidor, ni por conflictivo.

Una hora más tarde de que Poli desapareciera en una camioneta, llamaron a Rebeca para que acudiera a la puerta de la prisión con todas sus pertenencias. Fue entonces cuando un intenso dolor en la boca del estómago casi la impidió ponerse en pie. Tuvo que hacer varias respiraciones profundas y reunir todo su coraje para abandonar la celda con cierta dignidad.

Junto a la caseta de la entrada, esperaba un individuo de mediana edad que conversaba amigablemente con el guardia del interior.

Rebeca, después de saludar discretamente, entregó los papeles que llevaba en la mano al funcionario, sin atreverse casi a mirar al señor que tenía a su lado. El policía selló los documentos y se los entregó al hombre que, tras despedirse de los guardias, echó a andar hacia la furgoneta haciendo un gesto a Rebeca para que le siguiera.

El sujeto abrió la puerta de atrás para que Rebeca se acomodara y se quedó fuera del vehículo, argumentando que debían de esperar.

Ella se acomodó en la parte de atrás y ahora examinó con cautela al

hombre que paseaba junto al vehículo. No había en él nada que llamara la atención. No tenía el aspecto de ser dueño de mucho más de lo que llevaba puesto. Eso le agradó a Rebeca. Significaba que no era orgulloso, ni engreído y ella, basándose en eso, sacó en conclusión que tampoco podía ser arisco ni malvado. Aun así, repasó la lista de todas las recomendaciones de Poli una vez más. Procurar no mirarlos directamente a los ojos; dirigirse a ellos siempre demostrando gran respeto, aunque estuvieras acordándote de toda su familia por dentro; no ser excesivamente amable y servicial, porque resultaría sospechosa tan buena disposición, pero tampoco maleducada y contestataria porque solo traería problemas... Había que mentalizarse para, mientras aquello durara, conseguir que tu cuerpo permaneciera allí y tu mente se alejara lo más posible.

Seguía repasando la lista de recomendaciones cuando vio que el hombre levantaba la vista hacia la puerta y al instante se introducía rápidamente en la furgoneta y ocupaba el asiento del copiloto. Al momento, la puerta del conductor se abrió y se acomodó al volante otro hombre, del que Rebeca solo pudo ver la parte posterior de su cabeza.

—¿Todo en orden? —preguntó al entrar.

—Sí, éstos son los papeles de la muchacha.

—Pues andando, que se está haciendo tarde.

Rápidamente, puso la furgoneta en marcha y se alejaron de la prisión a gran velocidad. Para cuando Rebeca se dio cuenta ya casi no se distinguían sus muros. La verdad es que se alegró de perderla tan rápidamente de vista. Ahora ya tenía una nueva preocupación. Había quedado claro que su nuevo patrón era el hombre que conducía, no el de mediana edad que ella había pensado en un principio. Sí apreciaba que este segundo hombre era bastante más joven, pero aparte de eso, al desconocer su rostro no pudo hacer muchas más conjeturas.

Llevaban ya más de diez minutos de viaje cuando el conductor pareció reparar en ella por primera vez. Rebeca se dio cuenta que estaba siendo examinada a través del espejo retrovisor y fingió no darse cuenta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el conductor mirando hacia el espejo.

—Rebeca Xilos, señor —contestó ella, mirando también hacia el retrovisor.

—Bien Rebeca, dime, ¿qué sabes hacer?

Aquellos ojos azabaches seguían examinándola detenidamente. Rebeca aún se puso más nerviosa y no supo cómo contestar a la pregunta. Él debió de

notar su azoramiento e insistió de nuevo.

—Vamos dime ¿para qué puedes servirme?

Aquel hombre debía de conocer muy bien la carretera porque no había aminorado la velocidad y ya hacía más de un minuto que no la perdía de vista.

—No he trabajado nunca en una bodega, si se refiere a eso, pero puedo aprender lo que haga falta.

La respuesta pareció satisfacer al nuevo patrón porque, de momento, cesó el interrogatorio.

Veinte minutos más tarde, tomaron un nuevo desvío que pareció ser ya el último y definitivo. Rebeca divisó unos edificios, unos cientos de metros más adelante y al instante el conductor volvió a dirigirse a ella a través del espejo.

—Aquel será tu nuevo hogar por una temporada. Antes de llegar solo quiero hacerte algunas advertencias para que nuestra relación sea lo más satisfactoria para ambos.

El conductor hizo una pausa, como si quisiera comprobar que ella había entendido todo hasta ahí.

—No permito que me desobedezcan y no soporto que me mientan. Si lo haces, atente a las consecuencias. Si cumples estas dos reglas tu permanencia aquí no tiene por qué ser excesivamente desagradable. ¿Entendido?

El conductor volvió a mirar por el espejo retrovisor o tal vez lo había estado haciendo todo el tiempo. Rebeca no podía asegurarlo ya que había permanecido con la cabeza agachada.

—Sí señor.

—Perfecto. José te enseñará dónde debes instalarte.

La furgoneta se detuvo en ese mismo instante, como si tuviera controlada la duración de su pequeño discurso y supiera en qué punto exacto del camino debía comenzar su alocución para terminar justo al llegar al portón.

José se bajó de la furgoneta y Rebeca le siguió. Sin embargo, el conductor, su nuevo patrón, permaneció en el coche observándolos mientras se alejaban y preguntándose como su amigo, el alcaide de la prisión, había conseguido convencerle para que tomara a esa mujer a su servicio cuando ya no necesitaba a ningún operario más.

No obtuvo ninguna respuesta aceptable así que, tras un par de minutos, arrancó y llevó la furgoneta al cobertizo que hacía las veces de garaje.

Rebeca echó a andar tras el tal José. La furgoneta se había detenido nada

más cruzar la verja de entrada y, ahora, ambos caminaban por un sendero de tierra que terminaba unos cientos de metros más adelante, al pie de una construcción alargada, que parecía ser su destino. Rebeca, no pudo evitar sentir lástima por las ruedas de su maleta porque, aunque la pista estaba bastante lisa y compactada, no dejaban de chirriar y dar botes por los constantes encontronazos con los pequeños guijarros. Cuando fue consciente de los derroteros que había tomado su mente, sonrió y se reprochó a sí misma: “Con todo lo que tienes encima y tú preocupándote de la maleta”.

En su recorrido, no dejó de observar todo lo que había a su alrededor, intentando absorber el máximo de información. Escuchó que la furgoneta se ponía de nuevo en marcha y giró la cabeza para verla desaparecer tras un seto que había quedado atrás, a su izquierda. Un pequeño traspiés le hizo volver a mirar hacia delante. A su derecha, rebasaban ahora una edificación independiente de dos plantas. Su acompañante la señaló y, sin que ella hubiera pedido explicación, comentó:

—Esa es la casa del patrón. Si no la tienes que pisar ninguna vez en el tiempo que estés aquí, será buena señal.

Tras la advertencia y como un acto reflejo que no pudo controlar, Rebeca dejó de mirar la casa y aceleró el paso para alcanzar a José. Como si tan solo el mirarla pudiera acarrear problemas.

Unos veinte metros más adelante, el tal José volvió a señalar a su derecha, a otro edificio que estaba tras la casa, algo más alejado.

—Esas son las bodegas. Pronto estarán a rebosar de racimos —añadió sin poder evitar cierto tono de orgullo.

Ahora miró al frente y, con la cabeza, señaló el edificio que tenía delante.

—Y aquellos son los barracones.

Rebeca había vuelto a ralentizar su paso y observaba absorta el paisaje que se abría paso junto a las bodegas. Una enorme superficie, repleta de hileras de viñedos, entre las que se divisaban varios grupos de trabajadores. Eran una estampa muy bella. Digna de una postal. Lástima que no hubiera traído consigo su cámara de fotos. Habría intentado captar ese juego de luces y colores, pero, ¿quién iba a pensar que pudiera encontrar un lugar tan bello en medio de toda su pesadilla? Desde luego, ella no.

Cuando fue consciente de que se había detenido, no supo calcular por cuánto tiempo, y de que su acompañante la esperaba unos metros más adelante, se disculpó:

—Lo siento, me he quedado embobada. Es la primera vez que estoy en un viñedo.

José echó a andar sin decir nada y sonrió para sus adentros. Conocía el efecto que producía el paisaje. Lo había sufrido en sus propias carnes hacía ya más años de los que quería recordar. Por allí pasaba mucha gente. Él hacía ese mismo recorrido con todos ellos. Algunos, la mayoría, era incapaces de detenerse un momento y apreciar la maravilla que tenían delante. Pero, de vez en cuando, alguno lo hacía y, sin saberlo, quedaba prendado para siempre por la magia del lugar. José, tras años observándoles, era capaz de distinguirlos en cuanto los conocía. Y, desde que había visto a la muchacha, habría apostado que ella sería una de las privilegiadas. No le había defraudado.

Rebeca, para cuando llegaron al edificio, caminaba de nuevo junto a su guía que abrió la puerta y, cortésmente, le cedió el paso.

José, en silencio hasta entonces, desde que, cinco minutos antes, hubieran reanudado la marcha, tomó la palabra de nuevo para hacer las oportunas explicaciones.

—Eso del frente es el comedor y una pequeña zona común con una sala de juegos y lectura. Detrás están las cocinas. Este pasillo de la derecha son los dormitorios de los hombres. Y este de la izquierda, lleva al dormitorio de las mujeres.

De nuevo siguió los pasos de José que ya había abierto la puerta lateral rumbo al ala de las mujeres.

Entraron en una gran habitación con camas repartidas a ambos lados. José se detuvo nada más pasar el umbral, como si aquello fuera terreno prohibido para él. Y el resto de explicaciones las hizo desde ahí.

—Allí, al final, están las duchas y los baños. Localiza las camas libres y elige la que quieras. Los armarios tienen llave. Los que están libres la tendrá metida en la cerradura. Guarda tus cosas dentro y lleva siempre la llave contigo.

José consultó su reloj.

—Dentro de una hora servirán la comida. Tienes tiempo de sobra para instalarte. Después de comer te dirán cuál es tu trabajo. Procura ponerte algo cómodo para la faena. Tengo que irme —añadió ya dando la media vuelta—, aún tengo mucho que hacer antes de la comida.

—Gracias por todo —afirmó Rebeca de nuevo atemorizada.

—No hay de qué. Que te vaya bien —deseó José con una media sonrisa—.

Rebeca le vio alejarse por uno de los ventanales, de regreso a las bodegas y se sintió tremendamente angustiada de nuevo.

—Bien Rebeca, otra vez a empezar de cero. Tendrás que volver a utilizar todos tus encantos para encontrar una cara amiga —se dijo a sí misma.

Tomó de nuevo el asa de su maleta y se adentró despacio en la gran habitación.

Contó una veintena de camas a cada lado del pasillo. Todas tenían una mesilla a la derecha y un armario a la izquierda. Le llamó la atención que, en la cabecera de cada cama, el típico crucifijo de antaño, había sido sustituido por un pequeño cuadro que encerraba una cita, diferente para cada cama. Fue leyéndolas según pasaba. Unas la hicieron sonreír, otras meditar unos segundos: “Si una persona te dice que eres un burro, no le hagas caso. Si te lo dicen varios, mírate al espejo”. “Uno suele encontrar su destino en el camino que escoge para evitarlo”. “La sabiduría no es circular, la ignorancia sí. Aprende de tus errores”. “Recuerda, las mentiras corren hasta que la verdad las alcanza”. “Si buscas resultados diferentes, no hagas siempre lo mismo”. “No hay que lamentar lo que se pierde, sino celebrar lo que se conserva”.

Sin duda, pensó Rebeca divertida, su nuevo patrón era un filósofo en potencia. Había puesto todo el refranero español al servicio de la causa y la reinsertión social.

La siguiente cita la impactó lo suficiente para borrarle la sonrisa: “La vida es eso que te sucede mientras te empeñas en llevar a cabo tus planes”. Parpadeó y releyó la cita más despacio: “La vida es eso que te sucede mientras te empeñas en llevar a cabo tus planes”. Bueno, pensó, si tuviera que resumir su vida en ese momento, desde luego, esa frase sería bastante exacta. El colchón de la cama estaba al descubierto y, el armario de su izquierda, tenía la llave metida en la cerradura, eso, sin duda, significaba que estaba libre. Así que, no buscó más. Aquella cama parecía estar reservada para ella. Hincó sus dedos en el colchón, bastante más grueso que el que le había tocado en la prisión y quedó satisfecha con su dureza. Se acercó al armario y probó a girar repetidas veces la llave. Todo correcto. Decidido, ya tenía cama. Abrió el armario y encontró un juego de sábanas, una manta, una fina colcha y una almohada. Así como dos juegos de toallas de diferentes tamaños. Olían a limpio y algo tan simple, la hizo sonreír. Un poco más relajada, comenzó a sacar sus cosas de la maleta y, no sobró demasiado espacio en el pequeño ropero, de no más de sesenta centímetros de ancho, una vez que colocó sus

escasas pertenencias en su interior.

Fue hacia la puerta de los baños y fisgoneó un poco. Volvía a ser un habitáculo rectangular, como el de los dormitorios, con seis cabinas con ducha a un lado y otras seis cabinas con un inodoro al otro. Y en la zona central un tabique divisorio con otros tantos lavabos y espejos por ambos lados. La distribución le recordó al internado en el que estuvo estudiando hasta los dieciocho años. No se permitió caer en la nostalgia. Dio media vuelta y salió.

Quiso seguir curioseando el resto de las instalaciones, pero no se atrevió. En cualquier caso, pensó, tendría tiempo de sobra para verlo todo. Tomó la ropa de cama del estante del armario y, una vez hecha, se sentó, con la espalda apoyada en la cabecera, dispuesta a esperar lo que hiciera falta.

No pasó mucho rato antes de que se escucharan voces por el corredor y la habitación empezara a llenarse de mujeres. Tuvo que soportar miradas de sorpresa, de intriga, de indiferencia. Algunas pocas saludaban tímidamente, pero la mayoría pasó sin dirigirle la palabra.

A los pocos minutos empezó a vaciarse de nuevo el recinto. Todas fueron saliendo rumbo al comedor y Rebeca se quedó allí sin saber qué hacer.

Al fin, una mujer que acababa de entrar se dirigió directamente hacia ella.

—Perdona ¿Eres Rebeca?

Ella asintió con la cabeza al tiempo que se ponía de pie.

—Soy Lola, me acaban de comunicar que perteneces a mi grupo de trabajo, el número nueve.

Rebeca, no supo decidir cuál era la forma apropiada de saludarse en éstos casos, así que se limitó a asentir con la cabeza y afirmar:

—Perfecto, encantada.

—Ya veo que has elegido cama. La mía es aquella de allí —informó Lola señalando una al otro lado del pasillo—. Cualquier cosa que necesites ya sabes —ofreció educadamente.

Sin tiempo a que Rebeca agradeciera el ofrecimiento, siguió hablando con algo de prisa.

—Bien, esto de aquí son los baños —señaló ya de camino hacia ellos—, imagino que ya los has visto.

Desde el umbral indicó con el dedo:

—Duchas..., baños..., allí en frente está el cuarto de las calderas que hemos tomado al asalto y lo usamos de tendedor. Dentro hay una lavadora, pero como funciona con monedas, la mayoría optamos por lavar a mano. Para

la ropa de cama y toallas tenemos servicio de lavandería. Aquel cesto es para la ropa de cama. Se recoge los días uno y quince. Las toallas sucias se echan en ese otro —indicó señalando otro cesto que, como su compañero, había pasado desapercibido para Rebeca en su anterior revisión ocular—. Ese lo recogen lunes, miércoles y viernes. Los martes, jueves y sábados toca el ala de los chicos.

Lola consultó su reloj y dio media vuelta, rumbo a la salida.

—Vamos camino al comedor y sobre la marcha te pondré al corriente del resto.

Rebeca la siguió a paso ligero.

Casi todas las mesas estaban ya ocupadas. Rebeca, a vista de pájaro, calculó que los hombres doblaban en número a las mujeres. Así que al menos eran ciento veinte, ciento cincuenta trabajadores. Era la primera vez que se paraba a pensar en el tamaño de la bodega.

Se colocaron en la fila para recoger la bandeja y se produjo un silencio algo violento. Ninguna de las dos supo qué decir. Al final fue Rebeca la que rompió el hielo.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Siete meses —contestó Lola—. Si lo que quieres saber es si se está bien aquí, debes saber que hay sitios mejores, pero te aseguro que también los hay mucho peores. ¿Es tu primer destino?

—Sí.

—Y ¿tu primera condena?

—Sí —volvió a repetir Rebeca al tiempo que posaba el plato sobre la bandeja.

—Entonces te daré un consejo. Cumple con tu trabajo y permanece entre la muchedumbre sin sobresalir.

Rebeca sonrió al recordar las palabras de Poli.

—Es lo mismo que me aconsejó una amiga en la prisión.

—Pues sigue el consejo. Ven, aquella es nuestra mesa.

Lola se adelantó y posó su bandeja en una mesa.

—Mirad chicas, una nueva. Se llama Rebeca y trabajará con nosotras.

Todas saludaron con la cabeza sin dejar de comer. Lola intentó justificarlas.

—Solo tenemos una hora para comer. Si nos damos prisa nos da tiempo a fumarnos un cigarrito fuera tranquilamente.

Rebeca asintió como si la idea le pareciera estupenda, aunque en realidad ella no fumaba.

La comida fue silenciosa y demasiado rápida para el gusto de Rebeca que, por el momento, no protestó y se limitó a abandonar sobre su plato la mitad de su ración para conseguir terminar al tiempo que las demás.

Una vez fuera, en el patio, el ambiente fue más distendido y todas se interesaron por la recién llegada e intentaron contestar a todas sus preguntas.

—Los turnos de trabajo van cambiando —explicó Lola—. Nosotras siempre lo haremos juntas, pero tan pronto nos puede tocar recolectar en el campo como cargar los remolques o al día siguiente limpiar los barracones o pintar la fachada o, en el mejor de los casos, trabajar en las frescas bodegas.

—¿Cuánto debes de estar aquí? —se interesó una del grupo.

—En principio un mes, y si todo va bien cumpliré aquí mi año de condena.

—Te aseguro que hay sitios peores —le aseguró una de las de más edad.

—¿Cómo es el patrón? —preguntó Rebeca.

—¿Es que no le has visto?

—Si he de ser sincera tiene una nuca muy bonita, pero lo demás lo desconozco.

—Todo lo tiene igual de bonito —aseguró de nuevo la mujer de más edad—, te lo digo yo. Bueno, todo lo que está a la vista, claro.

Rebeca sonrió. Ella, basándose únicamente en aquellos ojos que había visto a través del retrovisor, había sacado esa conclusión, pero solo había sido una suposición. Ahora se había convertido en un hecho constatado.

—Yo me refería más bien a su forma de ser.

—No está mal, algunos piensan que es muy duro, pero tan solo es exigente. Si cumples con tu trabajo, él no se meterá contigo —le garantizó Rosa, la mujer de más edad.

—Seguro que Sandrita no piensa lo mismo de él —comentó otra de las chicas.

Todas rieron divertidas. Lola le explicó el motivo de las risas a Rebeca.

—Sandrita nada más llegar y percatarse de lo joven y apuesto que le

había tocado el patroncito, imaginó que si conseguía meterse en su cama todo le resultaría más cómodo.

—¿Qué pasó? —preguntó curiosa Rebeca.

—El patrón la dijo delante de todos que la había contratado para que trabajara en el campo y que cuando quería una puta en su cama, buscaba una profesional.

Rosa tomó la palabra entre carcajadas.

—La tuvo un mes limpiando las letrinas del barracón de los hombres.

Cuando Rosa consiguió recobrar la compostura intentó responder más en serio a la pregunta de Rebeca.

—No, ahora en serio. No es tan malo. Por supuesto no permite que nadie vaguee, pero es bastante justo y nos da un nivel de vida bastante aceptable comparado con lo que se ve por ahí.

—Sí, no está mal, aunque nos tiene sin televisión —se quejó una de las más jóvenes.

—¿Sin televisión? —repitió incrédula Rebeca, que hasta en la prisión había visto que la tenían.

—Nos trae la prensa y nos deja oír la radio —justificó otra—. No es que sea una discriminación, es que él tampoco la ve.

—¿En el siglo XX y sin televisión? Eso sí que es increíble —afirmó Rebeca muy sorprendida.

Una fuerte sirena las devolvió a la realidad. Todas se levantaron quejumbrosas. Rebeca, sin embargo, las acompañó de buen grado. Aquello no iba a ser tan horrible como ella se había imaginado, pensó para sí.

Cuando llegó a los campos, comprobó que lo que había divisado cuando se detuvo, antes de entrar al barracón, era una ínfima porción del terreno. Aunque parte de la plantación se encontraba en llano, los viñedos continuaban ladera abajo, para luego volver a subir por la siguiente colina. Así, hasta casi la línea del horizonte, en un leve pero constante sube y baja.

Las hileras de vides, compinchadas con la perspectiva, comenzaban simulando discurrir en una perfecta línea recta y, cuando las seguías con la vista, terminaban ondulándose al compás que marcaba la vertiente.

Cuando se internó entre las cepas, la visión panorámica perdió protagonismo y fue el juego de colores lo que llenó sus sentidos. Aquellos racimos de uva, del color de los rubíes, le parecieron lo más hermoso que había visto en mucho tiempo. Su cara debía ser todo un poema porque

enseguida suscitó comentarios jocosos entre las compañeras.

—Mirad a la chica de ciudad —bromeó Rosa—. Ni que fuera la primera vez que ve un racimo de uvas.

—Es la primera vez que lo veo colgando de su parra —confesó Rebeca, sin dejar de sonreír—. Es un lugar hermoso —admitió a renglón seguido, tan asombrada como la que más del efecto que le estaba causando el paraje.

Varias bufaron de manera poco femenina y Rosa vaticinó.

—Seguro que, en unos días, cuando no sepas que parte del cuerpo te duele más, ya no pensarás lo mismo.

—¡Venga chicas! ¡Vale de palique! A trabajar —boceó Lola desde unos metros más adelante.

Recolectó uvas durante toda la tarde. Al terminar estaba algo cansada, pero le pareció bastante llevadero. Durmió de un tirón y al día siguiente empezó a pensar que se había precipitado en su juicio. Tenía las manos ásperas y llenas de arañazos, le dolían las piernas y sentía un agujonazo fortísimo en los riñones. Como no se acostumbrara pronto a aquello, iba a terminar con ella.

Jamás le había gustado la vida sana del campo. Ella había sido una rata de biblioteca. En los últimos años los únicos árboles que había visto eran los que había en el paseo que atravesaba todos los días para entrar en la biblioteca pública. Llevaba dos años preparando su tesina y seguramente en ese tiempo había leído más libros que entre todas las que había allí juntas en toda su vida.

Pensó que su suerte había mejorado cuando tres días más tarde les cambiaron sus tareas. Pasaron el resto de la semana cargando los remolques que transportaban las uvas a la cooperativa. Eso permitió que sus piernas se recuperaran, aunque a costa de un dolor intenso en los antebrazos.

Solo su grupo fue encargado de esta tarea y teniendo en cuenta que eran casi un centenar los recolectores, entre hombres y mujeres, no tenían tiempo ni para respirar. Se repartieron en tres grupos, uno para cada remolque. Rebeca se encaramó en lo alto de uno de ellos para ir colocando las cestas que otro compañero le alzaba desde el suelo. Algunos hombres, que no parecían pertenecer a ningún grupo concreto, les ayudaban a ratos.

Rebeca intentó ir colocando las cestas de mimbre lo más

ordenadamente posible, pero para cuando se dio cuenta se había quedado encerrada en uno de los rincones del remolque. Al intentar salir sin dañar las uvas, fue cuando resbaló y cayó desde lo alto. De forma instintiva, al ver que perdía pie, se agarró a unos de los laterales del vehículo, lo que amortiguó un poco la caída, pero, aun así, fue un buen golpe.

Uno de los hombres, que cargaba el remolque de al lado, fue el primero en verla y acudir rápidamente a su lado. Rebeca estaba aturdida cuando intentó levantarse.

—Espera, no tengas prisa —le aconsejó él—, tómate tu tiempo. Te has dado un buen golpe en la cabeza.

—Ni que lo digas —aseguró Rebeca masajeando la zona de la cabeza donde ya empezaba a notar que se formaba un chichón—. ¡Malditas cestas!

—Cuévanos —rectificó el hombre—. Se llaman cuévanos.

—¡Cómo se llamen! —replicó malhumorada sin dejar de frotarse la cabeza—, me acorralaron, no me dejaban salir.

Él sonrió divertido al ver cómo aquella mujer dotaba de cualidades humanas a unos simples cestos de mimbre.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Lola que llegaba entonces a su lado.

—No, no es nada. Enseguida estaré bien. ¡Vaya caída más tonta! ¡Soy torpe por naturaleza! —se quejó malhumorada.

Aquel hombre seguía a su lado y parecía estar inspeccionando todos sus huesos. Estaba acercándose a zonas conflictivas y Rebeca se sintió ridícula allí tendida.

—Ya estoy bien, no os preocupéis. Volvamos al trabajo antes de que nos llamen la atención.

Lola la miró extrañada.

Rebeca, ayudada por el amable compañero, se puso de pie.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él.

—Sí, supongo que tendré dolor de cabeza un par de horas, pero nada más.

Rebeca echó a andar y al intentar posar el pie en el suelo, casi cae de bruces de nuevo.

—¡Eh! ¿Estás segura de que no has bebido? —bromeó el compañero—. Siéntate, déjame ver ese tobillo.

—No es nada, volvamos al trabajo.

Aquel hombre no cedió a su ruego y para cuando Rebeca quiso darse cuenta ya le había quitado la bota e inspeccionaba su tobillo.

—Es una pequeña torcedura, puedo seguir trabajando.

—Yo creo que no —discrepó él—. Está hinchado y creo que lo estará más dentro de un rato. Será mejor que te lo venden.

—No, ni hablar. Solo llevo unos días aquí —le explicó Rebeca—, no quiero tener problemas.

—Tendrás problemas si no te vendas el pie —sentenció secamente el hombre, al tiempo que la tomaba en sus brazos.

Rebeca siguió protestando, pero a una señal de Lola para que se callara, obedeció.

—Será mejor que hagas lo que él dice —le aconsejó.

Ella desistió en su empeño de que la bajara al suelo. La verdad es que cada vez la dolía más.

—Te agradezco lo que estás haciendo, pero no querría que por mi culpa te ganaras una bronca.

—No te preocupes, nadie se atrevería a reñirme —afirmó al parecer muy divertido por esa afirmación.

—Vaya, debes de llevarte muy bien con el patrón para estar tan seguro.

—Bueno, creo que dadas las circunstancias no podemos llevarnos mejor —contestó él con aire jocosos—. ¿Y tú? ¿Cómo te llevas?

—Puede decirse que no le conozco. Solo hablé con él en el trayecto hasta aquí. Bueno, en realidad, fue él el que habló, yo me limité a decir “sí señor”.

Él sonrió divertido. Ya llevaba recorrido más de cien metros, pero no daba síntomas de estar cansado por tener que cargar con ella.

—Tú parece conocerle bien. ¿Cómo es?

El hombre llevaba una gorra de béisbol y unas gafas de sol que le ocultaban gran parte del rostro, pero a Rebeca le pareció apreciar que volvía a sonreír.

—Bueno, en mi opinión no es un mal tipo.

—Es lo que todo el mundo me dice, pero no sé si acabo de creerlo.

Ahora él la miró sorprendido.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Nadie se mezcla con gente como nosotros por nada. Los que no buscan aprovecharse del prójimo, ocultan algo o son unos amargados. Esos

son los peores porque tarde o temprano nosotros pagamos su amargura.

—Creo que eres un poco sabelotodo. Juzgas demasiado rápido a la gente. Me acabas de decir que no le conoces.

—Y es cierto, pero estoy segura de que es así.

—Y yo estoy seguro de que eres una sabelotodo.

Rebeca se dio cuenta de que su portador se dirigía a la casa grande, no a los barracones.

—Yo seré una sabelotodo, pero tú no sabes nada. No podemos entrar ahí. Llévame a los barracones.

—¿Por qué? El botiquín de la casa es mucho más completo.

—Oye, no quiero problemas —protestó enérgica Rebeca—, llévame a los barracones, por favor.

Él se detuvo y sin soltarla la miró largamente. Rebeca creyó que le había convencido, pero no fue así. Al instante volvió a reemprender la marcha con más decisión, si cabe, que antes.

—No me gusta que me den órdenes.

—Menos te gustará que te echen un rapapolvo. No pienso entrar ahí, suéltame.

El hombre la agarró con más fuerza al sentirla revolverse y continuó su camino. Tres minutos más tarde, y a pesar de las pataletas de Rebeca, entraban en la casa por la puerta principal. Ella se quedó paralizada en cuanto entraron, pero él debía de entrar muy a menudo. Daba la impresión de estar como en su casa.

—¡Luisa! —gritó antes de entrar a una habitación lateral—, necesito tu ayuda.

La sentó sobre una mesa mientras le quitaba la otra bota.

—¡Oye! ¿Por qué no volvemos a nuestros puestos? No quiero líos, además, ya casi ni me duele.

Al tiempo que afirmaba esto, Rebeca dio un salto, se bajó al suelo y al instante, él tuvo que sujetarla para que no cayera.

—Sí, ya lo veo —se burló él—. Quítate los pantalones. Supongo que habrá que vendar hasta media pierna.

Ella no dejaba de mirar a todas partes, temiendo que el dueño de las bodegas apareciera en cualquier momento. Él volvió a gritar el nombre de Luisa.

—¡Sssshhh! No grites —ordenó ella en voz baja.

—¿Por qué? —preguntó él en ese mismo tono.

—Te van a oír.

Ante tan estúpida observación, él argumentó:

—Es lo que pretendo, para eso la llamo.

—Oye, nos estamos ganando una buena y tú tendrás toda la culpa.

—¡Calla ya, sabelotodo y quítate los malditos pantalones!

Ella se desabrochó los botones y dejó caer los pantalones al suelo, intentado agilizar para salir de allí cuanto antes. Él la ayudó a sacárselos y aprovechó la ocasión para echar una buena mirada a la parte de los muslos que no ocultaba la larga camisa.

En ese momento entró la supuesta Luisa, una mujer de edad cercana a la jubilación.

—¿Qué haces?

—¿Quieres echarle un vistazo al tobillo? Creo que se lo ha torcido —exigió el hombre.

—No es nada, no hace falta...

—¡Siéntate y para quieta! sabelotodo.

—No me llames así —ordenó malhumorada Rebeca a media voz.

La mujer la miró sorprendida al oírla. Él, sin embargo, pareció solo divertido.

El hombre permanecía con sus pantalones en la mano. Cuando la mujer mayor los vio, se los quitó rápidamente.

—¿Qué haces tú con eso en la mano?

—Es para que puedas examinarla mejor —se excusó él.

—Bien, pues déjame hacerlo. Aquí ya no haces falta para nada, espera fuera. O mejor aún, vuelve a tus ocupaciones.

Rebeca le suplicó lo mismo.

—Sí por favor, vete, no quiero que tengas represalias por mi culpa. Has sido muy amable, te lo agradezco, pero por favor, vuelve al trabajo antes de que noten tu falta.

—Pero ¿de qué habla esta joven? ¿También se golpeó la cabeza? —inquirió Luisa mirando al hombre.

—Lo cierto es que sí. Pero lo que pasa es que tiene miedo de que el patrón se entere y me azote por mi comportamiento —contestó él en un tono que no denotaba el más mínimo temor a que sus palabras se convirtieran en realidad.

—¿Azotar? ¿Es que utiliza esos métodos? —preguntó asustada Rebeca.

Ahora la mujer sonrió con desgana y contestó mientras examinaba el tobillo.

—Oh sí, eso y cosas mucho peores.

Luisa recibió una mirada de reproche del hombre que pasó desapercibida para Rebeca.

—¡Anda! holgazán, vuelve a tus tareas antes de que yo misma avise al patrón —advirtió Luisa.

—Por favor —suplicó Rebeca—, vete ya, gracias por todo...

—Arturo. Mi nombre es Arturo.

—Gracias por todo Arturo.

Por fin, el hombre salió de la habitación. Luisa cabeceó unas cuantas veces mientras vendaba diestramente el tobillo.

—Tienes un esguince. Tendrás que hacer reposo un par de días al menos.

—No, ni hablar, no puedo.

—Soy yo la que no puedo permitir que fuerces ese tobillo. ¿Es que quieres que sea a mí a la que azote el patrón?

Rebeca la miró aterrada.

—¿Sería capaz?

—Lo hará si te deajo marchar con ese pie así, te lo aseguro.

Rebeca no insistió más. Por nada del mundo quería sentirse responsable de que aquella mujer sufriera malos tratos. Lo que no lograba explicarse era como todos con los que hablaba podían tener tan buena opinión del patrón si empleaba semejantes métodos para hacerse respetar.

Pasó el resto de la tarde tumbada sobre su cama. En esa posición el pie no le molestaba en absoluto, así que pudo distraerse en recordar el encuentro con el caballeroso hombre que le había prestado su ayuda después de la caída. Ahora que sabía cómo las gastaba el patrón, todavía se sentía más agradecida hacia él por haberse atrevido a desafiar su autoridad y llevarla a la casa aún a sabiendas de que le podía costar una dura reprimenda. Desde luego le había parecido un hombre corpulento, capaz de soportar unos cuantos latigazos, pero qué duda cabe que son cosas que a nadie le agradan, por muy musculoso que uno sea. Esperaba volver a encontrarse con él cuanto antes. Tal vez en el comedor, durante la cena, fuera buen momento para acercarse a darle las gracias.

CAPÍTULO 2

Eran más de las siete cuando empezó a escucharse el murmullo de los trabajadores que regresaban del campo.

El grupo número nueve fue de los primeros en irrumpir en la habitación comunitaria y todas, sin excepción, se acercaron para interesarse por Rebeca.

—¿Cómo estás? ¿Te lo has roto?

—No, doña Luisa dice que tengo un esguince. Mientras no poso el pie en el suelo, no me duele.

—Vaya, eso sí que es empezar con mala pata —comentó la más joven.

—O con buena, según se mire —añadió Rosa.

—¿Qué te ha dicho el patrón? —preguntó Lola.

—No le vi, gracias a Dios no estaba en la casa.

Todas la miraron temiendo que el golpe en la cabeza hubiera sido más fuerte de lo que pensaban. Lola, con tono sereno y pausado, intentó razonar con ella.

—Claro que no estaba en la casa, cariño. Iba contigo.

Ahora fue Rebeca la que frunció el entrecejo. A no ser que fuera invisible, nadie la había acompañado hasta la casa, excepto Arturo. Ya había abierto la boca para explicárselo a la despistada de Lola, cuando cayó en la cuenta y balbuceó.

—¿Arturo?

Todas volvieron a dedicarse miradas entrecruzadas.

—Pues claro. ¿Quién sino? ¿Es que no le reconociste?

Rebeca pareció más aturdida que cuando su cabeza se golpeó con el suelo.

—Pero... si él estaba allí trabajando con nosotras.

—Lo hace muy a menudo. Pero ¿de verdad no le reconociste?

—Pues claro que no, ya os dije que solo le vi el cogote en el trayecto hasta aquí. Cómo iba a imaginarme yo...

Rebeca empezó a rebobinar en su mente todo lo que había hablado mientras llegaron a la casa, intentando evaluar cuantas veces había dicho algo inconveniente. Para su desgracia perdió la cuenta.

—¡Dios mío! ¡Vaya metedura! Le pregunté cómo era el patrón y me aventuré a predecir que seguro que era un amargado o algo parecido.

Ahora, al ver la expresión de pánico de Rebeca, todas se echaron a reír.

—¿Y él? ¿No te sacó del error?

—Al contrario. Me siguió el juego. Se lo ha debido de pasar de fábula tomándose el pelo.

La ayudaron a trasladarse al comedor y durante la cena tuvo que seguir aguantando alguna broma más sobre su despiste.

Una vez en la cama, de nuevo volvió a pensar en Arturo, pero ahora ya no había posibilidad de que fuera su amigo. Iba a ser la amistad más corta de la historia. Se había pasado la tarde dando alas a su fantasía y ahora debería esforzarse por volver a ubicar a cada uno en el lugar que le correspondía.

Por la mañana vio marcharse a todas para reemprender el trabajo y se sintió incomoda por tener que quedarse tumbada en la cama. Si por lo menos tuviera algo para leer..., pensó mientras cerraba los ojos intentando desconectarse de aquel lugar.

—¡Buenos días, sabelotodo! Te traje la prensa para que al menos te pongas al día.

Aquella voz puso todos sus sensores en alerta y rápidamente Rebeca abrió los ojos, incorporándose en la cama.

—Gracias señor.

—¿Señor?

Arturo miró a ambos lados como si estuviera buscando a la persona a la que iba dirigido el tratamiento formal.

—Ayer me llamabas Arturo.

—Fue antes de que supiera quien era. Discúlpeme por ello.

—Sigue llamándome Arturo, todo el mundo lo hace. Detesto los tratamientos ceremoniosos. Prefiero que me llamen más coloquialmente y que me tengan más respeto.

Arturo percibió el malhumor de Rebeca.

—¿Enfadada?

—Si está permitido que lo esté, sí. ¿Por qué no me sacó de mi error?

Él, bajó la cabeza intentado ocultar su sonrisa.

—Lo siento, no pude resistirme. Tengo tan pocas oportunidades de pasar desapercibido entre mis trabajadores que me fue imposible vencer la tentación. Ya ves, hasta los amargados tenemos a veces ganas de divertirnos un poco.

Rebeca notó como sus mejillas se sonrojaban. ¿Cuántas más inconveniencias había dicho durante su breve encuentro?

—Luisa me ha dicho que deberás hacer reposo al menos un par de días.

—Hoy ya no me duele, puedo volver al trabajo esta misma tarde.

—No, quédate en la cama y descansa. Si te hace sentir mejor, por cada día que pases en la cama, luego trabajarás día y medio.

A Rebeca le pareció justo.

—De acuerdo.

Arturo permanecía a los pies de la cama, sujeto con ambas manos al armado de hierro de la cama. Al oír esto, volvió a sonreír y se inclinó hacia delante como si fuera a hacerle una confesión.

—No estoy proponiéndote un trato, solo te pongo al día. Es una de las reglas que hay aquí. Si te parece bien, estupendo, si no, puedes regresar al lugar de donde has venido.

Rebeca se quedó boquiabierta, sorprendida de nuevo y sin saber qué decir.

—Tengo que irme, hay mucho que hacer.

Arturo se despidió camino ya de la puerta.

—¡Adiós sabelotodo!

Rebeca se sintió furiosa y sin darse mucha cuenta de lo que hacía le gritó.

—Me llamo Rebeca.

Arturo, sin volverse, detuvo su marcha al oírla.

Rebeca se percató de lo que había hecho y cerró los ojos deseando retroceder en el tiempo tan solo un minuto. El patrón parecía disgustado por su osadía. Guardó silencio unos interminables segundos tras los cuales, volvió ligeramente la cabeza y mirándola de reojo preguntó.

—¿Decías?

Rebeca agachó la cabeza y con una vocecita casi inaudible repitió:

—Que me llamo Rebeca.

Arturo, aprovechando que ella ni le miraba, volvió a sonreír divertido ante el respeto que le infundía y antes de marcharse definitivamente añadió:

—Intentaré recordarlo, sabelotodo.

Rebeca estaba furiosa, pero se cuidó muy mucho de demostrarlo mientras su patrón estuvo allí. Pero en cuanto oyó que se cerraba la puerta, soltó un puñetazo en el colchón y exclamó malhumorada:

—¡Mierda!

Arturo que seguía en el interior del edificio y que tan solo había fingido su marcha, rio satisfecho al comprobar que había acertado con el pronóstico. Estaba seguro que esa iba a ser la reacción de la mujer en cuanto se supiera a solas. Como trabajadora no estaba saliendo muy rentable, pero tal vez tendría que terminar por darle las gracias al alcaide por haberle proporcionado una nueva forma de diversión. Cuando salió definitivamente del barracón se aseguró de hacer bien de ruido, volviendo a escuchar como la mujer exclamaba de nuevo, si cabe, más enfadada todavía:

—¡Mierda, Mierda!

Rebeca tardó un buen rato en calmarse, pero luego se auto-convenció de que había sido la última vez que aquel hombre le había tomado el pelo. Ahora que ya conocía su identidad, no volvería a haber equívocos ni malos entendidos.

Decidió aprovechar el tiempo y escribir a su amiga Poli. No sabía cuándo habría posibilidad de enviar la carta, pero tampoco sabía cuándo tendría otra oportunidad mejor para escribirla.

—Bien Rebeca —se cuestionó a sí misma—. A ver cómo le explicas a Poli cómo te las has arreglado para, en tan solo unos días, conseguir desestimar todos los consejos que, con tan buen criterio, ella te había dado. Porque ¿no me negarás que a esto precisamente no se le puede llamar pasar desapercibida y cumplir tus obligaciones sin que nadie se fije en ti?

Escribió la carta intentando justificar sus actos de la mejor manera posible, presentándolos como un cúmulo de mala suerte y esperando que Poli supiera comprenderla.

Pasaban cinco minutos de las dos cuando se escuchó el murmullo del gentío acercarse y diez minutos más tarde estaba sentada en el comedor con sus compañeras a las que, al final de la comida, les comunicó que esa tarde iría a trabajar. Se agenció un bastón y, efectivamente, a las tres, acompañó al grupo a los campos, no sin antes tener que escuchar la desaprobación de todas

al respecto.

—No pienso pasarme ni un minuto más ahí tendida. Cada día me cuesta media jornada más de permanencia aquí. Quiero marcharme cuanto antes y nadie sabe mejor que yo, si puedo o no trabajar. Además, pasará desapercibida entre tantos.

La verdad es que eran días de mucha actividad en la finca. Había que recolectar en el menor tiempo posible y trasladar toda la uva a las bodegas para su almacenamiento. Era fácil que, entre tanta gente, nadie reparara en ella, pero no fue así.

Arturo estaba buscando a Matías, el capataz. Había estado en las bodegas y había comprobado que no había seguido sus instrucciones a la hora de almacenar las cajas del campo del Este. Quería saber el motivo cuanto antes. No le había localizado por la bodega ni en las inmediaciones, así que cogió la furgoneta y fue hacia los campos para ver si estaba allí.

A veces algo se te queda grabado en la retina y no es hasta unos segundos más tarde cuando piensas en ello y realmente te das cuenta de lo que has visto. Pues eso le pasó a Arturo en esta ocasión. Conducía su furgoneta por el sendero paralelo a los viñedos y treinta metros más adelante frenó en seco. Había visto algo atípico y dio marcha atrás para cerciorarse. Paró a la altura de un grupo de mujeres entre las cuales vio a una transportando una caja llena de racimos bajo el brazo y con un bastón en la otra mano. Inmediatamente supo de quién se trataba.

Rebeca no pensó que aquel sonido de claxon tan insistente tuviera nada que ver con ella, hasta que se dio cuenta que no dejaba de sonar. Se giró para ver de qué se trataba y vio al conductor haciéndole señas de que se acercara. Posó la caja en el suelo y obedeció.

—¿Se puede saber que estás haciendo?

—Me he reincorporado. Ya no me duele. Me encuentro mucho mejor.

—No es eso lo que yo te mandé que hicieras.

—Pero puedo hacerlo, yo no...

—No me importa si puedes o no hacerlo —a interrumpió él de mal humor—. No es lo que yo te mandé que hicieras. Te advertí que no soporto que me desobedezcan.

—Pero si es que...

Rebeca tuvo que volver a dejar la frase a medias. El patrón dio un golpe con la mano en el volante y exigió malhumorado.

—Sube al coche.

Rebeca tardó dos segundos en ponerse en marcha. Tiempo suficiente para que él exclamara.

—¡Ahora!

Rebeca no osó desobedecer. Aquel hombre parecía realmente enfadado. Se sentó junto a él en la furgoneta y guardó silencio.

—No vuelvas a desacreditarme en público —amenazó Arturo.

Rebeca, dócilmente, contestó:

—Lo siento, no era mi intención.

La sumisión de Rebeca, aplacó el mal genio de Arturo. Y ahora, mucho más serenamente la reprendió de nuevo.

—Te lo advertí al llegar. Solo hay dos reglas, no mentir y no desobedecer.

—Pero es que no es necesario que siga postrada. Puedo hacer mi trabajo.

—¿Estás segura, sabelotodo?

Al tiempo que Arturo le preguntaba eso, la propinó un pequeño golpe en el tobillo que provocó el quejido de Rebeca.

—En el campo es muy fácil que cualquiera, sin querer, te golpee y la cosa podría agravarse. Una recaída no beneficiaría a nadie.

—Pero tengo cuidado...

—¡Basta! —gritó Arturo de nuevo, haciendo un gesto con los brazos para apoyar su mandato—. Contigo es imposible razonar, siempre pretendes saberlo todo.

Al instante pisó a tope el acelerador y salieron a toda velocidad dejando atrás una tremenda polvareda. Dos minutos más tarde estaban ante la casa principal.

—Entra y espérame ahí. Hablaré contigo más tarde.

Rebeca tomó la manilla de la puerta para obedecer en silencio, pero la mano de Arturo le sujetó el brazo fuertemente impidiéndoselo.

—Esta vez no se te ocurra desobedecer. No te muevas de ahí hasta que yo vuelva si no quieres averiguar lo que un hombre amargado y contrariado es capaz de hacer.

Rebeca temió por su integridad física y no se le ocurrió añadir nada a lo ya dicho.

Se bajó y al instante la furgoneta salió disparada, envolviéndola en una nube de tierra.

Doña Luisa la instaló en un banco que había en el vestíbulo y allí

permaneció el resto de la tarde. Primero, temerosa. En cualquier otra situación le habría soltado una fresca a cualquier hombre que la hubiera tratado así, pero ahora temía por su propia seguridad. Sabía que estaba a la merced de aquel hombre y que era perjudicial disgustarle del modo que lo había hecho. Después, su temor se tornó en rabia. No estaba acostumbrada a doblegarse a la voluntad de nadie que no fuera ella misma. A última hora de la tarde ya solo sentía aburrimiento y cansancio por haber permanecido sentada en aquel banco de madera más de cuatro horas.

Eran cerca de las nueve cuando escuchó voces en el pórtico y reconoció entre ellas la del patrón.

—Matías, espero que lo tengas claro, no quiero que vuelva a repetirse esta situación. Yo dirijo mis bodegas como me place, para bien o para mal. Si tú quieres hacer lo mismo, crea tu propio negocio. ¿Entendido?

—Comprendido —escuchó contestar a Matías de mala gana.

—Eso es todo por hoy, hasta mañana.

La puerta se abrió al instante y casi al mismo tiempo Rebeca volvió a sentir temor. El humor del patrón no había mejorado, al contrario, y estaba segura de que ella pagaría las consecuencias.

Arturo pareció extrañado al verla allí. Sin duda se le había borrado totalmente de la mente.

—¡Ah! ¿Todavía estas aquí?

—Es lo que se me ordenó —contestó Rebeca casi sin pensarlo.

Arturo levantó su dedo índice y lo movió amenazador, advirtiéndole que el horno no estaba para bollos. Ella captó la indirecta y se tornó sumisa de nuevo.

—No me estás resultando una buena inversión por el momento.

—Lo siento.

—Malo que no trabajes, pero no voy a consentir que además me crispes los nervios. Por esta vez lo pasaré por alto porque llevas poco tiempo, pero te lo advierto, que sea la última vez que me desobedeces.

Rebeca tuvo que morderse la lengua para no replicarle, pero consiguió contenerse.

—Puedes irte. Túmbate en la cama y no te levantes hasta que yo te lo diga, ¿entendido?

—Sí —contestó Rebeca de mala gana camino ya de la puerta.

—Espera. ¿Qué hora es?

Rebeca consultó el reloj.

—Las nueve y cuarto.

—Pasa por la cocina y que Luisa te de algo de comer. En los barracones ya habrán servido la cena.

A Rebeca le habría gustado decirle que no tenía ganas de comer nada, pero obedeció sin rechistar.

Arturo se cerró en el despacho y paseó nervioso de un lado a otro. Matías le estaba causando muchos problemas desde que lo había contratado. Se tomaba muchas libertades que nadie le daba y trataba a los empleados con superioridad. No quería enfrentarse a él, pero si no cambiaba su actitud iba a tener que despedirle. Era demasiado orgulloso e indisciplinado para su gusto. Lo de hoy no había sido un malentendido, sino un hecho premeditado, para ver hasta dónde podía llegar. Pero iba a demostrarle quien mandaba ahí. De pronto una pregunta surgió en su mente. ¿Por qué siempre era tan importante para él demostrar quien estaba al mando? Entonces recordó a Rebeca. Tal vez había sido demasiado duro con ella. Después de todo, solo intentaba agradecerle volviendo al trabajo cuando antes. Toda la furia que no le había podido escupir a su capataz, la había volcado en aquella mujer. Quería respeto, pero no temor.

Al entrar en la cocina la vio sentada a la mesa, de espaldas a la puerta. Jugeteaba con un trozo de carne que tenía en el plato.

—¿No es de tu gusto la cena? —le preguntó desde el umbral.

Al instante la espalda de Rebeca se puso rígida.

—No tengo hambre —contestó temiendo que no fuera razón suficiente para no cenar si él se lo había ordenado.

—¿Dónde está Luisa? —preguntó situándose en la mesa, frente a ella.

—No lo sé.

—Vaya sabelotodo, estás perdiendo facultades.

Arturo sabía que Rebeca no soportaba ese apelativo, pero la verdad es que él no lo utilizaba con mala intención y mucho menos en esta ocasión en la que más bien quería demostrarle que no era tan ogro como ella creía.

No dio resultado. Ella no reaccionó como él esperaba y siguió jugueteando con el trozo de carne sin levantar la vista.

Al momento, Luisa entró en la cocina.

—¡Ah, ya has llegado! ¿Te sirvo la cena?

—Sí, por favor.

—¿Aquí?

—Sí, aquí mismo.

Para Rebeca fue un motivo más de fastidio que ahora su patrón hubiera decidido acompañarla. ¿Por qué no se iba a su majestuoso salón a degustar sus succulentos platos?

Para su sorpresa, Luisa le sirvió del mismo puchero que le había servido a ella minutos antes. Y al contrario que Rebeca, él comió con gran apetito.

—No está tan malo —comentó después de unos cuantos bocados.

—Nadie ha dicho que lo estuviera.

Rebeca no estaba a gusto allí y, puesto que no tenía intención de comer nada más, creyó que lo mejor sería marcharse antes de que volviera a enfurecerlo.

—No tengo más hambre. ¿Puedo marcharme?

Arturo volvió a posar el tenedor que ya tenía cargado y cerró la boca que ya había abierto para recibirlo y durante un par de segundos pensó la respuesta.

—Odio comer solo. Prefiero que te esperes. Después de todo mañana no tienes que madrugar para trabajar ¿no? Cuéntame algo.

—No se me ocurre nada —se excusó Rebeca sin molestarse en pensar.

—Todavía no he podido leer tu ficha —mintió Arturo—. Dime, ¿Qué falta cometiste para acabar aquí?

—Creo que ninguna, solo ser fiel a mis principios.

—Seguramente el noventa y cinco por ciento de los que están aquí dirían lo mismo.

—Supongo que sí, la diferencia es que en mi caso es cierto —contestó contrariada.

Vio la sorpresa reflejada en el rostro de su acompañante y se dio cuenta que a lo mejor había sido demasiado brusca. Era cierto que la mayoría de los que estaban allí proclamaban su inocencia a los cuatro vientos. Retomó un tono más pausado e intentó contar su caso objetivamente.

—Terminé la carrera hace tres años. No, miento —rectificó al instante—, fue en 1998, hace dos. Desde entonces todas las horas del día las dedicaba a un pequeño trabajo que conseguí por horas y sobre todo a preparar mi tesis para doctorarme. En mi profesión, sin un doctorado o un máster americano no consigues trabajo en ninguna empresa decente.

Rebeca seguía jugueteando con el tenedor sin levantar la vista del plato.

—Me salió un pretendiente. Un niño rico al que nadie antes que yo le habían negado nunca nada. Ese fue mi error. Ser la primera. Yo no estaba dispuesta a dejar que nadie entrara en mi vida y echara a bajo todos mis planes, pero mucho menos alguien como él.

Rebeca posó el tenedor en el plato y entrecruzó los dedos de sus manos.

—Conseguí ir sorteándole unos meses, pero luego pareció impacientarse al no obtener los resultados que esperaba. Creí que, al ser tan dura, tal vez yo misma estaba provocando esa obstinación en él, así que cambié la táctica y una noche acepté su invitación para ir a cenar a su casa, esperando que, al tratarme más, viera que no merecía la pena perder el tiempo conmigo.

—Deduzco que tu plan falló —intervino Arturo que escuchaba atentamente.

—Sí, por completo. Todavía hoy, no sé bien como ocurrió. El caso es que aún no habíamos terminado los postres, cuando él ya rebuscaba debajo de mis faldas.

Arturo sonrió divertido. Ella le miró y casi lo encontró divertido también.

—Y ¿qué hiciste?

—Tras advertirle dos veces que parara, le clave un cuchillo en el muslo —afirmó como si fuera la reacción más lógica y común—. Después le hice un torniquete y me marché.

Arturo imaginó la escena y volvió a sonreír. Rebeca se quedó pensativa y terminó su relato.

—Al día siguiente vinieron a detenerme. Me acusaron de allanamiento de morada e intento de robo y agresión con arma blanca. El papaíto del niño, me dijo en los pasillos del juzgado, que la próxima vez que su hijo me propusiera echar un polvo, lo pensara mejor antes de rechazarlo.

Arturo no hizo ningún comentario más, pero a ella le pareció que le había creído y sobre todo que la comprendía. Rebeca, ahora además de incómoda se sentía violenta con él.

En cuanto Arturo se metió el último bocado en la boca, Rebeca volvió a pedir licencia para levantarse y esta vez se lo concedieron.

Ya era de noche en el exterior. Aunque el camino era empedrado, su rumbo era recto y podía guiarse con las luces que todavía se veían en los barracones.

Salía malhumorada y deseaba alejarse de allí cuanto antes, pero no se atrevía a caminar muy deprisa por miedo a tropezar y volver a retorcerse el tobillo.

Aquel hombre era tan contradictorio que la ponía furiosa. Tan pronto la trataba como un igual y resultaba encantador dialogar con él, como que se ponía impertinente y altanero y no dejaba de recordarle quién era quién en aquella historia. Solo pedía que la tratara con un mínimo de respeto.

Un ruido muy cercano a su espalda la asustó y se giró para ver qué era. Para cuando se quiso dar cuenta estaba en volandas y unos brazos fuertes la sujetaban.

—He de proteger mi inversión, no quiero que tengas más excusas para seguir remoloneándote.

Arturo echó a andar con ella en brazos rumbo al edificio de enfrente y tuvo que soportar las intentonas por parte de Rebeca para que la soltara.

—No es necesario, bájeme.

—Yo doy las ordenes aquí ¿recuerdas? —puntualizó suavemente Arturo.

—¿Cómo iba a olvidarlo? No deja de repetirlo a todas horas.

—Cuidado, no te pases. No seas desagradecida, lo hago por tu bien.

Rebeca cruzó los brazos malhumorada y frunció el ceño. Pero aguantó poco rato en silencio.

—Se siente culpable por haberme entretenido hasta el anochecer y quiere apaciguar su conciencia. No mezcle mi bienestar con esto, no tiene nada que ver.

—De nuevo la sabelotodo. No intentes analizarlo todo, solo disfruta del paseo.

Rebeca se percató entonces de que su portador llevaba un paso muy lento. No parecía tener prisa por llegar al destino. Realmente el que parecía estar disfrutando era él.

Rebeca guardó silencio y se concentró en sentir. Sintió los brazos fuertes de aquel hombre sosteniéndola sin problemas. Uno, rodeando su cintura y el otro aprisionando sus muslos. No podía ver su rostro, pero sentía su respiración muy cerca de su oreja. De pronto comenzó a sentir un calor muy intenso en su interior y temió que su patrón pudiera sentir lo entrecortada de su respiración. Abrió la boca y llenó sus pulmones al máximo para intentar controlarla, pero fue peor. Él, apreció el movimiento y pareció acercarse su rostro al vaivén de su pecho.

Faltaban unos veinte metros para llegar a los barracones cuando Rebeca ya no pudo aguantar más y literalmente se tiró en marcha.

—Es suficiente, seguiré yo sola. Ha sido muy amable.

A Arturo le gustó averiguar que seguía turbando a las mujeres, aunque ahora tuviera muy pocas ocasiones de hacerlo.

—Sí, será mejor que no me vean o pensarán que has estado realizando otro tipo de tareas en la casa.

Él intentaba seguir ruborizándola y ella supo enseguida a qué tarea se estaba refiriendo.

—Tenía entendido que para ciertas tareas usted prefería a las profesionales.

Él rio divertido.

Así que ya le habían contado el altercado con aquella mocosa que quiso seducirle. ¿Cómo se llamaba? Sandra, pensó Arturo.

—Que duermas bien, sabelotodo —le deseó el patrón alejándose ya en la oscuridad—.

Rebeca tuvo que esperar casi cinco minutos a que su corazón recobrar el ritmo normal antes de poder entrar al interior. Cuando estaba junto aquel hombre todo su cuerpo se revelaba. Sufría fuegos internos abrasadores, escalofríos que la hacían retemblar, sudores, asma y mil cosas más. Conocía los síntomas, solo le faltaba averiguar si la causa era el miedo, la aversión u otra cosa.

Se acercó hasta la cama de Lola, pero le pareció que ya dormía plácidamente así que no la molestó.

Le costó conciliar el sueño. Cada vez que rememoraba lo que había sentido en brazos de aquel hombre, todo su cuerpo se revolucionaba de nuevo. Al fin, cerca de las dos de la mañana, se quedó dormida.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente, se despertó con las primeras luces y se encontró con el rostro de Lola observándola a pocos centímetros.

—No te oí llegar anoche.

—Ya estabas dormida cuando entré.

—¿Qué ocurrió? ¿Dónde estuviste el resto de la tarde? ¿Es que te ha cambiado de grupo?

—No, estuve en la casa. Me ordenó que le esperara allí y allí estuve sentada qué sé yo las horas...

—Y ¿qué te hizo? ¿Te devolverá a la cárcel?

—No, nada de eso. Solo me echó un nuevo rapapolvo por haberle desobedecido.

—¿Nada más?

—Nada más si no contamos que tuve que acompañarlo mientras cenaba.

Lola parecía extrañada.

—¿Eso fue todo?

—¿Te parece poco?

—Estaba preocupada. Se oyen tantas cosas y como no apareciste pensé que ya nunca volveríamos a verte.

—Pues no, sigo aquí —contestó Rebeca como si eso fuera ya suficiente castigo.

Lola, ya más tranquila, se marchó para vestirse. Cuando ya iba a salir del dormitorio, volvió junto a Rebeca y la entregó un sobre.

—Toma, es para ti, la trajeron anoche.

—Vaya, mi primera carta, menos mal, algo bueno al fin.

Rebeca leyó el remite ilusionada.

—Es de Poli, mi amiga de la cárcel.

—Bueno, te dejo que la leas tranquila, me voy a currar.

Rebeca abrió el sobre rápidamente, sin entretenerse en despedir a Lola. Su alegría no duró mucho. La carta de Poli era deprimente, solo contaba desgracias. Trabajaba de sol a sol, debía compartir un camastro con su pequeña Megan y la comida era escasa y asquerosa. Por si esto fuera poco los insultos verbales y las reprimendas físicas estaban a la orden del día. No pasaba un solo día en que alguien no fuera golpeado. Vivían atemorizados. Rebeca sintió en su propia carne el temor que estaba sintiendo su amiga y se le saltaron las lágrimas cuando ésta le confesó que empezaba a temer por la seguridad de su pequeña. Lo peor de todo es que Rebeca tuvo la sensación de que aquellas líneas no desvelaban todo y aquellas barbaridades solo eran la punta del iceberg.

Guardó la carta bajo la almohada y se acurrucó sobre la cama, con las piernas plegadas en posición fetal. Se sintió totalmente impotente ante aquella salvajada y lloró amargamente por ello. Pasó el resto de la mañana tumbada, sin poderse quitar de la cabeza lo mal que lo estaría pasando Poli y sin saber cómo poder transmitirle fuerza para continuar soportando aquello.

Casi no probó bocado a la hora de la comida y solo habló lo justo para poner al corriente al resto, de las barbaries que estaba viviendo su amiga. Todas intentaron consolarla, pero fue inútil.

Se tumbó en la cama nada más comer y allí seguía cuando a mitad de la tarde vino José a buscarla.

—Recoge tus cosas y sígueme —le ordenó al entrar.

—¿Por qué? —se alarmó Rebeca.

—Yo no pregunto los porqués, solo obedezco —respondió José con su habitual escasez de palabras.

—Pero no he hecho nada, me he quedado aquí como él me mandó.

—Bueno, entonces no tienes nada que temer —tranquilizó José—. Venga, date prisa, no le hagamos esperar.

Rebeca obedeció sin volver a protestar. Abrió su taquilla y empezó a vaciarla con el corazón encogido. Ahora que sabía la suerte que había tenido al venir aquí, habría hecho cualquier cosa por mantener su destino, pero al parecer ya era demasiado tarde.

José, amablemente, le cogió la bolsa de viaje y le ayudó a caminar hasta la furgoneta. Se detuvo delante de la casa y la acompañó hasta el vestíbulo.

Rebeca creyó que no iba a ser capaz de retener sus lágrimas y sentía una opresión en el estómago que amenazaba con hacerla vomitar lo poco que había comido.

José repiqueteó con los nudillos en la puerta del despacho del patrón y este contestó desde el otro lado.

—Adelante.

—Ya está aquí la muchacha —informó José, entreabriendo la puerta y asomando la cabeza.

—Dile que pase. Puedes seguir con lo tuyo, gracias.

Arturo en cuanto la vio notó su palidez y preguntó preocupado.

—¿Te encuentras mal? ¿Te ocurre algo?

—No, estoy bien —contestó con un hilo de voz.

Arturo no se quedó muy convencido e insistió para que se sentara.

—No, estoy mejor así, gracias.

—No empecemos, sabelotodo, siéntate, parece que vayas a desplomarte en cualquier momento.

Rebeca obedeció sin más. No tenía ganas ni fuerzas para discutir y si hay que ajustarse a la verdad, la descripción de Arturo era bastante exacta.

—He reconsiderado tu caso y la verdad es que no me sirves de mucho postrada en esa cama.

Rebeca bajó la cabeza. ¡Dios mío!, deseaba tanto quedarse allí. Si estuviera segura que suplicando lo conseguiría, se clavaría de rodillas en el suelo e imploraría otra oportunidad. Jamás pensó que se vería tan necesitada de implorar, pero ahora lo estaba. Por otra parte, algo le decía en su interior que sería inútil lo que ella hiciera o dijera. Cuando aquel hombre tomaba una decisión, tenía el aspecto de ser de los que no la cambiaban por nadie.

—Sigo pensando que en estas condiciones no puedes trabajar, así que me temo que no tengo más remedio que sacarte del grupo de trabajo y...

—Escuche, tal vez podría hacer otro tipo de trabajo, algo que no requiera forzar tanto el tobillo, no sé, no se me ocurre nada, pero seguro que hay muchas otras cosas que puedo hacer.

Rebeca no sabía muy bien como había reunido fuerzas para conseguir empezar a hablar, pero ahora que lo había hecho no iba a parar.

—... sería algo temporal, el tobillo estará perfecto en pocos días y podría

volver a ocupar mi sitio en el grupo de trabajo.

Rebeca se calló de pronto cuando se encontró con la mirada de Arturo fija en su rostro. Parecía sorprendido por la efusividad de Rebeca y esperaba paciente a que ella terminara de hablar. Cuando lo hizo se agachó y puso su nariz a la misma altura que la de ella y a escasos centímetros. Estuvo así unos segundos y luego, pausada y dulcemente afirmó:

—Creo que es la primera vez que estamos de acuerdo en algo. Es todo un principio, ¿no crees sabelotodo?

Rebeca abrió la boca al máximo para llenar de aire sus angustiados pulmones y con expresión tremendamente estúpida preguntó:

—¿Quiere decir que no piensa echarme?

—Por supuesto que no. El periodo de prueba no ha terminado todavía. ¿Acaso quieres marcharte?

—No —contestó Rebeca más rápidamente de lo que ella misma hubiera deseado en condiciones normales.

Arturo no comprendía bien la actitud temerosa de Rebeca y volvió a insistir:

—¿Seguro que te encuentras bien?

Rebeca respiró profundamente, recobró la compostura y hasta le dedicó una sonrisa al contestarle.

—Ahora mucho mejor.

Arturo no insistió más.

—Bien, vete a la cocina, Luisa te indicará tu nueva habitación. Vivirás y trabajarás en la casa. Ayudarás a Luisa en sus quehaceres, ella te dirá tus obligaciones. Siempre se está quejando de que nadie la ayuda. Aquí no hay horarios establecidos, trabajarás hasta terminar las tareas, sean ocho horas, diez o doce.

Arturo hizo una pausa, esperando que Rebeca protestara, pero no lo hizo.

—Bueno, por mi parte nada más. Puedes ir a buscar a Luisa.

Rebeca se levantó y fue sigilosa hacia la puerta. Arturo estaba seguro de que algo le ocurría, pero no podía obligarla a contárselo.

Luisa le mostró su habitación. Era extremadamente pequeña, el espacio justo para dos camas y un pequeño armario.

—¿Quién duerme ahí?

—Nadie. Hace mucho tiempo que esta habitación no se usa. Es toda para ti.

Era increíble que aquel cuchitril pudiera gustar a alguien, pero para Rebeca fue como si la acabaran de instalar en la mejor suite del Ritz. No pudo soportar más sus emociones y rompió a llorar. No sabía muy bien si de pena o de alegría. Luisa, conmovida, se acercó a consolar a Rebeca que aprovechó el gesto para desahogarse con ella. Le habló de la carta de Poli y de los temores que sintió cuando a continuación José se presentó diciendo que debía recoger sus cosas.

Doña Luisa, conociendo el contenido de la carta, comprendió enseguida el motivo de ese miedo y vio perfectamente justificable su reacción.

—Tranquilízate chiquilla, nadie te va a sacar de aquí y aquí estás a salvo de esas barbaridades. Arturo jamás ha puesto la mano encima a nadie. Tómate el tiempo que necesites para colocar tus cosas, no hay prisa, hasta la hora de cenar no hay nada que hacer.

Doña Luisa se marchó y Rebeca aprovechó para soltar las pocas lágrimas que aún le quedaban en sus ojos. Cuando se desahogó se sintió mejor. Sacó un pañuelo y vació su nariz.

Unos golpecitos sonaron en la puerta. Rebeca se giró para ver quién era y al encontrar el rostro de Arturo se volvió de espaldas instintivamente para que no pudiera percatarse de la hinchazón de sus ojos.

—Luisa me ha dicho que has recibido correo.

Arturo hizo una pausa. Seguía en el quicio de la puerta, con las manos en los bolsillos de su vaquero y apoyado en el marco. Su tono era dulce y tranquilizador y parecía muy afectado.

—Ahora entiendo tu comportamiento —Arturo sonrió—, por un momento pensé que te habías desequilibrado.

Rebeca permanecía con los codos estirados y con las manos, a ambos lados de su cuerpo, sujetaban fuertemente el colchón. Bajó la cabeza y sonrió tímidamente ante la pequeña broma de su patrón. Él, tras romper el hielo, entró en la habitación y se agachó ante ella acariciando dulcemente sus rodillas.

—No encuentro justificación para que la gente se comporte de forma tan despreciable y me siento sucio al pertenecer a la misma especie que animales como ese. Para tu consuelo solo puedo decirte que yo nunca empleo esos métodos.

Rebeca bajó todavía más la cabeza. De nuevo iba a ponerse a llorar y no quería hacerlo delante de él.

Arturo buscó sus manos y las entrelazó con las suyas y eso fue el detonante

que desató el torrente de lágrimas de Rebeca de nuevo.

Ella se levantó, intentado escapar para ocultar sus lágrimas, pero él no lo permitió y la recogió entre sus brazos, tremendamente consolador. Ella necesitaba sentirse segura y aceptó su abrazo agradecida.

Rebeca lloró amargamente y él acarició su espalda pacientemente. Parecía como si no tuviera otra cosa más importante que hacer en su vida que arroparla y darle calor.

—Me siento tan impotente —exclamó rabiosa.

—Ante barbaries así, todos nos sentimos igual. Lo único que podemos hacer es mantenernos alejados de gente así. Aislarlos y procurar que no fecunde la semilla.

—¿Cómo puede permitir el estado abusos semejantes?

—No creo que sea por mucho tiempo. Los rumores corren desde hace tiempo y algunos hemos informado a las autoridades para que le retiren la custodia de presos.

Rebeca seguía llorando, sentía rabia, sentía cólera y sentía impotencia, pero también sentía agradecimiento hacia aquel hombre que la abrazaba consolador y para el que el reloj se había detenido. Deseó que siguiera abrazándola y él, no solo la mantuvo en sus brazos, sino que comenzó a depositar suaves besos sobre su pelo, al tiempo que lo acariciaba. Rebeca se abrazó con más fuerza a aquella espalda corpulenta y él desplazó sus besos, primero hacia su frente y luego descendió hasta las mejillas.

Los dos supieron que la situación se estaba tornando comprometida, pero ninguno quería abandonar. Ella necesitaba sentirse protegida y él necesitaba demostrarle cuán diferente era él, de ese terrateniente.

Las manos de Arturo abandonaron la espalda de ella y se unieron bajo los cabellos, a la altura de la nuca. Después de un leve masaje se separaron de nuevo por ambos lados del cuello, para tomar con fuerza las mejillas de Rebeca y acercarla con suavidad a su rostro hasta que los labios de ambos se encontraron. Rebeca posó sus manos sobre las muñecas de Arturo y cerró los ojos para huir de la realidad. Arturo saboreó las gotas saladas que habían conseguido llegar hasta los labios.

Fue un beso dulce, muy tierno y sobre todo reconfortante para ambos. Y, antes de que sentimientos como la pasión y el deseo deformaran lo que había empezado como una simple forma de consuelo, ambos lo dieron por finalizado.

Arturo aún tenía las mejillas de Rebeca entre sus manos y no quiso soltarlas hasta que ella abrió los ojos.

—Sécate esas lágrimas antes de salir. No quiero que nadie se confunda y piense que yo soy el culpable.

Ella afirmó con la cabeza y sonrió con desgana.

—Luego nos vemos —afirmó de camino a la puerta.

—Gracias —se atrevió a decir ella con un hilo de voz.

—No hay de qué, sabelotodo, fue un placer —contestó tiernamente Arturo.

Rebeca se reincorporó a sus tareas media hora más tarde y aunque seguía triste, procuró disimular su dolor. Doña Luisa, acostumbrada a pasar la mayor parte del día sola, resultó mucho más habladora de lo que ella pensaba, aunque tal vez solo intentaba animarla con su paliqúe. Al patrón no le volvió a ver hasta la hora de la cena, en la que ayudó a doña Luisa a servir la mesa.

Él, una de las veces que Rebeca pasó por su lado y aprovechando que Luisa acababa de salir, la sujetó del brazo para que le mirara. Ella lo hizo con una mezcla de temor y sorpresa, pero en cuanto se fijó en los ojos de su patrón supo que no había motivo de preocupación.

—¿Cómo estás?

—Mejor, gracias.

—Si puedo hacer algo por aliviarte —se ofreció Arturo.

Ella pareció dudar, pero al instante, sus ojos chisporrotearon y se atrevió a exponer su petición.

—En realidad, sí que hay algo que podría hacer por mí.

Arturo temió que la mujer quisiera sacar provecho de su buena voluntad, pero se quedó asombrado de lo simple de la petición.

—He pensado escribir una carta a mi amiga para intentar animarla en lo posible, pero me gustaría que pudiera recibirla cuanto antes.

Rebeca hizo una pausa para examinarle el rostro del hombre y al no ver indicios de enfado, prosiguió:

—Tal vez usted tendría posibilidades de...

—Mañana tengo que ir al pueblo, si la escribes esta noche, la echaré al correo mañana sin falta.

—Estupendo —exclamó jubilosa por primera vez en todo el día.

Para él, ver aquella encantadora sonrisa también fue motivo de júbilo y pensó lo fácil que era hacer feliz a alguien cuando se cree sin derecho a nada.

Rebeca ayudó a doña Luisa a fregar y recoger toda la cocina y en cuanto

terminó subió como un rayo a su habitación para escribir a Poli.

Todavía no había podido enviar la carta que le había escrito el día anterior, pero ahora le parecía una estupidez contarle que su patrón se había encargado de atender personalmente su torcedura de pie y que no disponían de televisión y que se veía obligada a guardar cama porque su patrón se preocupaba por su salud. Rompió la carta y decidió empezar de nuevo, intentando volcar en sus palabras toda la fuerza y el coraje que su amiga pudiera necesitar para soportar aquella situación mientras durara. Incluso le adelantó que Arturo estaba haciendo lo posible para que le retiraran la custodia de presos, a ese salvaje que tenía por patrón. Era cuestión de poco tiempo. Tenía que resistir.

Se levantó antes de las siete para asegurarse de que Arturo no hubiera salido ya de la casa. Doña Luisa se comprometió a entregarle la carta en cuanto le viera. Mientras, ella debería poner en orden la despensa del sótano para hacer sitio a las conservas que doña Luisa empezaría a embotar la semana siguiente.

Pasó allí toda la mañana. Era un cuarto bastante grande y hacía mucho tiempo que nadie se ocupaba de adecentarlo. Cuando terminó, estaba reluciente.

En cuanto subió y entró a la cocina, interrogó a doña Luisa y ésta le confirmó que su carta ya estaba de camino. Comieron juntas en la cocina y charlaron sin parar mientras lo hacían.

Arturo no regresó hasta la noche, así que se redujeron las tareas. Después de comer, Rebeca se acercó a los barracones para tranquilizar a Lola y a las demás y ponerlas al corriente de su nuevo destino. En menos de un cuarto de hora ya estaba de regreso. No quería tentar a la suerte. Ahora sabía que las cosas podían empeorar y mucho.

La tarde fue tranquila. El trabajo en la casa no iba a ser tan duro como Arturo se lo había pintado a su llegada. Sus obligaciones se limitaban a mantener la casa limpia y cuidar de las necesidades del patrón. Ella sola podría haberlo hecho, pero con la ayuda de doña Luisa, iba a ser coser y cantar.

Doña Luisa llevaba diez años trabajando para Arturo, pero le conocía desde que él tenía dieciocho o veinte años. Era amigo de su único hijo y cuando éste murió y ella se quedó sola en el mundo, Arturo insistió en que la necesitaba con él y se la trajo a vivir a su casa.

Se escuchó una algarabía de niños en la puerta trasera de la casa.

—Vaya, ya tengo ahí a mis parroquianos. Son hijos de las mujeres del campo y todas las tardes se me presentan para que les dé de merendar.

Doña Luisa quería hacer ver que le disgustaba aquello, pero lo cierto es que disfrutaba de lo lindo con la compañía de los pequeños.

Rápidamente se levantó y buscó la caja de las galletas y una tableta de chocolate.

—¿Qué hacen el resto del día? ¿Están solos mientras sus madres trabajan?

—No. Arturo tiene un par de las trabajadoras cuidándoles. Normalmente se turnan entre las mujeres que tienen hijos.

La mujer sonrió pícaramente.

—¿Qué pasa? —preguntó Rebeca al percatarse—.

—Si Arturo se entera de que te lo he dicho me mata. Hace unos meses, compró un televisor y un video. Los tienen escondidos en una de las habitaciones de atrás. Algunas tardes hace pasar a los pequeños y les pone dibujos y películas. Cuando va a la ciudad suele traer cintas de video. Me dice que se las han regalado al comprar esto o aquello, pero yo veo cómo les ha arrancado la etiqueta del precio.

Doña Luisa se acercó todavía más a ella, para seguir con su confesión, como si temiera que alguien pudiera oírla.

—Antes de ponerles la película les hace prometer a los niños con gran solemnidad que no revelarán ese secreto y lo gordo es que los pequeños cumplen la promesa porque nadie parece haberse enterado de la existencia del televisor.

Al momento, la mujer se alejó hacia la puerta del patio.

—Voy un rato con ellos, enseguida vuelvo.

Rebeca consultó su reloj y supuso que Arturo ya habría echado su carta al correo. Después de todo, debía de estar agradecida por haber topado con un hombre como él y no de la calaña del patrón de Poli. Su confinamiento, siempre comparado con el de su amiga, estaba resultado un nido de algodón.

Recordó lo tiernamente que Arturo la había consolado el día anterior. ¡Qué pocos habrían sido tan sensibles al dolor ajeno! Cerró los ojos y entreabrió su boca y casi pudo sentir los labios de Arturo rozando los suyos. Ahora que lo pensaba, tal vez se había excedido en su consuelo, pero la verdad es que en aquel momento no apreció nada malo en ese beso y fue muy reconfortante para su estado de ánimo.

Siguió pensando en Arturo mientras estuvo sola. Repasó lo que doña Luisa le había contado de él y revivió cientos de veces el tierno abrazo, las dulces caricias y el beso. La verdad es que cuando te privan de todo, es cuando más aprecias el valor de un simple abrazo o una caricia. Quiso imaginar que durante esos instantes existía algo especial entre ellos. Quería creer que su patrón no consolaba así a todas sus trabajadoras.

Cuando Arturo, durante los días siguientes, volvió a comportarse con ella con la misma indiferencia de los primeros días, las ilusiones de Rebeca de un trato preferencial se desvanecieron. Y el caso era que, en ocasiones, hablaba coloquialmente y dejaba de ser su patrón para ser un igual. A veces, mientras le servía la comida o se cruzaba por el pasillo, lo descubría mirándola con un brillo especial en los ojos, pero al instante, esa luz desaparecía. Incluso a veces, bromeaba y se permitía picardías en las que, ambos, medían mutuamente a su contrincante.

Eso fue lo que pasó una de las mañanas, nada más levantarse.

Ahora Arturo solía desayunar a menudo en la cocina, coincidiendo casualmente con los días que Rebeca deambulaba por allí atareada.

Aquella mañana Arturo tenía que llegar hasta la ciudad para reunirse con unos clientes y, para la ocasión, lucía un traje oscuro, con mucha caída que le sentaba perfecto. Se había cortado el cabello días antes y con el toque de un apurado afeitado, el conjunto resultaba arrebatador para cualquier mujer, incluida Rebeca, que se sintió más propensa a intentar vencer en su pelea dialéctica creyendo, ingenuamente, que estaba a salvo de sus ataques, con el aspecto tan serio y formal que él presentaba.

Arturo, ni siquiera se sentó a degustar su café. Permanecía de pie, recostado sobre uno de los mostradores, ojeando el periódico. El pasillo que quedaba entre el mostrador y la mesa situada en el centro de la cocina era reducido y, ahora, con sus largas piernas estiradas era, más bien, escaso.

Rebeca parecía no haberse dado cuenta de esa estrechez ya que cruzó por delante media docena de veces, haciéndole a él variar su posición en cada una de las ocasiones. A la séptima vez, Arturo comprendió el juego y no movió ni un ápice de su cuerpo, haciendo que Rebeca le empujara al pasar.

Ella, altanera, se volvió como recriminándole su falta de caballerosidad al no retirarse. Él supo traducir perfectamente esa mirada y advirtió retador:

—Si vuelves a pasar por aquí, atente a las consecuencias.

Ella sonrió burlona y contestó:

—Yo estoy haciendo mi trabajo, esto es una cocina, no una sala de lectura.

—Estás advertida —insistió Arturo, deseando por una vez que no atendiera su mandato.

Durante tres o cuatro minutos, le dejó seguir con la lectura. Rebeca, en su última pasada, había cogido un abrelatas de uno de los cajones. Ahora lo plegaba pausadamente y se disponía a volverlo a dejar en su lugar. Al pasar junto a Arturo, pudo ver como éste le observaba por el rabillo del ojo, por encima del periódico y comprendió que había rebasado la raya de la prudencia. No tuvo tiempo de muchos más pensamientos. Él, en cuestión de segundos, se deshizo del periódico. Al instante, Rebeca volaba ya por los aires, sostenida por la cintura por las manos del patrón. Poco después, su trasero aterrizaba sobre el mostrador. Arturo se situó entre las piernas de ella y empujándola por la parte baja de la espalda la atrajo hacia sí, hasta que sus cuerpos se chocaron.

Rebeca no supo que había pasado. Iba camino del cajón con el abrelatas en la mano y lo siguiente de lo que tuvo consciencia es que la punta de su nariz estaba pegada a la de Arturo. Su respiración hizo eco de su sobresalto.

—Sabes que no tolero que se me desobedezca —indicó Arturo con voz cálida y profunda—. Voy a tener que tomar medidas drásticas para que lo comprendas de una vez por todas.

Las palabras de Arturo, chocaban contra la boca de Rebeca e impedían que ésta recobrara su sosiego. Tuvo la impresión de que iba a besarla y así hubiera sido si Arturo no hubiera identificado el ruido que venía del pasillo con los pasos de su fiel Luisa.

Con dos zancadas se situó a varios metros de Rebeca y para cuando Luisa hizo su aparición en el umbral, él degustaba distraídamente su taza de café.

Rebeca, por el contrario, seguía sobre el mostrador sin comprender muy bien que había ocurrido en los últimos minutos. La regañina de doña Luisa volvió a sorprenderla.

—¡Chiquilla! ¿Qué haces ahí encaramada?

Rebeca miró al patrón y tuvo que soportar su triunfadora sonrisa. Mientras daba un salto para bajarse, intentó disculparse.

—Lo siento, es que... me dio un tirón la pierna y creí que me caía —mintió torpemente.

—Pues se sienta una, hija, pero en la silla, que para eso está —contestó de buena gana la mujer.

Doña Luisa se dio cuenta de que Rebeca no apartaba la vista de Arturo y ella también le miró apreciando, sin ninguna dificultad, su maligna mirada.

—Y a ti ¿Qué te pasa? —le regañó.

A Luisa era a la única persona que Arturo parecía permitir ese tipo de licencias.

Arturo dio un último sorbo a su café y salió de la cocina. Esta vez fue él, el que, para salir, en lugar de rodear la mesa, pasó por detrás de Rebeca, provocando que su pecho rozara fuertemente contra la espalda de ella. Ésta, tuvo que soportar en silencio la nueva victoria de su amo.

CAPÍTULO 4

Aquella mañana, Rebeca se sentía realmente feliz. No había ninguna razón especial, o todas. Lucía el sol, había dormido perfectamente, gozaba de buen trato y su pie había dejado de molestarle. Esto último era lo único que enturbiaba un poco su alegría. Significaba que, en cualquier momento, volvería a ser trasladada a los campos y, aunque echaba de menos a Lola y el resto de las chicas, no cambiaba las tertulias con doña Luisa por ninguna otra.

Arturo también parecía de buen humor cuando llegó a comer. Nada más ver a Rebeca en el pasillo, ésta le dedicó una sonrisa como saludo. Él, como recompensa, balanceó entre sus dedos un sobre cerrado.

—Señorita sabelotodo, tiene correo.

La sonrisa de Rebeca se desvaneció y pareció encogerse. Ya hacía cinco días que había mandado la carta a Poli. Seguramente le contestaba ya, contándole nuevas desgracias y ella no podría soportarlo de nuevo. Había conseguido librarse de esa sensación de dolor e impotencia y no estaba preparada para volver a sentirla. Al menos, hoy no. Con un hilo de voz, preguntó:

—¿Es de Poli?

Arturo hizo que leía el remite, aunque ya lo había hecho en cuanto cogió la carta, y respondió:

—No, si tú amiga no se llama ahora Jacinto Xilos.

La cara de Rebeca se iluminó tan deprisa como primero se había apagado. Abrió los ojos desorbitadamente y echó a correr hacia Arturo al tiempo que gritaba.

—De papá. ¡Sabía que hoy era un día estupendo!

Justo cuando Rebeca iba a alcanzar la carta, Arturo elevó su brazo lo suficiente para que ella no lo consiguiera. Sonrió maliciosamente y ella lo intentó de nuevo dando un pequeño salto, pero fue inútil. Solo sirvió para que, al caer empujara el pecho de Arturo.

—¿Por qué es un día estupendo? —preguntó él estirando el brazo hacia arriba.

—¡Dame la carta!

Arturo se sorprendió de que le tuteara. Era la primera vez. Ella también se dio cuenta y, al instante, rectificó:

—Quiero decir, deme la carta.

Él, sonrió divertido por su azoramiento.

—No, si no me contestas. ¿Por qué es un día estupendo?

—No lo sé —contestó ella sin dejar de intentar alcanzar la carta.

—Vamos, sabelotodo, no me digas que has perdido facultades. No me creo que no los sepas. ¡Tú lo sabes todo! —exclamó divertido.

—Lo he dicho sin pensar, no hay ningún motivo especial.

Rebeca no quería admitir que, simplemente, estaba a gusto y eso era suficiente para sentirse feliz. Hizo un nuevo intento y saltó de nuevo. Al caer lo hizo sobre el pie de Arturo, lo que obligó a éste a encogerse quejumbroso, momento que Rebeca aprovechó para tomar con fuerza el trozo de papel.

Rebeca se giró dando la espalda a Arturo y se quedó allí a su lado, acariciando el sobre.

—Mi padre siempre ha sabido cómo hacerme sentir la mujer más feliz y afortunada del mundo. Últimamente necesito a menudo sus inyecciones de coraje y autoestima.

Arturo, que había dejado de quejarse y estaba agradecido porque hubiera cesado ese suave contacto de los pechos de Rebeca sobre su tórax, se acercó a ella y asomándose por encima del hombro sugirió:

—¿Por qué no la abres, si tanta ilusión te hace?

Ella siguió pasando las yemas de sus dedos por encima de las palabras y negó con la cabeza.

—No, puedo esperar. Lo haré más tarde. Ahora voy a servirle la comida.

Rebeca guardó la carta en el bolsillo de su delantal y caminó rumbo a la cocina.

Arturo siguió con la mirada el movimiento de aquel cuerpo ondulante y

voluptuoso. Justo antes de desaparecer por el final del pasillo, Rebeca se volvió, como si entonces hubiera caído en la cuenta, y exclamó azorada de nuevo:

—Siento lo del pisotón. ¿Le duele?

—Solo mi amor propio. Conseguiste hacerte con la carta sin responder a mi pregunta.

Ella agradeció el gesto de condescendencia. Estaba muy claro que si tenía la carta en su poder era porque él lo había querido así. Era un intercambio justo. Él se merecía una respuesta, aunque, al dársela, Rebeca procuró que fuera lo más ambigua posible.

—Estoy aprendiendo a valorar las cosas de otra forma. Un famoso militar dijo una vez: “Ninguna situación es tan mala que no sea susceptible de empeorar”.

Arturo se dio por satisfecho. Significaba que su estancia allí no estaba siendo tan desagradable, siempre teniendo en cuenta que ella no había elegido ni el tiempo ni el lugar. Arturo se quedó pensativo un momento. ¿Qué sucedería si ella pudiera elegir? La perderías estúpido..., se respondió a sí mismo. Huiría de ti y de este lugar, como alma que lleva el diablo.

Pasó una semana más y siguió sin llegar carta de Poli. Rebeca no quería pensar en ella, pero a veces le resultaba imposible. Se sentía culpable por haber tenido tanta suerte. Cuántos más días pasaban más a gusto se sentía y menos sensación tenía de estar cumpliendo una condena. En realidad, parecía más bien un año sabático. Doña Luisa la trataba como a una hija y ansiaba la hora en que llegara el patrón para verlo. Ahora que le conocía mejor y le sabía incapaz de pegarle, se permitía ciertos toques de malicia, miradas pícaras y palabras con doble sentido que le daban más sabor a sus encuentros.

Arturo solía sentarse después de cenar en el salón con la excusa de leer un rato. Su intención real era verla entrar y salir recogiendo la mesa. Con aquella mujer rondando, le resultaba muy difícil concentrarse en lo que hacía y el primer sorprendido era él. Hacía mucho tiempo que una fémica no causaba ese efecto en su persona. Se esforzaba por ignorarla. La mayoría de las veces, ni siquiera se atrevía a mirarla porque en cuanto lo hacía, algo se le encendía por dentro. Pero al mismo tiempo, sentía una atracción irresistible hacia ella. Cada vez eran más abundantes las frases con segundas intenciones e incluso ligeros roces entre sus cuerpos, que nada tenían que ver con el azar. Él la provocaba y ella parecía aceptar el juego.

Aquella noche Arturo se había quedado después de cenar trabajando un rato en el despacho. Había descuidado los papeles y ahora se amontonaban en una torre sin fin sobre su mesa. Odiaba aquella parte de su trabajo, pero se negaba a sí mismo el capricho de contratar a alguien que lo hiciera. Era como un reto para él. Si conseguía llevar a cabo esa tarea que le repelía tanto, podría llevar a la práctica todo lo que se propusiera en cualquier otra área.

Su mente se había tomado un descanso sin previo aviso y, una vez más, Rebeca ocupaba sus pensamientos. Se sorprendió a sí mismo respirando con dificultad justo en el momento en que mentalmente volvía a abrazar aquel cuerpo frágil que ya en una ocasión tuvo entre sus brazos.

Escuchó un ruido que venía del pasillo y posó rápidamente el bolígrafo sobre la mesa. Luisa y Rebeca hacía más de una hora que se habían retirado a sus habitaciones y nadie más vivía en la casa. Salió a comprobar que ocurría.

Rebeca ni siquiera se había abrochado la bata, dando por sentado que todos dormían ya. Había oído que Arturo iría a la ciudad al día siguiente y no quería perder la oportunidad de que echara al correo la carta para su padre. Así que había puesto manos a la obra nada más terminar de cenar.

Posaba la carta sobre la mesita del recibidor cuando se abrió de repente la puerta que tenía a la espalda, la del despacho del patrón y la sombra de una figura humana se le vino encima. Rebeca se llevó un susto de muerte y un grito intenso se escapó de su garganta sin poder remediarlo.

Arturo le tapó la boca y cogiéndola de la cintura tiró de ella hacía el interior del despacho, para evitar en lo posible despertar a Luisa.

Rebeca, con los ojos cerrados de pánico, seguía retorciéndose intentando escapar. Él tuvo que aprisionarla entre su cuerpo y la pared para conseguir detenerla. Ella sólo se tranquilizó cuando escuchó la voz de Arturo muy cerca de ella. Entonces abrió los ojos y comprobó la identidad del agresor. La lucha cesó y expulsó todo el aire que llevaba dentro.

Arturo, que permanecía con el pecho pegado al de ella, notó como éste se deshinchaba y volvía a hincharse segundos más tarde con la toma de una nueva dosis de aire. Retiró la mano que tapaba la boca de la mujer y sin variar el resto de su posición, preguntó sigilosamente.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Me he llevado un susto de muerte. Creí que todos dormían.

—Yo también.

Arturo entreabrió la puerta y comprobó si se oía algo.

—Milagrosamente parece que no hemos despertado a Luisa —comentó tras unos segundos.

Volvió a cerrar la puerta y apoyó su antebrazo en el tabique, sobre la cabeza de Rebeca, que seguía aprisionada entre su cuerpo y la pared.

—¿Se puede saber qué haces a estas horas despierta? —inquirió como si acabara de pillar a una niña viendo la televisión a altas horas de la noche.

—Doña Luisa me dijo que mañana iba a ir a la ciudad y por si no le veía antes de que se fuera, bajé a dejar una carta para mi padre.

Arturo sentía cada centímetro del cuerpo de Rebeca pegado al suyo. No sabía cuánto iba a poder soportarlo y tampoco tenía ya fuerzas para separarse de ella.

Guardaron silencio unos segundos. Rebeca seguía respirando con dificultad y su pecho se deformaba contra el de Arturo, por la opresión de éste cada vez que tomaba aire.

Arturo sonrió divertido.

—¡Caray! ¡Vaya grito! ¿No has pensando dedicarte al cine de terror?

Rebeca sonrió nerviosa.

—Lo siento, no me llevo muy bien con la oscuridad, soy un poco miedica.

Arturo volvió a entreabrir la puerta. Todo seguía en calma fuera.

—Suerte que Luisa no tiene un sueño ligero —comentó divertido.

El hombre, notó que su mano izquierda, desobedeciendo su orden de permanecer quieta, acariciaba suavemente la cadera de Rebeca. Arturo desvió la mirada como si aquello no fuera con él. Tras unos segundos cometió el error de mirarla a la cara y sus labios se le rebelaron también, dirigiéndose directos hacia la boca de Rebeca. Ella estaba sorprendida. Todavía no se había recuperado del susto y ahora se tenía que enfrentar a una lengua juguetona que había invadido su cavidad bucal y lo peor es que no sabía qué hacer. Unos segundos más tarde, la mano izquierda de Arturo abandonó la cadera y rodeó la cintura de Rebeca en toda su extensión. El brazo derecho, que hasta entonces había conseguido mantener quieto sobre la pared, corrió al encuentro de su compañero.

Rebeca seguía intentando aclarar su mente y la verdad es que no tenía mucha prisa por hacerlo. De momento, aquel desorden estaba siendo maravilloso. Uno de los muslos de Arturo hizo presión y consiguió separar las piernas de Rebeca, metiéndose entre ambas. Al tiempo, las manos habían

dejado ya la zona de la cintura y bajaban hacia la parte final de la espalda.

Ahora, la mente de Rebeca trabajaba diligentemente. Aquello no era correcto y debía terminar cuanto antes. No supo el motivo, pero al instante siguiente pensó en Poli y el temor le oprimió el pecho. No supo cómo, pero empujó los hombros de Arturo y lo retiró de su lado. Él, extrañado por el cambio de actitud, preguntó dubitativo:

—¿Qué ocurre?

—Si no es absolutamente necesario, no quiero seguir con esto —musitó con un hilo de voz—.

—¿Absolutamente necesario? —repitió Arturo incrédulo a media voz.

Y entonces, adivinó lo que Rebeca estaba pensando. ¿Le creía capaz de utilizar la fuerza para conseguirla? En sus ojos vio el terror y la sumisión al mismo tiempo. El cólera se adueñó de él. Se separó y se dio la vuelta para que ella no pudiera ver el dolor que le había producido su falta de confianza. Apretó los puños intentando controlar su rabia.

—En esta casa hay cosas que nunca tendrás que hacer si no lo deseas.

No dio tiempo a nada más. Al instante abrió la puerta y abandonó la habitación.

Rebeca se quedó allí más asustada, si cabe, que cuando creyó que alguien la atacaba en la oscuridad. Pero ahora el motivo de ese miedo surgía de su interior, al descubrir todo lo que había sentido entre los brazos de aquel hombre y lo cerca que había estado de no detenerse.

No durmió demasiado bien aquella noche. Al calor sofocante que reinaba en la atmósfera, se unía el que ella sentía interiormente. Un fuego abrasador surgía desde lo más profundo de su ser y la cubría por completo. Al principio se negó a admitir que aquel fuego interno estuviera originado por algo que no fuera temor o sumisión. Pero tuvo que acabar cediendo a la evidencia. El pánico te deja helado, nunca te enciende las entrañas. Una vez que reconoció que había habido mucha pasión y deseo y nada de temor, fue más fácil tomar la decisión de hacer lo posible por desarraigar ese sentimiento, antes de que se hiciera más fuerte.

A la mañana siguiente temió encontrarse con Arturo. Todavía era muy pronto para haber obtenido resultados en su firme propósito.

—¿Se ha marchado ya el patrón?

—¡Uf! Sí, hace rato. Cuando yo me levanté ya había desayunado — contestó Luisa mientras atendía el puchero del fuego—. El pobrecito no ha

debido de dormir muy bien.

Rebeca en cuanto tuvo ocasión se acercó al recibidor temiendo que su carta continuara sobre la mesita, pero no estaba.

—Señora Luisa, ¿ha cogido usted un sobre que había en la entrada?

—No, se lo llevó Arturo.

—¿Seguro?

—Lo vi con él en la mano. ¿Es que no era para echar al correo?

—Sí, sí, pero temí que hubiera olvidado cogerlo.

Rebeca respiró aliviada. No debía estar muy enojado cuando se había llevado la carta. Entonces se le ocurrió la posibilidad de que para él realmente no hubiera significado nada. Un simple devaneo. Probó suerte y le falló, nada de importancia. Casi deseó que esta hipótesis fuera cierta y que solo hubiera sido una posibilidad de desahogo para él, nada más serio.

Cuando llegó la hora de cenar y el patrón seguía sin regresar, Rebeca empezó a preocuparse de nuevo y cuando preguntó a doña Luisa si no iba a volver para la cena, esta le contestó:

—No, llamó hace un rato. Ha cambiado de planes. Se quedará en la ciudad tres o cuatro días.

El semblante de Rebeca reflejó toda su preocupación. Parecía que la escena de la noche anterior había sido igual de significativa y seria para él que para ella.

—Chiquilla ¿ocurre algo?

—Nada —contestó Rebeca saliendo de su abstracción.

Doña Luisa tenía muchos años de experiencia en observar y conocer a la gente y dos jovencitos que podían ser sus hijos no se la iban a jugar tan fácilmente.

—No sé qué ha ocurrido, pero a mí no me engañas. He visto la cara de Arturo esta mañana y llevo viendo la tuya todo el día. Algo ha pasado y sea lo que sea cuanto antes lo solucionéis mejor.

Rebeca se alarmó. Si tan fácil era leer en su cara, su escaramuza nocturna estaría a la orden del día en los comentarios de todos en poco tiempo.

—Vamos, señora Luisa ¿Es que va a empezar a chocchar ahora? —inquirió mientras le besaba la mejilla cariñosamente.

Doña Luisa no lo tomó a mal, sabía que no había mala intención en sus palabras.

—Sí, sí. Tú riéte, que el que ríe el último ríe mejor.

CAPÍTULO 5

Tal vez era una impresión suya, pero en cuanto el patrón se ausentaba, todo parecía funcionar peor. Los recolectores trabajaban con desgana, no se les oía canturrear como acostumbraban a hacer cuando el patrón rondaba por los alrededores. Parecía llevarse la alegría con él. Tal vez fuera porque en su ausencia Matías le sustituía y el trato con él era muy diferente.

El capataz, desde el día que llegó hace algo menos de un año, había querido conseguir el respeto a fuerza de golpear y humillar a los demás. Intentaba sobresalir a base de hundir a los de al lado. Todos lo sabían e intentaban cumplir sus cometidos para evitar problemas con él.

Personalmente, Rebeca no había tenido ningún altercado, porque lo cierto es que casi no lo veía. El interior de la casa se salía de su jurisdicción.

Solo llevaba dos días sin ver al patrón y Rebeca ya lo echaba de menos. Su último encuentro no había sido todo lo bueno que hubiera querido. No podía dejarse hacer el amor allí mismo, pero bien sabe Dios que lo había deseado. Ahora, solo rezaba para que Arturo no lo hubiera tomado a mal. Quería que volviera cuanto antes y que cuando lo hiciera, su ira y su enfado hubieran desaparecido y la siguiera tratando como antes de esa última noche.

Escuchó a Luisa llamarla por el hueco de la escalera y bajó rápidamente.

—Viene el camión del reparto, el conductor me ha preguntado por ti — explicó doña Luisa.

—¿Por mí? ¿A qué santo?

Las dos mujeres fueron hacia la cocina donde esperaba un hombre bajito y

regordete.

—¿Es usted Rebeca?

Ésta afirmó con la cabeza extrañada.

—¿Rebeca Xilos? —insistió tras consultar un papel en el que debía de traer apuntado el nombre.

—Sí, la misma.

—En la finca de Morán me entregaron esta nota para usted.

El conducto entregó un papel arrugado a Rebeca y ésta lo leyó temblorosa. Si Poli había empleado ese medio de comunicación, las cosas no habían mejorado. Doña Luisa también supuso de quien era la nota.

—¡Vamos hija! lee pronto.

Rebeca obedeció. Solo eran dos frases, pero el semblante se le torno gris y algo en su interior se rompió en mil pedazos. Entregó la nota a doña Luisa como si con ese gesto pudiera borrar su contenido y se alejó unos pasos para reafirmar su intención.

Doña Luisa no esperó a que la invitara a leer la nota. Extrajo sus gafas del bolsillo y extendió el papel. La nota era breve y clara.

—Voy a morir. Ven a buscar a mi hijita cuanto antes.

—¡Santo cielo! —exclamó doña Luisa.

El hombre permaneció allí de pie imaginando, por lo que le habían contado al entregarle la nota, lo que en ella ponía.

—No sé muy bien qué ha sucedido. Al parecer golpearon brutalmente a una mujer porque no permitió que se llevaran a su hija a los campos a trabajar. Milagrosamente todavía estaba con vida cuando yo me marché.

Rebeca ya no veía bien. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Nada más terminar de hablar el hombre, se volvió hacia Luisa buscando su apoyo.

—Tengo que ir allí cuanto antes.

—Por supuesto que sí chiquilla y yo iré contigo —apoyó firmemente la mujer.

Rebeca se lo agradeció tremendamente. No estaba segura de poder enfrentarse a aquello ella sola.

—Lo difícil va a ser llegar hasta allí.

El hombre que seguía allí parado, intervino.

—Yo puedo llevarlas, si quieren.

—¿No le importa?

—Me pillas casi de paso y la traeré de regreso si quiere.

—Muchísimas gracias —exclamó Rebeca mientras estrechaba las manos del amable señor.

—Tendré que decírselo a Matías —inquirió Rebeca preocupada ante esa formalidad.

—Venga, cuanto antes mejor —alegó doña Luisa—. Ahora estará en las bodegas, adelántate mientras yo voy cerrando.

—Yo las espero en la puerta con la camioneta.

Matías estaba disfrutando de lo lindo. Había visto a Rebeca en varias ocasiones, pero ésta siempre se mantenía fuera de su alcance. Ahora la tenía justo donde quería, suplicándole.

—Lo siento guapa, pero no puedo arriesgarme a que el patrón se enfade conmigo por haberte permitido salir.

—Pero seguro que no se enfada, si estuviera aquí...

—Pero no está, estoy yo y yo no me fío. ¿Quién me garantiza a mí que una vez fuera no te escaparás?

—Pues claro que no escaparé. ¿Dónde iba a ir? Tarde o temprano me cogerían.

—Tenlo por seguro, yo mismo te seguiría los pasos y te molería a palos —amenazó Matías.

Rebeca, sensibilizada por la situación, le creyó capaz de hacerlo.

—Por favor señor, es muy importante que llegue cuanto antes junto a mi amiga. Se lo pido por favor.

—Los favores se pagan pequeña. Este es un favor muy grande, me juego mucho y yo no veo que tú me des nada a cambio.

Rebeca supo perfectamente cuál era el tipo de trueque que el capataz le proponía y ya iba a empezar a soltar improperios cuando doña Luisa apareció en la puerta de la bodega.

—No me deja ir —protestó Rebeca—.

—¿Que no te deja? —se extrañó la anciana.

Dio unos pasos más y se encaró con el capataz.

—No puede hacer eso, es simple humanidad.

—Lo siento señora, a mí no me pagan por ser humanitario. ¿Qué clase de vigilante sería si dejara marchar a todos los presos por cualquier tontería

—Está usted muy equivocado. Usted no es un vigilante ni Rebeca es una presa, ni esto es una tontería —replicó la mujer enfadada—. Yo voy a acompañarla, yo me hago responsable.

El capataz respiró profundamente como si estuviera siendo sometido al mayor de los calvarios al tener que soportar a una vieja histérica y afirmó dando por terminada la conversación:

—Lo siento señora. Yo no puedo hacer nada. Esperen a que el patrón vuelva y que él decida. Mientras sea mi responsabilidad, ningún preso traspasará esa puerta. Ahora, si me disculpan, tengo que seguir trabajando.

Doña Luisa volvió junto a Rebeca enfurecida, pero resignada a esperar la vuelta de Arturo.

—Será terco. En fin, no podemos hacer otra cosa más que rezar para que Arturo regrese pronto.

—Sí que podemos hacer otra cosa —afirmó decidida Rebeca.

Doña Luisa la miraba, adivinando sus intenciones y la joven, antes de que también ella se pusiera en su contra, intentó convencerla.

—Si supiéramos que Arturo volvía hoy seguro, esperaría, pero ¿y si no vuelve? Mañana será demasiado tarde, tal vez ya sea demasiado tarde.

Doña Luisa guardó silencio. Rebeca la cogió de la mano e insistió.

—Tengo que ir ahora.

—Si Matías se entera te lo va a hacer pagar.

—Lo sé, pero no tengo alternativa. Ahí puede ayudarme usted. Si se queda y le hace creer que estoy en la casa, podré ganar tiempo.

—¿No quieres que te acompañe?

—Me encantaría, pero aquí me será más útil.

La mujer, tras unos segundos, asintió convencida.

—Está bien, no hay tiempo que perder.

El hombrecillo de la camioneta se extrañó al no ver a la mujer mayor, pero cuando Rebeca le explicó que habían surgido complicaciones no preguntó más. Se pusieron en marcha y veinte minutos después estaban ante las verjas metálicas que franqueaban la entrada de la finca Morán. Cuan distinto era ese paisaje. Allí todo eran vallas, verjas y candados.

Fue la primera vez que Rebeca tuvo conciencia de que en las tierras de Arturo no existía nada de eso.

El hombrecillo le fue de gran ayuda. Se conocía los andurriales y pudieron colarse en el interior de las cocinas sin dificultad. Una vez dentro, buscaron a la persona que le había dado la nota.

—¿Tú eres Rebeca? —preguntó la mujer en un susurro—. Te imaginaba mayor.

—¿Dónde está Poli? —preguntó Rebeca sin rodeos.

—Se la llevaron esta mañana al hospital de la prisión, es el más cercano.

—Mierda —protestó malhumorada Rebeca— ¿Y la niña?

—Se la llevaron también.

—¿Cómo estaba Poli?

—Muy mal —contestó sinceramente la presa—. No creo que aguante mucho. Si resiste es solo por verte. No quiere dejar a su hijita sola.

Rebeca se llevó las manos a los ojos. De nuevo iba a empezar a llorar. Después de todo no había servido de nada su escapada.

El hombrecillo le apretó el brazo.

—Si quiere, yo la llevo a la prisión. Ya he terminado mi reparto.

Rebeca le miró sorprendida, no había pensado en esa posibilidad y la estudió por un momento.

—No me dejarán entrar.

—No tienen por qué saber que eres una reclusa —apuntó la mujer-.

—No, es cierto, al menos no hasta que la vea, después ya no importará.

A la salida, pasaron tan desapercibidos como a su llegada y rápidamente se pusieron rumbo a la prisión. Aquello se había convertido en una carrera contrarreloj. Rebeca no dejaba de susurrar.

—Aguanta Poli, estoy de camino. Aguanta.

Se despidió del amable señor en la puerta de la prisión. Él insistió en esperar y llevarla de regreso, pero como bien apuntó Rebeca, era más que probable que la vuelta la hiciera en un furgón de presos.

Se dirigió decidida al control. Ya era demasiado tarde para arrepentirse y estaba ansiosa por ver a Poli. Por un momento pensó en la posibilidad de que Matías ya hubiera descubierto su huida y estuviera de camino. Eso le hizo acelerar aún más el paso.

En el control le informaron que para visitar a los presos del hospital se necesitaba un pase especial del alcaide, así que primero la condujeron a ver al alcaide.

Con los guardias del control no hubo ningún problema. A ninguno pareció resultar conocida su cara, pero no hubo tanta suerte con el alcaide que, en cuanto la vio, la reconoció.

—Tú eres Rebeca Xilos.

—Sí, señor —admitió sin rodeos.

Si recordaba su nombre, también sabría perfectamente que la había

enviado a las bodegas. Tuvo la delicadeza de no preguntarle más.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo entendido que han trasladado esta mañana a Poli Escuer al hospital de la prisión. Me gustaría verla, al parecer está muy grave.

—Me temo que eso no va a poder ser —informó el alcaide con cierto pesar—. Me han comunicado que ha fallecido hace menos de una hora.

Rebeca se quedó helada. Ni siquiera parpadeó. Eso era imposible. Era injusto para Poli e injusto para ella.

Echó la cabeza hacia adelante derrotada y exclamó:

—¡Dios! Así que al final todo ha sido inútil.

Esa afirmación puso en alerta al alcaide.

—¿Qué quieres decir con eso? Rebeca ¿no habrás hecho ninguna tontería?

—Pues me temo que sí, pero ¿qué importa ya?

—¿Te has escapado?

—Técnicamente sí, aunque no en la realidad.

El alcaide abandonó su lustroso sillón y bordeando la mesa se sentó sobre ella, al lado de Rebeca.

—¿Quieres contarme que has hecho exactamente?

—Arturo ha salido de viaje, no sabemos cuándo va a volver. Esta mañana me llegó un recado de Poli y no lo pensé más. Pedí permiso al capataz, pero me lo negó.

Ahora Rebeca miró directamente al alcaide a los ojos.

—Sé que Arturo me habría dejado venir, seguramente hasta me habría acompañado.

El alcaide la miró serenamente.

—Estoy seguro de que sí, pero yo he de devolvete allí.

—Por supuesto. No quiero estar en otro lugar. Solo quería ver a Poli y recoger a su niña.

El alcaide pareció caer en la cuenta de algo.

—¡Claro, la niña! Poli firmó esta mañana unos papeles de algo referente a su hija.

Inmediatamente regresó a su lugar tras la mesa y rebuscó entre unos folios.

—Era una especie de últimas voluntades en las que legaba la custodia de su hija a una amiga.

El alcaide levantó la vista.

—¡Claro! Eras tú. ¿Cómo he podido no darme cuenta? No lo relacioné. No

sabía que erais amigas.

—¿Quiere decir que Megan está legalmente bajo mi custodia? ¿Que nadie podrá quitármela?

—Si estoy en lo cierto, sí. Creo que se aseguró de pedir un abogado en cuanto ingresó en la enfermería y firmó los papeles ante él y varios testigos. Espera un momento. Voy a ver si lo tienen fuera.

Rebeca se quedó sola en el despacho. Sería maravilloso si el alcaide no estaba confundido. Poli lo había sabido hacer bien.

El alcaide entró un minuto más tarde muy sonriente.

—Aquí esta. Es perfectamente legal. Habrá ciertos trámites, pero la niña es tuya.

Rebeca sonrió feliz y lloró, sin saber muy bien si de emoción o de tristeza.

El alcaide mandó a buscar a la pequeña y mientras esperaban su llegada, hablaron de Poli.

—Tengo entendido que ha llegado en muy mal estado. Tenía varias costillas fracturadas y órganos vitales dañados, riñones, pulmones... Lo siento, no hemos podido hacer mucho.

—¿Cómo permite la ley éstos abusos?

El alcaide intentó en la medida de lo posible ser imparcial.

—Bueno, no se sabe muy bien que ocurrió. Por supuesto nada justifica ese trato, pero la versión del señor Morán dista bastante de la que dio Poli.

—Y usted ¿A quién cree? —preguntó suspicaz Rebeca—. Arturo me ha comentado que no es la primera vez que pasa esto.

El alcaide sonrió por un momento.

—Vaya, así que Arturo comenta contigo temas importantes.

Rebeca se dio cuenta de que tal vez se había extralimitado. No quería causar problemas a Arturo y que hiciera confidencias de ese tipo a una presa, tal vez era meterle en líos.

—Bueno, en realidad no fue a mí, un día, se lo oí decir al patrón cuando hablaba con otra persona —mintió Rebeca.

—¡Ya! —contestó el alcaide, permitiendo que aquella mujer creyera haberle convencido—. Por lo que intuyo, ¿no existen malos tratos en las bodegas Brader?

—Por supuesto que no —se apresuró a contestar Rebeca.

Él sonrió sorprendido por la firme defensa de Rebeca.

—De todas maneras, tal vez me acerque algún día en persona a

comprobarlo.

—Cuando quiera.

Los dos guardaron silencio y Rebeca volvió a pensar en su amiga y en el poco tiempo que hacía que ambas habían estado haciendo planes para el futuro. El alcaide adivinó sus pensamientos.

—¿Erais muy amigas?

—Parece mentira que en tan poco tiempo te puedas sentir tan unida a alguien. Pero sí, la verdad es que sí. Tal vez la causa es el ambiente. En sitios hostiles se descubre más rápidamente lo bueno y lo malo de las personas. Nosotras congeniamos a los dos minutos de conocernos.

—Teníais que ser muy buenas amigas para que te haya confiado a su hija. ¿No tiene ningún pariente?

—Su madre aún vive, pero está muy enferma, tiene cáncer. Supongo que dio por sentado que pronto morirá y no quiso provocar otro trauma en la vida de Megan.

—¿Quieres ver a Poli antes de irte?

Rebeca lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—No, creo que no.

—Tal vez sea lo mejor, no tiene muy buen aspecto.

El llanto de una niña les sobresaltó. Al instante se abrió la puerta y una funcionaria entró con Megan de la mano.

La pequeña lloraba amargamente con tres dedos de su mano derecha metidos por completo dentro de su boca. Al entrar miró a todas partes, pero en cuanto vio a Rebeca se sacó los dedos de la boca y señaló hacia ella, tirando para liberar la mano que seguía presa dentro de la de la funcionaria.

Rebeca extendió sus brazos y la pequeña corrió hacia ellos llorando, más amargamente si cabe, cuando los alcanzó.

—¡Calla bonita, calla! —consoló Rebeca llorando también—. Ya ha pasado todo, todo acabó.

—Mi mama se ha ido y me ha dejado aquí sola. Se olvidó de mí.

—No cariño, no. No se olvidó. Tuvo que marcharse, pero me llamó a mí para que viniera a buscarte.

—¿De verdad?

—Claro Megan. Nunca estará solas, tu madre se encargó de ello antes de irse.

La niña dejó de llorar. Parecía que la simple convicción de que su madre

no la había abandonado era suficiente para consolarla.

—Menos mal, este sitio no me gusta —musitó en voz baja la pequeña.

—Muy bien, pues nos iremos de aquí ahora mismo —concedió Rebeca.

La niña se separó de ella y preguntó alarmada.

—¿Dónde iremos? ¿Dónde estábamos antes mamá y yo?

Rebeca miró al alcaide y fue éste el que se dirigió a la niña.

—¿Por qué Megan? ¿Quieres volver allí?

La niña se abrazó a Rebeca y negó con la cabeza tímidamente.

—¿Por qué no quieres ir?

—Hacían llorar a mamá y a otras mujeres y yo me aburría cerrada en la jaula.

El alcaide miró a Rebeca horrorizado y ahora fue Rebeca la que interrogó a la pequeña.

—¿Por qué te cerró en una jaula? ¿Fuiste mala?

La niña negó otra vez con la cabeza.

—Nos cerraban siempre. A todos los niños. Todos los días, cuando mamá se marchaba a trabajar venía un hombre y nos encerraba.

Rebeca abrazó con fuerza a la pequeña y besó su cabello.

—Eso no volverá a pasar. Donde vamos a vivir ahora hay un hombre que cuando yo me tenga que ir a trabajar te llevará a jugar con los demás niños al jardín y una señora, que se llama Luisa, te dará chocolate y galletas para merendar y algunos días podrás ver dibujos animados y películas en la tele.

—Vaya, ese sitio sí que es guay —exclamó la pequeña deseando ya estar allí.

Es increíble lo pronto que los niños arrinconan el dolor de sus corazones. Para Megan era muy pronto para comprender que su madre no volvería nunca a su lado así que, de momento, eso no la preocupaba. Se conformaba con alejarse de los lugares donde había sido tan desgraciada.

El alcaide dio orden de que unos guardias llevaran de regreso a Rebeca a las bodegas. Uno de los funcionarios se acercó a Rebeca para ponerle las esposas, pero el alcaide le hizo una seña.

—Creo que eso no es necesario.

Rebeca, con Megan en sus brazos, se despidió del alcaide dándole las gracias.

—¿Por qué? ¿Por proporcionarte un taxi que te lleve a tu destino? —bromeó el alcaide—. Ha sido un placer.

—Bueno, por eso también, pensaba volver a ese lugar de todas formas. Andando y cargada con Megan me habría costado más tiempo.

Rebeca sintió simpatía por aquel hombre. Mientras estuvo en la prisión prácticamente no le vio, solo en la entrevista que tuvo con él cuando llegó, pero era la evidencia de que se podía cumplir un trabajo tan desagradable como el suyo, sin tener que convertirse en alguien repulsivo. Tuvo la certeza de que, si conociera a Arturo, serían amigos.

Megan parecía feliz de abandonar aquel lugar, ignorante como era de que allí quedaba el cuerpo sin vida de su madre. Al principio la niña estaba un poco cohibida con aquellos hombres uniformados al lado, pero con un par de sus sonrisas, enseguida ganó sus corazones y lo pasó en grande, poniéndose y quitándose la gorra de uno de ellos.

Rebeca se sintió feliz al ver la portalada al final del camino. De nuevo estaba a salvo, en casa. Creyó que la pesadilla había terminado, pero se olvidaba de Matías. En realidad, no pensó que ahora pudiera hacerle ya nada. Él no había podido impedir que trajera a Megan. Tampoco pensó en la posibilidad de que no hubiera notado su falta y ahora al entrar tan aparatosamente todo se descubriría.

La furgoneta paró ante la casa y la propia Rebeca indicó a los guardias que esperaran un momento mientras veía si el patrón había regresado.

Entró en la casa feliz, llamando a Luisa a gritos. La anciana apareció enseguida por el final del pasillo.

—La tengo, señora Luisa, la tengo. Traje a la niña conmigo. He podido sacarla de ese infierno.

La mujer rio de alegría.

—¡Qué bien hija! menos mal. ¿Y su madre?

Rebeca entristeció de repente.

—No llegué a tiempo. Ya había muerto para cuando llegué.

Doña Luisa le dio un par de palmaditas en las manos.

—Bueno, lo importante es que la pequeña está a salvo. ¿Dónde está?

—Fuera. Tuve que ir a la prisión a por ella. Unos guardias me han acompañado. ¿Ha llegado Arturo? —preguntó esperanzada.

—No hija, no ha dado señales de vida.

A continuación, le preguntó con más miedo que otra cosa.

—¿Y el capataz? ¿Sabe que me he ido?

—No, no se ha enterado. El muy bribón vino antes a husmear, pero le dije

que estabas limpiando el sótano y no podías dejarlo.

—Menos mal —respondió aliviada—. Vamos a por Megan.

—Sí, sí —respondió Luisa ilusionada por conocer a la niña.

Al salir, se quedaron heladas al ver a Matías conversando con los guardias. Él le dedicó una mirada en cuanto la vio que la hizo estremecer de pies a cabeza y se sujetó con fuerza a las manos de la anciana. Entonces, se dio cuenta de que tenía sujeta de la mano a Megan y ésta le miraba con carita asustada, como si fuera a empezar a llorar de un momento a otro.

—¡Dios mío, la niña! —exclamó Rebeca sin poder evitar que las piernas les temblaran.

El capataz seguía mirándola y en sus ojos había odio y rabia, seguramente por haberse tenido que enterar de su escapada a través de los guardias.

La niña quiso soltarse de su mano y correr al lado de Rebeca, pero Matías dio un tirón a su cuerpecito volviendo a situarla junto a sus piernas.

Rebeca, echó a andar hacia él.

—Al parecer no has informado a éstos caballeros que el patrón no te dio permiso para abandonar la propiedad.

Rebeca no quiso decirle que el alcaide sí lo sabía y enfadada como estaba, respondió.

—No pude hacerlo ya que no estaba.

—Yo soy su sustituto y te lo negué. Yo te enseñaré a obedecer.

—Usted no tiene que enseñarme nada. El único con derecho a dar lecciones es el patrón, su obligación es...

Un sonoro y doloroso bofetón en su mejilla le impidió terminar la frase. Se tambaleó de izquierda a derecha, pero consiguió conservar el equilibrio. Al menos aquello había servido para que soltara la mano de Megan que ya estaba cogida a sus faldas.

—No me repliques, putita de tres al cuarto —refunfuñó el capataz, que tampoco quería sobrepasar los límites delante de los guardias.

Rebeca también estaba furiosa. Nadie le había puesto la mano encima nunca y no iba a ser un odioso capataz el que lo hiciera ahora.

—No vuelva a hablar así delante de la niña —replicó enérgica.

—¿Qué pasa? ¿No quieres que la niña sepa lo que eres?

Rebeca fue a replicar de nuevo, pero la voz serena de Luisa a sus espaldas se lo impidió.

—Rebeca, entra ya en la casa, hay mucha faena que hacer.

Matías la tomó del brazo cuando iba a empezar a andar.

—No, espera. Aún no he terminado contigo. Señores —añadió dirigiéndose a los guardias—, si me disculpan tengo aún mucho trabajo por hacer. Les estoy muy agradecido por haberme devuelto a la fugada. Les aseguro que no volverá a escaparse.

Las dos mujeres, el capataz y la niña, vieron alejarse el furgón de la prisión. Un segundo más tarde de que la polvareda desapareciera en el horizonte, Rebeca sintió un nuevo bofetón, esta vez en la otra mejilla. Fue doña Luisa la que se quejó, como si lo hubiera recibido en sus propias carnes. Rebeca se limitó a limpiarse la sangre que, como en la vez anterior, ya manaba de su labio superior.

—Lo habrás pasado bien burlándote de mí ¿verdad? Pero nadie se burla de Matías y le quedan ganas luego de disfrutar de su audacia.

—Yo no me he reído de nadie. Solo...

Ahora el puño cerrado del hombre se estampó en su mejilla y en esta ocasión no pudo mantener el equilibrio y cayó al suelo. Doña Luisa corrió en su auxilio. Para entonces Rebeca ya se había dado cuenta de que aquello iba en serio y solo había hecho que empezar, así que aún aturdida, exclamó:

—Lleve a la niña a casa, que no vea esto.

Casi no pudo terminar la frase. Otro intenso dolor esta vez en su cabeza la hizo contener la respiración. El capataz sujetaba una mata de su pelo y tirando de ella la había puesto de pie y ahora tiraba con fuerza para hacerla andar.

—Vamos, maldita puta, te vas a enterar de lo que ocurre cuando uno intenta pasar por encima de mí.

Doña Luisa intentó detenerlo, pero fue inútil. Rebeca, a rastras camino de la bodega, volvió a insistir.

—Lleve a Megan a la casa, por favor. ¡Llévesela!

La mujer obedeció.

Rebeca hizo a rastras el resto del trayecto. Iba aturdida por el golpe y no conseguía dominar la marcha. Solo cuando el capataz se detuvo, ya en el interior de la bodega, pudo ponerse de pie. Allí ya no quedaba nadie. Lo vio cerrar las puertas y quitarse el cinturón y supo que iba a sentir en sus propias carnes el dolor que Poli había sentido.

—Bien putita, primero voy a enseñarte que de mí no se ríe nadie. Cuando lo tengas bien claro, y es cuestión de tiempo, tal vez nos queden ganas para divertirnos juntos y conocernos mejor.

Rebeca retrocedió al verle avanzar.

—No tiene derecho a hacer esto. No es competencia suya. Debe esperar a que llegue el patrón.

—El patrón es muy blando, seguro que tú con tu labia lo convencerías y todo quedaría en una mínima regañina. Lo he visto otras veces. Tienen aspecto de hombres, pero son simples peleles.

Rebeca no supo por qué, pero de sus labios brotaron solas las palabras que iban a provocar más aún la cólera de aquel hombre. Sin poder evitarlo, sentenció.

—Usted no le llega ni a la suela de los zapatos.

Los ojos del capataz chisporrotearon de cólera, pero esbozó una sonrisa y soltó una sonora carcajada para intentar ocultarlo. Dejó de carcajear y exclamó muy serio:

—Ya me lo contarás dentro de un rato.

—Cualquiera se sentiría muy macho con un cinturón en la mano –volvió a instigar Rebeca-.

—Yo no necesito nada para partirme la cara, hija de puta.

De nuevo un fuerte puñetazo golpeó el frágil rostro de Rebeca haciéndola caer al suelo. Una vez allí, el capataz utilizó el cinturón a modo de látigo por primera vez.

Un intenso dolor en su espalda la hizo paralizarse, pero al contrario de lo que él esperaba, esto solo la hizo envalentonarse más.

—Esto le va a costar un disgusto mayor a usted que a mí cuando llegue el patrón.

Matías sabía que eso era cierto. Sabía que aquella muchacha era el ojo derecho del patrón desde que había llegado y aún con todo no pensaba permitir que una convicta, por muy amiga del patrón que fuera, se burlara de su autoridad.

Descargó toda su ira en el siguiente latigazo que propinó a Rebeca y ésta creyó que no iba a poder soportarlo. Nunca había sido muy buena soportando el dolor físico y ahora se sentía al límite de sus fuerzas.

Apretó los puños y transformó toda su rabia en valor para salir de aquello. Sintió otro golpe más y otro. Éste le pareció que había dolido menos. En realidad, ya no sentía nada.

Había conseguido evadirse de su cuerpo. ¿Cuántos golpes como esos habría soportado Poli antes de rendirse?

Se habían detenido los golpes y le pareció escuchar voces, pero todo era muy lejano. Antes de perder definitivamente el conocimiento incluso habría jurado escuchar la voz susurrante de Arturo junto a ella, pero no podía asegurarlo.

CAPÍTULO 6

Despertó horas más tarde con un intenso dolor en todo el cuerpo.

Estaba echada, boca abajo, sobre su cama. Entreabrió los ojos y vio a Megan sentada en una silla a pocos metros. En cuanto la niña vio que la miraba se levantó y corrió a arrodillarse a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó la pequeña—no te iras a morir ¿verdad?

—No cariño —contestó haciendo un gran esfuerzo—, solo estoy un poco cansada.

—¿Como cuando corres?

—Sí, igual.

—¿Qué te ha pasado ahí? —preguntó señalando con su dedito la espalda desnuda de Rebeca—. Luisa dice que te caíste y te arañaste con unas ortigas.

Rebeca sonrió.

—Sí, así es. Soy un poco torpe y no sé andar por el campo.

—Yo te enseñaré. Corro muy bien, ya lo verás.

Doña Luisa entró en la habitación y se alegró al verla despierta.

—Hola cariño, ¿cómo te encuentras? —preguntó sentándose sobre la cama, junto a ella.

—Como si una manada de elefantes hubiera pasado por encima.

—No te preocupes. Estás en mis manos. En unos pocos días estarás como nueva. Ya te he aplicado un bálsamo que te aliviará pronto.

Megan correteaba alrededor de la cama, feliz porque su nueva mamá hubiera despertado y ya no se fuera a morir. Rebeca aprovechó para hablar con doña Luisa. Al estar boca abajo la almohada no le dejaba hacerlo con

comodidad e intentó darse la vuelta, pero un inmenso dolor en cuanto posó su espalda sobre el colchón la hizo volver a la misma posición inicial.

—Me perdí el final de la historia —afirmó cuando se recuperó del espasmo—. ¿Quiere contármela?

—Dios existe después de todo, hija mía. En cuanto vi a ese hombre arrastrarte de aquel modo, corrí a pedir ayuda. Ya iba hacia la bodega con un grupo de hombres para detenerle cuando llegó Arturo.

—¿Ha vuelto? —preguntó aliviada, sintiéndose por primera vez a salvo.

—Sí chiquilla, y si no llega a ser por él, creo que habrías acabado peor parada. En cuanto se enteró de lo que estaba sucediendo corrió hacia la bodega y para cuando llegamos los demás, Matías ya estaba espatarrado en el suelo y salía contigo en volandas.

Rebeca pareció revivir el momento. Creyó recordar la placentera sensación de los brazos de Arturo sobre su cuerpo, pero el dolor fue más intenso. Ahora, al recordarlo, volvió a fruncir el ceño. Estaba agotada y doña Luisa pudo apreciarlo en su rostro.

—Bueno, ya vale de cháchara. Duerme un rato, es lo que más te va a aliviar. No te preocupes de la pequeña, me la llevo un rato para que te deje descansar.

—Se lo agradezco —musitó Rebeca en un susurro—, creo que necesito dormir un poco más.

Al instante cerró los ojos y ya no escuchó marchar a la servicial Luisa, ni a la pequeña.

Volvió a despertar horas más tarde y esta vez la silla estaba ocupada por Arturo. Ella le dedicó una sonrisa y él acudió a su lado.

—¡Hola! ¿Cómo te encuentras?

—Mejor —mintió ella—. ¿Qué hora es?

—Las dos.

—¿De la tarde?

—De la madrugada —respondió Arturo con una sonrisa en la cara.

—¿Y Megan?

Arturo señaló con el dedo por encima de ella hacia la otra cama.

—No ha permitido irse a dormir a otra parte por más que Luisa lo ha intentado.

—¿Te gusta? ¿A que es preciosa? —preguntó Rebeca orgullosa como si de su propia hija se tratara.

—Lo es. Parece mentira que alguien pueda querer dañar a una criatura así.

Arturo dejó de mirar a la pequeña y centró su mirada en Rebeca. Se había dado cuenta de que por fin estaba tuteándole sin estar enfadada. No quiso comentar nada por si ella rectificaba.

—Siento mucho lo ocurrido. Lo de tu amiga y sobre todo lo tuyo. No me lo perdonaré nunca.

—No ha sido culpa tuya. Yo me lo busqué. Perdóname, no quería causar problemas. No iba a escaparme, solo quería traerme a la niña.

—Lo sé.

—Intenté hacerlo bien. Le pedí permiso al capataz, pero él... él...

A Rebeca se le hizo un nudo en la garganta.

—Lo sé, Luisa me lo ha contado todo. Lo siento mucho, te juro que ese hombre no volverá a ponerte la mano encima.

Ahora fue Arturo el que pareció recordar la escena.

—Cuando llegué y Luisa me dijo que te había llevado a la bodega no pude creerlo. Pero cuando abrí las puertas y le vi con el brazo en alto a punto de azotarte de nuevo, sentí una ira tremenda y me lancé sobre él. Por primera vez en mi vida deseé matar a un semejante y lo habría hecho si el sentimiento de socorrerte no hubiera sido más fuerte.

Arturo volvió a mirarla y confesó.

—Cuando te vi allí tendida, inmóvil, con la espalda ensangrentada, me asusté. Temí que ese bárbaro hubiera acabado contigo. Es curioso, llevo años luchando contra los abusos y los malos tratos y ahora debo de enfrentarme a ellos en mi propia casa.

Arturo acarició los cabellos de Rebeca.

—No podré perdonarme nunca que te hayan hecho esto. ¿Podrás perdonarme tú?

—No he de hacerlo. Yo no te he culpado en ningún momento.

Las fuerzas volvían a abandonarla. No pudo articular palabra, pero reunió todas sus fuerzas para sujetar fuertemente la mano de Arturo y así volvió a quedarse dormida.

A la mañana siguiente cuando despertó, Arturo ya no estaba. Tampoco había señales de Megan y el que sí había hecho su aparición era el sol que ya avanzaba con ganas hasta el centro de la habitación.

Seguía en la misma posición del día anterior. Esa debía de ser la causa del terrible dolor de cuello que padecía porque, que ella recordara, no había

recibido ningún latigazo en esa zona. Examinó mentalmente su cuerpo. Sus piernas, ahora bajo las sábanas, habían recibido uno de los latigazos. Intentó moverlas y aunque la piel le tiraba, no fue demasiado doloroso. No ocurrió lo mismo cuando meneó uno de sus omóplatos ya que, al instante, y como castigo por su osadía, recibió un tremendo agujonazo cinco centímetros más adentro. Sin duda su espalda era la zona más castigada. Se había llevado la mayor parte de los golpes y era lógico que todavía no soportara ni el suave roce de las sábanas.

En la habitación había un intenso olor que Rebeca dedujo que provenía de un frasco que había sobre la mesilla. El olor estaba impregnado en su cuerpo, así que supuso que se trataba de uno de los ungüentos de doña Luisa.

Volvió a cerrar los ojos y se quedó muy quieta. El sol ya acariciaba la punta de sus pies. Casi agradeció el calorcillo. Había debido de pasar la noche con la espalda destapada y sentía algo de frío. Intentó acurrucarse un poco, pero una nueva punzada de dolor echó abajo sus planes.

Al dejar su mente en blanco enseguida la invadió el recuerdo de la escena en la bodega. Rápidamente buscó una idea agradable que llenara su cabeza y no dejara lugar para nada más. Para su sorpresa no pensó en Megan o en los paseos con su padre, que tanto le encantaban. Lo primero en lo que pensó fue en la sensación tan agradable que sintió en los brazos de Arturo. Rozó sus labios con los dedos y rememoró los besos de su patrón.

Un leve crujido en la puerta, la alarmó y abrió los ojos.

—¡Vaya!, ¿Te desperté acaso? —se lamentó Luisa.

—No, hace un ratito que me desperté.

Doña Luisa se acercó hasta la cama y mientras examinaba las heridas de su espalda preguntó:

—¿Qué tal te encuentras?

—Bueno, si permanezco quieta como una momia, perfecta.

—Esto va muy bien, tiene mucho mejor aspecto y tu cara ha dejado de parecer una patata y ha recuperado su color sonrosado.

Doña Luisa acarició tiernamente la mejilla de Rebeca. Todavía tenía el labio hinchado por los puñetazos, pero doña Luisa casi no le rozó en su caricia.

Rebeca le cogió la mano y se la besó agradecida.

—Estoy mucho mejor y usted es la única responsable. No sé qué habría hecho sin su ayuda.

—¡Bah! ¡Tonterías! Si no hubiera estado yo, otro hubiera habido.

¿Por qué la mente nos juega tan malas pasadas?, pensó Rebeca más tarde. En cuanto doña Luisa mencionó otra persona que pudiera cuidarla, inmediatamente ella había pensado en Arturo y lo peor es que las palabras se le escaparon antes de poder evitarlo.

—Arturo ¿se ha ido?

La vieja Luisa sonrió divertida al apreciar su interés.

—Se ha ido. Me costó lo mío, pero a las seis de la mañana he conseguido que se fuera a dormir un rato.

—¿Ha estado aquí toda la noche?

—Sentadito en esta silla sin menearse —tintineó Luisa.

Rebeca sonrió picaronamente e intentó ocultar su rostro en la almohada.

Aquella información había aliviado sus dolores en un tanto por ciento elevado. El capataz no volvería a acercarse a ella mientras Arturo siguiera vigilándola.

Doña Luisa ayudó a Rebeca a llegar hasta el baño y luego, de nuevo en la cama y aprovechando que la pequeña Megan jugueteaba en el patio con el resto de los pequeñuelos, la amable Luisa lavó y desinfectó todas las heridas por pequeñas que fueran y por último volvió a extender otras dosis de unguento.

Excepto tres cortas visitas más de doña Luisa y una de la adorable Megan, nadie más se acercó a verla.

Pensó que Arturo subiría por la noche, al acabar la jornada, y procuró permanecer despierta, pero cuando el sueño la venció, Arturo no había aparecido.

Poco podía imaginar Rebeca lo difícil que le había resultado a él permanecer allí sentado toda la noche anterior, sin acercarse ni una vez a acariciar esa piel desnuda. Un par de veces que Rebeca había cambiado levemente su postura y uno de sus senos había quedado parcialmente a la vista, Arturo se había visto obligado a respirar profundamente y había conseguido apartar la vista antes de que su impulso de acariciarlo fuera mayor.

Dos días más tarde no pudo resistirlo más y tuvo que entrar a verla.

Para su tranquilidad, la encontró con su cuerpo oculto tras un pijama de seda. Estaba sentada, con su espalda apoyada en una montaña de almohadas. Al verle entrar, su rostro se iluminó y Arturo le devolvió la sonrisa.

—¡Vaya cambio, sabelotodo! Tienes mucho mejor aspecto.

—Sí, me encuentro bastante mejor. El ungüento de doña Luisa hace milagros.

Arturo no dijo nada, solo la miraba embobado. Ella bajó la vista y se atrevió a protestar.

—Creía que te habías olvidado de mí.

—Imposible —sentenció seriamente Arturo—. Tuve mucho trabajo y tampoco quería cansarte.

De nuevo callaron. Él no dejaba de mirarla y ella se sonrojó.

—Bonito pijama —exclamó Arturo reconociéndolo como uno de los suyos.

—Sí, el antiguo dueño debía de ser algo más corpulento porque yo no consigo llenarlo del todo.

Rebeca se refería a la anchura de hombros que, al no ser la misma, provocaba que el escote en pico cayera, tal vez, excesivamente. Arturo también se asomó y añadió sonriendo.

—A mí me parece que no podía tener mejor relleno.

Ella se sonrojó más todavía y sonrió ligeramente hasta donde su labio partido se lo permitió.

—Decididamente que no he sido una de tus mejores inversiones —confesó Rebeca.

Arturo rio divertido. No se le había ocurrido pensar en eso.

—No, me temo que no.

—En éstos días me ha dado tiempo a echar la cuenta. Vamos a ver. Cuando llegué aquí debía de cumplir un año. Ahora me queda un año y dieciséis días. Creo que batiré un record.

Arturo no parecía preocupado por su mala inversión y a Rebeca no parecía importarle demasiado tener que permanecer allí más de un año.

Rebeca dejó el tono jocosos y se puso seria de pronto.

—Ahora que hablamos de trabajar, quería pedirte algo.

Arturo la miró expectante. Parecía dispuesto a concedérselo fuera lo que fuera.

—Me gustaría que me dejaras quedarme con Megan. Si no me lo permites la mandaré con mi padre, pero creo que, en éstos momentos, un nuevo cambio sería perjudicial para la niña. Sé que no entraba en el contrato inicial que supongo que tú has firmado con la penitenciaría así que, si tengo que trabajar más o quedarme más tiempo para pagar su manutención, haré lo que sea.

Arturo pareció extrañado.

—Por supuesto que se queda, no es un tema negociable.

A Rebeca le gustó que Arturo se mostrara tan enérgico.

—Y olvídate de esa tontería de la manutención. Tú estás bajo mi responsabilidad, es lo menos que puedo hacer por no haber sabido protegerte cómo debía —reconoció malhumorado—. Además, pienso cobrarle a Morán hasta el último céntimo que me gaste en la niña.

Cuando Arturo terminó de hablar, volvió a mirar a Rebeca y la encontró sonriente. Parecía hasta feliz.

De nuevo se contagió de su sonrisa y olvidó su malhumor de segundos antes.

—Bueno, sabelotodo —se despidió pasando el dedo índice por la punta de su nariz—, me marchó para dejarte descansar.

Arturo acercó su rostro al de Rebeca y ésta creyó que iba a besarla en los labios y sin saber muy bien por qué, retrocedió unos milímetros. Él detuvo su avance al notar que ella se retiraba y un segundo después avanzó de nuevo, esta vez con destino a su mejilla. Fue un beso, casi inaudible, pero largo. Arturo permaneció unos segundos con su mejilla pegada a la de Rebeca y ésta creyó que no iba a poder dominarse y que al final sería ella la que correría al encuentro de su boca.

—Que duermas bien —susurró antes de separarse.

Y durmió espléndidamente. A la mañana siguiente, y con el consentimiento de doña Luisa, se vistió y bajó un rato a la cocina a hacerle compañía. No había ni rastro de la pequeña Megan por la casa. Rebeca escuchó gritos y risas en la parte de atrás y pensó que estaría allí, pero no la localizó entre los pequeños.

—No veo a Megan.

—No, no está ahí. Arturo se la llevó con él al pueblo —informó doña Luisa—. Tenías que haberlos visto. No sé cuál de los dos estaba más entusiasmado con la escapada.

Los dos viajeros regresaron casi dos horas más tarde con un griterío tremendo. Ambos se alegraron al ver a Rebeca en pie. La pequeña corrió enseguida a reunirse con sus amiguitos para repartir con ellos los caramelos que habían comprado y Arturo regresó a sus tareas. En cuanto se marchó, doña Luisa informó a Rebeca.

—El pobre está ahora más atareado que nunca. Ha relevado de casi todas

las tareas al capataz. Él en persona se encarga ahora de todo lo que tenga que ver con los trabajadores. No le deja que ni siquiera hable con ninguno —cuchicheó entre risitas—. Bien le está. Por abusón. ¡Vaya capataz de tres al cuarto que no tiene a ningún operario al qué dirigir!

Calló un momento y continuó con su explicación.

—Arturo se puso como un basilisco. En cuanto te dejó a mi cuidado, volvió a bajar y se encaró con Matías. Desde aquí oía sus gritos. Gracias al alcaide que los separó y le hizo entrar en la casa.

—¿El alcaide? —preguntó sorprendida Rebeca.

—Sí, llegó justo en mitad de la bronca. Los guardias del furgón que te traje, le debieron de comentar algo del recibimiento que te tenía preparado el capataz cuando llegaste. Al alcaide no le debió de dar buena espina y quiso venir en persona a comprobar que todo estaba bien y se encontró a Arturo a punto de llegar a las manos de nuevo, con el energúmeno del capataz.

Luisa volvió a interrumpir el relato para comprobar que los niños seguían jugando sin problemas y lo reanudó tras asomarse por la ventana.

—Se encerraron los dos en el despacho. Al principio solo se escuchaba hablar a Arturo. Más bien gritar. Entre impropio e impropio solo repetía que iba a despedir a Matías de inmediato y que le iba a poner una denuncia. El alcaide le dejó desahogarse un buen rato y luego los oí discutir durante más de media hora. No sé lo que le diría, pero al final le hizo cambiar de opinión porque no lo ha despedido. Supongo que habrá una buena razón, si no Arturo no se habría dejado convencer. Yo no he querido preguntar.

Rebeca no comentó nada, pero pensaba lo mismo. Confiaba completamente en el criterio de Arturo y estaba segura que no permitiría que ese hombre volviera a hacerle daño. Y de nuevo, solo con ese pensamiento, sintió que sus heridas cicatrizaban más rápidamente.

Muy a su pesar, tuvo que volver a la cama un rato después y quedarse allí el resto del día. Solo cuando el calor pareció ceder un poco, volvió a vestirse y se escabulló por la puerta de atrás para dar un corto paseo. Tuvo que ser más breve de lo que ella hubiera querido. Se fatigó enseguida y tomó asiento en un pequeño montículo al pie de los viñedos. Los trabajadores ya habían terminado la faena y ahora las vides, descargadas ya del peso de los racimos, parecían relajadas, sabedoras de que su labor ya estaba hecha.

Allí, a solas, Rebeca se atrevió a confesar que el campo también tenía su atractivo. Nunca quiso reconocerlo, siempre pensó que no le gustaba, pero

simplemente era que nunca se había molestado en integrarse en él. Ahora, se había visto forzada a vivir fuera de la ciudad y no solo lo soportaba, sino que no le importaría vivir así el resto de su vida. Siempre creyó que no podría pasar sin ver el noticiero de las tres, en la cadena estatal y sin la eterna batalla de coger el metro en hora punta o sobrevivir a un atasco en el centro de la ciudad.

Si las circunstancias fueran otras, pensó, ¿quién sabe? incluso podría llegar a ser feliz en un lugar así.

Oyó un crujido a su espalda y todo su vello se erizó. Era la primera vez que abandonaba la casa y temió que Matías la hubiera seguido. Su mecanismo de defensa se puso en marcha al instante. No estaba dispuesta a dejarse vencer sin presentar batalla. Cogió una piedra y se levantó para enfrentarse a él.

Arturo pudo ver en sus ojos el odio, pero sobre todo el miedo y supo por qué estaba motivado y de nuevo se sintió culpable. Nunca se perdonaría que Rebeca hubiera sufrido esa agresión estando a su cargo.

—Lo siento, no quería asustarte —se disculpó Arturo.

Rebeca soltó la piedra aliviada.

—Pensé que era otra persona.

—¿Doña Luisa quizás? —bromeó Arturo.

Rebeca sonrió aliviada.

—No te rías —aconsejó Arturo—, ya se ha enterado que te has escapado, así que puedes prepararte para su reprimenda.

—¿Y tú? ¿Cómo me has encontrado?

—No te buscaba. Siempre que tengo un rato al atardecer suelo venir por aquí. Me gusta ver como se oculta el sol y éste es un enclave perfecto.

Arturo se acercó y se sentó en el suelo y ella tomó asiento de nuevo.

Estuvieron uno junto al otro en silencio, inmersos cada uno en sus propios devaneos. Unos inmensos nubarrones oscuros avanzaban de izquierda a derecha, amenazando con una de esas impresionantes tormentas de final de verano, pero a ninguno de los dos parecía preocuparles por el momento.

—¿Por qué no has puesto vallas alrededor de tu propiedad? —preguntó Rebeca intrigada.

Arturo se extrañó de la pregunta.

—¿A qué viene esa pregunta ahora?

—No me había dado cuenta de su ausencia hasta que fui a la finca de Morán. Lo primero con lo que te topas al llegar es una gigantesca valla de tres

o cuatro metros que te impide el acceso. Luego pude comprobar que se extendía a lo largo de todo el perímetro.

Rebeca seguía mirando al frente. Parecía como si estuviera visualizando la inmensa valla.

—Me sentí tan deprimida ante aquel parapeto... Es una forma constante de recordarte dónde y por qué estás.

Ahora Rebeca miró a Arturo para continuar.

—Aquí no hay vallas, ni cerrojos, ni candados. Aquí no hay nada que te oprima el corazón si no es la propia conciencia de cada uno.

A Arturo le gustó aquello. Era precisamente lo que él había querido conseguir e intentó explicarlo.

—Creo que la gente debe pagar por los errores que comete, pero también tiene derecho a recibir una nueva oportunidad. No quiero conmigo a personas que no quieran estar aquí. Si se escapan, el estado se encarga de apresarlos de nuevo. Es su trabajo, no el mío. No me interesa retener a mi lado, a nadie contra su voluntad.

Arturo había dado a estas últimas palabras un doble sentido. Quería referirse a los presos en general, pero al tiempo, quería que Rebeca entendiera que aquello también valía para ella en particular y ella lo entendió así. Esas palabras la hicieron confiarse y sentirse a gusto.

Charlaron amigablemente durante más de una hora. El sol empezó a esconderse y las nubes amenazaban con descargar sobre ellos todo su contenido, pero continuaron allí. Hablaron de la pequeña Megan. Arturo, que durante éstos últimos días había convivido muchas horas con ella, la puso al corriente de todo lo que había hecho y de las ocurrencias y fechorías durante sus escapadas.

Después, él insistió en que Rebeca le contara cómo era su vida antes de llegar allí y ella lo hizo. A medida que avanzaba en su relato, la melancolía fue adueñándose de su corazón y para cuando quiso darse cuenta, las lágrimas corrían libremente por sus mejillas. Intentó detenerlas antes de que Arturo las viera, pero fue inútil. Al instante él acarició tranquilizador la espalda de Rebeca. Ésta, en cuanto sintió la mano sobre su espalda, dio un respingo y se puso tensa. Arturo creyó que aún le molestaban las heridas.

—Lo siento. ¿Te he hecho daño? —preguntó temeroso.

Arturo se quedó sorprendido cuando ella negó con la cabeza. Si el temblor no había sido producido por el dolor, ¿cuál había sido su causa? Tal vez había

más sentimientos entre ellos de los que ninguno quería admitir. No podía ser miedo, pensó Arturo. A estas alturas estaba convencido de que ya no le temía. Entonces ¿qué? Se le iluminó la mirada al pensar que tal vez a ella también se le aceleraba el corazón cuando sus cuerpos se tocaban. No era hombre de miedos o dudas, así que, para constatar el hecho, probó suerte de nuevo y en esta ocasión acarició la mejilla de Rebeca, recibiendo una respuesta parecida.

Rebeca se dio cuenta de que su cuerpo le estaba jugando una mala pasada y pensó que lo mejor era una honrosa retirada a tiempo.

—Creo que va a empezar a llover en cualquier momento, será mejor que regresemos.

Arturo no se movió.

—Espera, parece que tengas prisa por recibir la azotaina de Luisa — comentó él mientras atrapaba una de las manos de Rebeca para que no se levantara.

Se quedaron enfrentados de nuevo, a muy poca distancia. Arturo soltó la mano de Rebeca y acarició su brazo de arriba abajo. Ella, empezó a respirar con dificultad, pero no se movió. Parte de su cuello y su oreja derecha quedaron atrapados en la palma de la mano de Arturo. Ella, sin querer, torció la cabeza hacia ese lado aprisionando a su vez la mano de Arturo.

Él, le había prometido que nunca haría nada que ella no deseara y cumplir esa promesa cada día le costaba más.

Ese ladeo de cabeza, buscando sus caricias, era la señal que estaba esperando.

Primero fue él el que la besó. No quería volver a cometer el mismo error que la noche que la asaltó en su despacho. Esta vez, ella impondría la velocidad. Esperó paciente a que ella contestara a sus besos y solo cuando lo hizo, él la sujetó por la espalda y la inclinó hacia atrás, sin dejar de besarla, hasta que quedaron tendidos en la tierra.

Ahora, con el peso de Arturo sobre ella, sí que Rebeca sintió que las piedrecitas se hincaban en su espalda. De alguna manera, Arturo lo percibió y sin dejar de besarla volvió a levantarla y alisó el terreno con una de sus manos. La tendió de nuevo, ahora sobre una capa fina de tierra y tuvo la precaución de soportar el peso de su propio cuerpo sobre uno de sus brazos, mientras que el otro reposaba sobre uno de los muslos de Rebeca.

Ella se abrazó al musculoso cuerpo y se dejó llevar sin pensar en las consecuencias. Ahora no había temor, ni miedo a represalias si rechazaba sus

caricias, solo había deseo. Se estaba limitando a satisfacer sus propias necesidades.

Ambos notaron como las primeras gotas caían sobre ellos, pero ninguno quería dejar aquello. Cuando la tormenta, en cuestión de pocos minutos, arreció, Arturo aún intentó protegerla con su propio cuerpo para no tener que dar fin a aquel momento. Solo cuando el agua cayó torrencialmente, se dieron por vencidos de mala gana.

—Creo que tenemos los elementos en contra —comentó Arturo con su pelo chorreando a su vez sobre el de Rebeca.

—Sí, me temo que sí —contestó Rebeca, intentado tragar la menos agua posible—.

—Venga —exclamó Arturo, levantándose y tirando del brazo de Rebeca para ayudarla—, volvamos a casa antes de que pillemos una pulmonía.

Arturo la cogió de la mano y echaron a correr. Unos metros más allá debió darse cuenta de que para Rebeca correr hasta la casa iba a ser un gran esfuerzo, así que sin pensarlo la tomó en sus brazos. Esta vez, Rebeca no protestó, lo cierto es que estaba agotada. Se acurrucó en el pecho de Arturo y éste intentó protegerla del agua, lo mejor que pudo, colocando su propio cuerpo de barrera, en la medida de lo posible.

Al llegar al porche la dejó en el suelo.

—Entra, yo voy a acercarme a las bodegas a comprobar si entra agua.

Arturo echó a correr rumbo a las bodegas y Rebeca entró en la casa intentando mojar lo menos posible, aunque era difícil ya que estaba totalmente empapada.

Doña Luisa, al escuchar la puerta, salió al encuentro con una toalla en la mano.

—Criatura. Pero ¿dónde estabas?

—Salí a dar un paseo, me pilló en los campos. ¿Y Megan?

—Está en la cocina —respondió la mujer mientras la ayudaba a secarse—. ¿No habrás visto a Arturo? También está por ahí fuera.

—Sí, me crucé con él, ha ido a las bodegas.

—¡Vaya par! —exclamó la anciana—. ¿Es que no tenéis ojos en la cara? Esto se veía venir. ¿Cómo habéis dejado que os pille el aguacero al descubierto?

A Rebeca no se le ocurrió ninguna respuesta coherente así que optó por no contestar.

—Vamos a la cocina —indicó Luisa—. Tengo café recién hecho. Bebe un buen trago bien caliente y sube rápido a quitarte esa ropa. Lo único que falta es que ahora cojas una pulmonía —refunfuñó cariñosamente—.

La pequeña Megan soltó una sonora carcajada cuando la vio aparecer con la ropa y el pelo chorreando. Rebeca, se contagió de su alegría y corrió tras ella alrededor de la mesa, prometiéndole una azotaina cuando la alcanzara.

Obcecada en conseguirlo no vio entrar a Arturo y se dio de bruces con él, empotrándolo contra el armario. Él, instintivamente se agarró a su cintura para no caer y la arrastró en su trayectoria.

Los dos se quedaron de nuevo pegados. Arturo, a tan pocos centímetros de aquella boca, se moría de ganas por besarla de nuevo, pero no lo haría con Luisa y la pequeña Megan observándolos. Al menos, no de momento.

Rebeca se disculpó torpemente mientras se retiraba.

—Mira, Luisa —exclamó Megan divertida—, Arturo también está calado. ¿También llovía donde tú has estado? —preguntó ingenuamente la niña.

—Sí, también llovía —contestó Arturo sacudiendo su pelo mojado sobre la pequeña, que rio divertida de nuevo al sentir las gotas sobre su cara.

—Y tú ¿Dónde has estado? —preguntó doña Luisa imaginando que no muy lejos de Rebeca.

—En el paraíso —contestó Arturo sacudiendo ahora su cabeza sobre la vieja Luisa.

—¡Quieto! ¡Quieto! ¡A qué te doy una tunda! —amenazó doña Luisa mucho menos enfadada de lo que quería aparentar.

Todos rieron divertidos.

—Subir a quitaros esas ropas —ordenó doña Luisa.

—Yo no puedo —afirmó Arturo serio de nuevo, mientras secaba un poco su cabeza con la toalla que le había pasado Rebeca—. Tengo que volver a las bodegas. Hay que cambiar unas cajas de uvas de lugar. Si sigue lloviendo así, entrará el agua y dónde están, se mojarán. Voy a buscar a José para que me ayude.

—Yo voy contigo—afirmó decidida Rebeca.

—No, te mojarás.

—¿Más? Imposible. Por favor, déjame ir, me siento inútil.

Arturo no quería separarse de ella. Si no podía besarla al menos la tendría a su lado y podría mirarla.

—De acuerdo, si es lo que quieres...

—Yo también voy —exclamó Megan excitada.

—¿Y quién va a ayudar a Luisa a cuidar la casa? —preguntó Arturo mientras cogía a la pequeña en brazos y la sentaba sobre uno de los fogones—. Eso no puede hacerlo cualquiera. Ha de ser alguien que no tenga miedo a los truenos.

—Yo no les tengo miedo.

—¿Seguro?

La niña afirmó orgullosa con la cabeza.

—Bueno, pues entonces yo creo que tú eres la persona adecuada. Ahora me voy más tranquilo.

CAPÍTULO 7

El bueno de José ya estaba en la puerta de la bodega cuando llegaron. De Matías, sin embargo, no había ni rastro.

Arturo buscó cual sería el lugar adecuado para apilar de nuevo las cajas.

—Vamos a meterlas en este cuarto, hasta aquí no llegará el agua.

Se pusieron rápidamente manos a la obra. La puerta de entrada al cuarto era estrecha y además había que subir un par de escalones bastante altos, por lo que la tarea se presentaba lenta y fatigosa. Además, el tiempo apremiaba. El agua ya comenzaba a bajar por la rampa.

—Señor Arturo, el agua llegará a las cajas antes de que podamos quitarlas —aseguró José.

—Tienes razón, será mejor que vayas a buscar más ayuda.

José asintió y echó a correr.

—Junto a la puerta hay algunos chubasqueros —le voceó Arturo.

Mientras José regresaba, Arturo y Rebeca siguieron echando viajes. Arturo en cada viaje llevaba dos o tres cajas juntas, pero para Rebeca ya era suficiente trabajo cargar con una. Ni ella misma comprendía de dónde estaba sacando fuerzas para hacer aquello, pero lo estaba haciendo y Arturo sabía valorar el esfuerzo que estaba realizando. No la perdía de vista. Ahora podía imaginar mucho mejor las formas que se escondían tras aquel vestido empapado. El pelo le caía sobre la frente y chorreaba sobre su cara. A Arturo le hacía gracia el constante repiqueteo de las gotas sobre la punta de su nariz. Rebeca le sorprendió mirándola.

—¿Qué ocurre? —preguntó soplando hacia arriba para desviar su pelo,

sin saber que esa era la causa de la sonrisa de Arturo.

Éste, posó la caja que llevaba en las manos en el suelo y recolocó los cabellos de Rebeca hacia atrás con gran ternura.

—Así está mejor —afirmó sin dejar de acomodarlos.

Rebeca, que portaba una caja en sus manos, miró hacia la puerta vergonzosa por si alguien entraba y los veía así. Justo en ese momento la puerta se abrió y se escucharon voces. Ella se alejó tímidamente, sin embargo, a él no parecía preocuparle que hubieran podido verles.

Un grupo de hombres se unieron a ellos y formaron una cadena desde las cajas hasta la entrada al cuarto, donde se habían instalado Arturo y Rebeca.

Se fueron incorporando más empleados a la cadena y el trabajo empezó a cundir un poco más. En pocos minutos la mayoría de las cajas estaban ya en el interior del cuarto, a salvo de las aguas que ya les llegaban hasta el tobillo.

Rebeca empezaba a sentir un dolor inmenso en sus brazos. Las fuerzas empezaban a fallarle de nuevo y aquellas cajas parecían pesar cada vez más.

Arturo, desde su posición aventajada, un escalón más arriba que Rebeca, divisaba perfectamente el escote del vestido de Rebeca. Cuando ya el traslado estaba prácticamente terminado y descendió el ritmo, Arturo no pudo resistir más sus ganas de provocar a Rebeca.

Una de las veces que fue a coger la caja que ella le pasaba, en lugar de tomarla por los laterales como había estado haciendo hasta entonces, lo hizo de la forma contraria, introduciendo para ello uno de sus brazos entre la caja y el cuerpo de Rebeca. Ésta al verlo, no pudo evitar retirarse y consiguió que él no llegara a rozarla. Pero el juego había empezado y Arturo siguió intentándolo con las cajas sucesivas.

Ella le dirigió una mirada amenazadora.

—¿Qué ocurre? —preguntó él con atrevimiento.

—Que pares quieto —siseó ella para que no pudieran oírla.

—¿Qué hago? —preguntó santurrónamente divertido.

—Ya sabes lo que haces. Para quieto o me marchó.

—Ni se te ocurra moverte de aquí —amenazó él con sonrisa triunfante.

Pareció firmarse una tregua. Él volvió a tomar las cajas por los laterales y ella se creyó vencedora y bajó la guardia. Pero un par de minutos después, él volvió a las andadas y esta vez Rebeca sintió como los dedos de Arturo rozaban uno de sus pezones, endureciéndolo al instante. Soltó la caja sin darse cuenta y esta cayó al suelo volcándose todo su contenido. Arturo no pareció

enfadado, al contrario.

—¡Mira que eres torpe! —exclamó en voz alta—. ¿Se puede saber por qué has soltado la caja antes de que yo la tomara?

Ella le miró irritada y guardó silencio. No supo qué contestar. Al instante se salió de la fila y Arturo la vio alejarse con las mejillas sonrojadas.

Él dejó la fila solo un par de minutos más tarde. Prácticamente todas las cajas estaban ya apiladas en el interior del cuarto. La buscó entre la gente dentro de la bodega, pero no la localizó, así que supuso que, enfadada, había regresado a la casa.

Rebeca había salido hasta la entrada de las bodegas con porte enfadado, aunque en realidad estaba feliz de que Arturo se tomara esas libertades. Se paró en el umbral, en parte a recuperar el aliento, en parte deseando que Arturo la siguiera hasta allí y terminara lo que había empezado en los viñedos. Cerró los ojos y recordó la sensación de sentir las yemas de los dedos de Arturo rozando su pecho y de nuevo, solo de pensarlo, su pezón se endureció. Escuchó unos pasos decididos a su espalda y su corazón se aceleró de nuevo. Si Arturo volvía a abrazarla, ni el diluvio universal podría separarlos. Se giró para seguir con su farsa de mujer ofendida y resistir, sin sucumbir al deseo, el mayor tiempo posible. Un fuerte bofetón la hizo perder el contacto con la realidad por unos segundos. Vio la perfecta dentadura de su agresor y supo que esta vez pensaba terminar lo que había empezado, pero ella no iba a ponérselo fácil. Miró a izquierda y derecha y localizó una barra de hierro a escasos metros. Antes de que Matías pudiera impedirlo, Rebeca se hizo con ella y le propinó un fuerte golpe en el costado. Matías se retorció de dolor, pero un momento después levantó la vista, con todavía más odio si cabe en sus ojos. Rebeca tembló de terror. Ya no le quedaban muchas fuerzas. Sería mejor que consiguiera ayuda o aquel hombre la mataría. Y la ayuda más cercana estaba dentro de la bodega, a escasos metros, pero Matías se interponía. Rebeca echó a correr hacia el interior intentado pasar por el lateral, pero el capataz dio una gran zancada y la cogió por la cintura sujetándola con fuerza. Ella solo tuvo tiempo de gritar el nombre de Arturo antes de volver a golpearse la cabeza contra la pared. Vio acercarse a Matías y forcejeó para hacerse con la barra de hierro. Pero el capataz, solo necesitó un par de zarandeos más para hacerse con ella. Rebeca fue empujada de nuevo y cayó al suelo.

El hombre, levantó la barra de hierro por encima de su cabeza y afirmó victorioso:

—Esta vez tu patroncito está demasiado ocupado salvando su cosecha. Nadie te ayudará.

Rebeca cerró los ojos para no ver caer la barra con fuerza sobre su cuerpo. Un par de segundos más tarde escuchó como la barra golpeaba en el suelo y abrió los ojos. Tal vez se había arrepentido. Enseguida reconoció la espalda del hombre que sujetaba con fuerza al capataz. La barra ya estaba en el suelo, pero Matías seguía intentando hacerse con ella.

Arturo estaba realmente alterado y no iba a consentir que aquello durara más de lo necesario. Así que dio un par de puñetazos a su capataz y éste cayó al suelo. Arturo se puso sobre él, dispuesto a rematarle, pero Rebeca con un hilo de voz le suplicó que no lo hiciera.

—¡Déjalo! No merece la pena.

Arturo la miró y pareció desaparecer en él todo resto de cólera. Se levantó y se acercó hasta ella.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, por los pelos. ¿Por qué es siempre mi cabeza la que recibe los golpes?

Arturo sonrió al ver que le quedaban ganas de bromear.

—Da gracias a Dios. Es la parte más dura de tu cuerpo —contestó ayudándola a levantarse—.

Entonces fue cuando Rebeca vio a Matías de pie, detrás de Arturo. No reaccionó lo suficientemente rápido y para cuando quiso advertirle, Matías ya estaba sobre él.

Arturo se plegó por la cintura y su rodilla se hincó en el suelo. Tenía una mano en el costado y cuando la separó, Rebeca la vio cubierta de sangre. Miró a Matías y vio que tenía un cuchillo ensangrentado en la mano. El capataz lo miró con el mismo odio que antes la había mirado a ella y de pronto se abalanzó sobre él, sin duda, con intención de rematarlo.

Arturo esquivó la cuchillada y entonces fue él el que atacó. El cuchillo salió volando por los aires. Cayó a los pies de Rebeca que, de una patada, lo alejó hacia un rincón.

A estas alturas todo el grupo de trabajadores se había percatado de lo sucedido y rodeaba a los dos hombres que peleaban. Arturo parecía decidido a dar a su capataz una lección que no olvidaría en su vida y esta vez no sería Rebeca la que se lo impediría.

Arturo golpeaba con fuerza a Matías y en cada puñetazo volcaba toda la

ira y el odio que aquel hombre había provocado en su interior. La boca de Matías sangraba a borbotones, había perdido varias de sus piezas bucales, pero Arturo seguía golpeándole sin cesar. Solo cuando sus propias fuerzas le fallaron, cuando ya Matías había perdido el conocimiento, paró.

Todos guardaron silencio y esperaron expectantes a que Arturo cayera al suelo, pero no lo hizo.

—Cuando recobre el sentido hacerle saber que está despedido —afirmó sin dirigirse a nadie en particular.

A continuación, tambaleante, abandonó las bodegas rumbo a casa.

Solo cuando estuvo fuera del alcance de las miradas del grupo de trabajadores, consintió en apoyarse en los hombros de José y Rebeca que le ayudaron a llegar a la casa.

Megan, sin imaginar lo sucedido, corrió por el pasillo a su encuentro en cuanto los vio. Arturo ocultó cuanto pudo el amplio rosetón rojo que ya cubría gran parte de su camisa. Se sentó en el banco de madera del vestíbulo para coger fuerzas y recibió a la pequeña en sus brazos. La sentó sobre sus piernas, de espaldas a la herida y con infinita paciencia, mientras Rebeca y doña Luisa cuchicheaban y corrían a prepararlo todo, él atendió a las preguntas de la pequeña.

—Arturo ¿has vuelto a mojararte? —inquirió Megan, pasando la mano por su frente y confundiendo el sudor con agua de lluvia.

—Sí, un poco.

—Aquí no ha entrado ni una gota de agua. Luisa y yo comprobamos que todas las ventanas estuvieran cerradas.

—Estupendo, sabía que podía dejarlo todo en tus manos.

Arturo apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos un instante. La vista empezaba a nublársele.

—¿Estás cansado?

—Un poquito. Verás, trabajando me he hecho una herida y me duele un poco.

—A ver. ¿Dónde?

Arturo no quiso impresionar a la niña con la sangre, pero tampoco quería que se extrañara si no le veía en unos días.

—No, casi no se ve, pero me duele. Creo que me meteré en la cama y esperaré que se me cure.

La entristeció.

—Pero no te vas a morir, ¿verdad? Mi mamá también se acostó porque tenía una herida y ya no volvió a levantarse.

Arturo abrió los ojos al máximo y sin previo aviso empezó a hacer cosquillas a la pequeña mientras preguntaba:

—¿Tengo yo pinta de ir a morirme? ¿eh?

La niña comenzó a chillar y a retorcerse de risa.

Arturo dejó de martirizarla.

—Como veo que se puede confiar en ti, tengo que pedirte un favor. Verás, esta noche voy a necesitar que Rebeca y Luisa me ayuden a ponerme el pijama y a meterme en la cama. ¿Crees que podrás tú meterte sola en la cama?

—Seguro que sí —afirmó Megan.

—¿Sí? ¿De veras? ¿Estás segura? —insistió Arturo.

La niña afirmó con decisión con la cabecita.

—Estupendo, te lo agradezco mucho. Entonces, nos vemos mañana.

Abrazó a la pequeña y depositó un sonoro beso en su mejilla. La niña se lo devolvió con la misma rotundidad y bajándose ya al suelo, se despidió:

—¡Hasta mañana!

La niña, se cruzó por las escaleras con Rebeca y Luisa que bajaban ya a toda velocidad a por Arturo. Ya habían abierto la cama y habían subido todo lo necesario para curar el corte. José, en cuanto las vio aparecer, echó mano para ayudar a su jefe a ponerse en pie. Arturo había perdido mucha sangre, pero insistió en subir, apoyado tan solo en el hombro de José.

Las dos mujeres se afanaron por parar la hemorragia lo antes posible. Doña Luisa era la que dirigía la operación. Tenía el título de enfermera y hasta que Arturo la trajo consigo, había trabajado en la sala de urgencias de un hospital. Rebeca se limitó a seguir sus instrucciones.

El corte estaba en el costado, tenía unos diez centímetros de largo y a Rebeca le pareció bastante profundo. Por suerte, según Luisa, no había ningún órgano dañado. Limpiaron la herida y doña Luisa, rebuscó en el botiquín y aplicó un spray frío sobre la zona para insensibilizar. Y después, con pulso firme, realizó una costura perfecta.

José permaneció expectante todo el tiempo por si le necesitaban. Cuando acabaron, se ofreció para quedarse toda la noche si era necesario.

—No, gracias José, no hará falta.

—Bueno, entonces me marchó. Para cualquier cosa, me llaman.

Arturo permanecía abatido sobre la cama, medio adormilado. Antes de

que José se marchara le llamó a su lado.

—Me he quedado sin capataz y creo que mañana no estaré en condiciones de ocuparme de nada. Tendrás que encargarte tú de todo ¿de acuerdo?

—Haré lo que pueda, señor.

—Estoy seguro. Buenas noches José, y gracias por todo —susurró ya casi dormido.

Rebeca bajó a acompañar a José y éste insistió en que cerraran bien todas las puertas.

—Ese Matías tiene muy mala sangre.

—¿Cree que se atrevería a venir aquí?

—No creo que le queden ganas después de su encuentro con el señor, pero no me fio ni un pelo de ese tipo. Me aseguraré de que se marche lo antes posible, pero por si acaso, revisa bien todas las puertas.

Rebeca siguió el consejo. Trancó y cerró todas las puertas y ventanas. Diez minutos más tarde regresó a la habitación de Arturo. Doña Luisa seguía allí. Había desnudado a Arturo y llevaba toda su ropa ensangrentada hecha una bola bajo el brazo.

—Creo que la tiraré toda, no habrá quien la vuelva cristiana.

—Se pondrá bien, ¿verdad, señora Luisa?

—Pues claro que sí, chiquilla, antes de lo que piensas.

—¿Quiere que me quede con él?

—No, no es necesario, ahora dormiré unas cuantas horas. Yo me iré pasando a ratos para ver cómo va.

Doña Luisa fue hacia la puerta y desde allí, añadió:

—Arrópale bien y apaga la luz al salir.

—De acuerdo. Hasta mañana —susurró Rebeca.

—¡Qué descanses! —se despidió la mujer echándole un beso desde la puerta-

Rebeca se giró hacia Arturo. Tenía el pecho desnudo al descubierto y los brazos sobre la colcha. Con sumo cuidado se los metió bajo la sábana y subió la colcha hasta el cuello. Observó su rostro. Estaba totalmente relajado. Parecía dormir plácidamente, como lo habría hecho cualquier otro día, agotado por el esfuerzo diario.

Al pensar en el cansancio y el esfuerzo, ella sintió los efectos de las últimas horas en su propio cuerpo. Necesitaba recuperar fuerzas. Fue hacia la mesilla y cogió el interruptor para apagar la luz. Antes de hacerlo echó un

último vistazo a Arturo. Y no puedo resistir la tentación de besarle. Se agachó y apoyó los labios en su frente. Arturo, sin abrir los ojos, musitó:

—¡Buenas noches, sabelotodo!

Rebeca, inclinada todavía sobre su cuerpo, sonrió y contestó:

—Buenas noches, patroncito.

Ahora fue él el que sonrió y acomodó su cabeza sobre la almohada sin fuerzas para abrir los ojos.

Rebeca apretó el interruptor y salió sigilosa de la habitación.

En cuanto se despertó, a la mañana siguiente, su primer pensamiento fue para Arturo. Consultó su reloj, eran casi las siete.

Megan todavía dormía, pero seguro que doña Luisa ya se había levantado. Rebeca no estaba totalmente recuperada de sus heridas. Su cuerpo se resistía a entrar en la rutina diaria, pero su cabeza insistió para que se levantara. Y por supuesto, en cuanto lo consiguió, fue directamente al cuarto de Arturo.

El aspecto angelical y relajado con el que le había dejado hacía pocas horas, había desaparecido. Ahora su frente estaba sudorosa de nuevo y sufría constantes temblores. Doña Luisa cuidaba de él. Rebeca se asustó al verle así.

—¿Qué ha sucedido?

—Tranquila, no te alarmes. Le ha subido un poco la fiebre. Entre el remojón de la lluvia y la herida, supongo que no es de extrañar. Si no se le pasa en unas horas, empezaremos a alarmarnos. De momento hay que conservar la calma.

Rebeca no quería ofender a doña Luisa, pero le parecía que sería mejor contar con la opinión del médico. Se lo propuso lo más sutilmente que pudo y se quedó más tranquila cuando la anciana le dijo que ya le había llamado.

Arturo no volvió a quedarse solo ni un minuto en todo la mañana. Las dos mujeres fueron turnando los quehaceres con las constantes subidas y bajadas a ver su estado.

A Megan la enviaron con el grupo de niños de la prisión. José, también se acercó en varias ocasiones a interesarse por el estado del patrón.

El médico llegó casi a la hora de comer. Examinó la herida y felicitó a doña Luisa por su trabajo. Tampoco dio excesiva importancia a la fiebre, mientras no subiera demasiado, ni durara más de un par de días. Les dejó unos comprimidos para que tomara cada ocho horas y prometió volver a los dos o tres días.

Arturo pasó el día adormilado. Había ratos que despertaba, pero volvía a

quedarse dormido a los pocos minutos.

José regresó al anochecer de nuevo. A Rebeca le pareció que estaba preocupado y le preguntó si podía hacer algo. José era un hombre con buena voluntad, pero entre sus quehaceres nunca había estado el dar órdenes y no sabía cómo hacerlo. Para él, dirigir todo aquello era demasiado.

—Yo confiaba en que para mañana el señor Arturo pudiera al menos decirme qué es lo que tengo que hacer, pero me parece que esto va a ser más lento de lo que yo pensaba. Mañana toca cambiar los turnos de trabajo y yo no sé, no sé si voy a ser capaz de organizarlo todo.

—Pero, yo tenía entendido que los turnos siempre seguían el mismo orden.

—Sí, el señor Arturo tiene unos cuadros donde lo tiene todo apuntado, pero yo ahí no entiendo nada.

—¿Cuadrantes?

—Eso, cuadrantes.

—¿Sabe dónde los guarda?

—Sí, en su despacho.

—Enséñemelos, tal vez yo pueda ayudarle.

Al verle un poco reticente, añadió:

—Eso es lo que he estudiado.

José sonrió agradecido y fueron juntos hasta el despacho. Rebeca examinó las tablas. Como le había asegurado Lola, eran simples estadillos en los que rotaban los grupos de trabajo.

—No hay problema, es sencillo —aseguró tras estudiar un minuto el folio. José sonrió aliviado.

—No se preocupe de los turnos. Yo me encargo de todo. Los prepararé esta noche y mañana los clavaré en el tablón de los barracones.

—Te lo agradezco mucho Rebeca. Yo entiendo de uvas, pero en cuanto me metes en papeles y números me hago un lío.

—No se preocupe. Formamos un buen equipo. Usted encárguese de las uvas y yo de los papeles.

Parecía un trato serio y como todos los tratos, se cerró con un fuerte apretón de manos.

Rebeca confeccionó el turno de esa semana siguiendo la misma pauta que Arturo seguía y como había prometido, antes de que los trabajadores terminaran de desayunar ya estaban colocados en el tablón.

—¡Eh! Rebeca —le gritó Lola cuando ya salía del barracón.

—¡Hola Lola! Me he asomado a ver si te veía, pero debías de estar en el baño.

—Sí, me lo han dicho. ¿Qué tal está el patrón?

—Ayer pasó el día con mucha fiebre. Me asomé antes de salir y parecía dormir más tranquilo.

—¿Qué ocurre ¿eres el nuevo capataz? —bromeó Lola al verla con la carpeta en la mano.

—No, intento ayudar a José hasta que el patrón pueda encargarse de todo. Traje los turnos para la semana.

—¿Los ha hecho tú? —preguntó ilusionada Lola.

—No, solo los copié. ¿Por qué? ¿Quieres aprovecharte de la ocasión? —bromeó Rebeca.

—Bueno, no estaría mal, pero no iba por ahí.

—¿Entonces?

—Bueno, no sé, tal vez habría sido bueno un cambio de mentalidad. El patrón quiere ser tan justo que nos trata a todos por igual y eso puede estar perjudicándole a él. ¡Bah!, no me hagas caso. A veces desvarío... Me marché, llego tarde.

Rebeca regresó a la casa, pero no dejó de pensar en toda la mañana, en lo que Lola le había dicho.

Arturo seguía con fiebre, pero ésta había descendido. Ahora dormitaba más tranquilo. Doña Luisa se encargaba de cuidarle, así que ella pensó que podría serle más útil haciendo otras cosas. A la hora de comer informó a doña Luisa que aquel día comería en los barracones. Ella era la menos indicada para reorganizar aquello, pero seguro que en los barracones encontraría a gente con mucha más experiencia que ella.

Comió con su antiguo grupo de trabajo y escuchó sus propuestas. En todos los grupos había personas de todas las edades y condiciones físicas. Se mezclaban gente que llevaba trabajando en los viñedos muchos años con personas que lo más cerca que habían estado de una parra era cuando pasaban con el coche junto a un campo lleno de ellas. De esta manera todos los grupos eran homogéneos, pero la experiencia de los unos y las buenas condiciones físicas de otros quedaban ocultas por el bajo ritmo de los más ancianos o la torpeza de los más inexpertos.

Aquella tarde ni Rosa, una de las que contaba con más experiencia, ni Lola, que conocía a muchos de los trabajadores, fueron a los campos. Las tres

pasaron la tarde en el comedor de los barracones confeccionando nuevos grupos de trabajo. Rosa distinguía perfectamente para que trabajos era necesaria la experiencia, cuáles eran más agotadores y por tanto adecuados para los más fuertes y los más jóvenes y cuáles podía hacerlos cualquiera. Lola ayudó a clasificar a los trabajadores en los grupos de expertos, novatos, fuertes, conflictivos, etc. A última hora de la tarde los grupos estaban listos. Rebeca quiso contar también con la opinión de José y por supuesto de doña Luisa. Todos apoyaron la iniciativa de Rebeca y al día siguiente los nuevos grupos empezaron a funcionar. Acordaron no mencionar el tema a Arturo hasta no ver los resultados. Si la cosa no funcionaba, volvería al método antiguo y punto.

Al tercer día Arturo despertó sin una décima de fiebre y con mucho mejor color. Quiso ver a José enseguida y cuando éste le informó de que todo funcionaba sin problemas, su humor se tornó excelente.

—Perfecto. Sabía que podía contar contigo.

—Bueno, lo cierto es que todos han colaborado —afirmó José modestamente, sin mencionar los cambios de Rebeca.

—Dales las gracias de mi parte y diles que no lo olvidaré.

Tanto doña Luisa como Rebeca se esforzaron por servirle como a un rey. Incluso Megan se ofreció a quedarse a hacerle compañía en lugar de salir a jugar con sus amiguitos.

—Caray, no es tan malo esto de estar postrado en la cama —afirmó sonriente una de las veces que las dos mujeres revoloteaban serviciales a su alrededor—. Creo que me gusta. Tal vez lo haga más a menudo.

—¡Ah no! Aquí a los cuentistas los echamos escaleras abajo —exclamó amenazante doña Luisa, sin perder la sonrisa.

A la hora de la cena Rebeca le subió una bandeja con un tazón de sopa y una tortilla francesa. Prácticamente llevaba dos días sin comer y ahora que la fiebre había pasado era el momento de reponer fuerzas.

—No, no tengo hambre —negó Arturo como un niño enfermo en cuanto vio la bandeja.

—Pero tienes que comer.

Arturo sufrió un repentino bajón en sus fuerzas y con un hilo de voz aseguró:

—Es que creo que no tendré fuerzas ni para sujetar la cuchara.

Rebeca adivinó su juego.

—Ya. Tal vez si yo te lo diera, sería más fácil.

—Bueno, tal vez sí, podemos probar —accedió Arturo, haciéndose el sacrificado mientras se reincorporaba cuidadosamente en la cama, hasta quedar sentado, con la espalda cómodamente apoyada sobre las almohadas.

Rebeca tenía tantas ganas de pasar un rato a solas con él, como las tenía él de pasarlo con ella. Megan les estropeó los planes cuando poco después apareció como un huracán y se instaló sobre la cama junto a su querido Arturo.

A partir de entonces tuvieron que prescindir de las palabras y concentrarse en los demás sentidos. Arturo retenía en su boca el tenedor con tal pasión que Rebeca sintió que era su lengua y no el tenedor lo que Arturo saboreaba en su boca. Rebeca frotó la servilleta en los labios de Arturo con tanta suavidad que él cerró los ojos e imaginó que eran los labios de Rebeca los que friccionaban los suyos. Todo esto entremezclado con miradas llenas de pasión y silencios que lo decían todo.

Doña Luisa irrumpió poco después en la habitación, rompiendo el encantamiento. La pequeña Megan en cuanto la vio, exclamó divertida.

—Mira Luisa, le está dando de comer como si fuera un niño pequeño.

—A mí me parece que aquí hay mucho cuento —acusó la fiel Luisa.

Arturo adoptó de nuevo su aspecto de víctima y afirmó compungido.

—No Luisa, nada de cuento. Te aseguro que no tengo fuerzas para sostener el tenedor.

—¡Ja!, como si no te conociera.

Doña Luisa dio unos golpecitos en el hombro de Rebeca mientras la decía:

—Si le mimas demasiado no nos lo quitaremos de encima ni con agua hirviendo.

Rebeca miró Arturo cuando contestó:

—Yo aquí estoy para obedecer. Me lo dejaron muy claro el día que llegué.

Arturo sonrió irónico.

—Bien sabelotodo, me alegra comprobar que al fin lo has asimilado.

—Bueno, venga. Ya basta de cháchara. Todo el mundo a dormir que ya es hora —ordenó enérgica doña Luisa, dando un par de palmadas-.

—¿Por qué? —protestó Megan.

—Tú, porque eres pequeña, yo porque soy muy mayor y ellos porque están malitos.

—Si están malitos podían dormir juntos, así se cuidarían el uno al otro —propuso Megan dejando a todos atónitos.

Doña Luisa se asustó ante semejante ocurrencia. Rebeca no pudo evitar que sus mejillas enrojecieran. En cuanto a Arturo, deseó con toda su alma que aquello pudiera hacerse realidad. Por el momento, no pudo ser.

Al día siguiente Arturo quiso levantarse y como consecuencia de su atrevimiento uno de los puntos se soltó. Pasó el resto del día acostado y con muchas molestias en su costado. Por la tarde, la fiebre le subió un poco y tuvo que resignarse a admitir que aquello iba a ir un poco más lento de lo que él deseaba. Tampoco era tan grave. Todo parecía funcionar bien sin él y hacía mucho tiempo que no se tomaba unos días libres.

Rebeca alternaba sus tareas en la casa con sus idas y venidas a los campos y a la bodega para ver cómo iba todo. Por supuesto, sin descuidar sus cuidados hacia Megan y sus atenciones con Arturo. Éste, mucho más recuperado, parecía cada día más ansioso por terminar lo que habían comenzado en los viñedos. Rebeca, sin embargo, aquella tarde en las viñas, se habría dejado arrastrar por la pasión hasta las últimas consecuencias, pero ahora, pensándolo fríamente, seguir con aquello solo traería problemas a ambos. Así que en cuanto Arturo se permitiera alguna demostración de afecto, fuera cual fuera, ella se mostraría fría y distante y se alejaría rápidamente.

Arturo, por su parte, había conseguido soportar tantos días encerrado en la casa, solo por la esperanza de que en cualquier momento ella podía aparecer en el quicio de la puerta y alegrarle el corazón por unos minutos. Cada día necesitaba pasar más tiempo con ella. Y ahora, hasta eso empezaba a no ser suficiente. Necesitaba acariciarla. No conseguía olvidar ese cuerpo que por unos minutos había tenido a su merced aquella tarde en los viñedos. Aquel prólogo le estaba volviendo loco. Necesitaba más.

Todas las noches era Rebeca la encargada de subir y darle el último vistazo. Le arropaba, le colocaba las almohadas y apagaba la luz. Esos minutos eran un suplicio. Arturo buscaba el contacto y a ella le costaba cada vez más dominar sus impulsos de dejarse caer sobre la cama junto a él.

Aquella noche, se enfrascó en fregar la cocina y con la excusa de terminar la tarea, pidió a doña Luisa que fuera ella la que subiera a la habitación de Arturo para ver si necesitaba algo antes de dormirse.

Todo quedó en silencio y Rebeca respiró aliviada. Al menos por ese día había evitado la tentación.

Oyó bajar a alguien las escaleras y pensó que seguramente a doña Luisa se le había olvidado el vaso de agua que solía subirse todas las noches. Se

sobresaltó al escuchar la voz de Arturo a su espalda.

—¿Por qué no has subido tú a darme las buenas noches? —protestó malhumorado.

Rebeca se giró para mirarle de frente. Llevaba los pantalones del pijama y el pecho al descubierto. Tenía la mano derecha sobre el vendaje de su costado izquierdo. Sin duda al andar le tiraban los puntos. Rebeca no supo que contestar.

—Tenía que terminar esto —dijo un poco después.

—Bien, como ves, he vuelto a destaparme, tendrás que subir a arroparme de nuevo.

Arturo se dio media vuelta dispuesto a abandonar la cocina y ella se apresuró a buscar una nueva excusa.

—Pero es que todavía tardaré un rato.

—Esperaré lo que haga falta. Mañana no tengo que madrugar.

Arturo desapareció y Rebeca dejó de fregar el fogón por quinta vez y se sentó desesperada. Estaba atrapada de nuevo. No podía desobedecer y sabía que cuantas más veces entrara en esa habitación, más probabilidades había de terminar acostada sobre la cama.

Diez minutos más tarde, se levantó decidida rumbo a las escaleras. No iba a dejarse vencer por el pánico ni por ningún otro sentimiento. Haría lo que tenía que hacer. Lo que era mejor para los dos.

Se precedió de unos golpecitos en la puerta antes de entrar. Arturo estaba sentado, recostado sobre las almohadas, con los brazos cruzados y con la vista fija en la puerta.

—Creo que al levantarme se me ha soltado algún punto. Deberías echar un vistazo a la herida.

Rebeca obedeció. La herida estaba perfectamente. Arturo solo pretendía alargar lo más posible la visita de Rebeca.

Para inspeccionar la herida ella se había instalado de rodillas en el suelo, evitando así tener que sentarse sobre la cama. Él, tumbado de lado, de frente a ella, se entretenía en admirarla mientras ella cubría de nuevo la herida. Rebeca todavía tenía tonos amarillos alrededor de su ojo, secuelas de los golpes de Matías. Arturo pasó su pulgar por la zona. Inmediatamente ella, en cuanto notó su contacto, se retiró.

—¿Aún te duele? —preguntó Arturo.

—No ¿y a ti? —preguntó ella interesándose a su vez por su ojo.

—No —contestó él frotando ahora su propio ojo—. Podemos formar un club —bromeó intentado relajar el ambiente.

—Esto ya está. ¿Necesitas algo más?

—Sí, ponme bien las almohadas. Se ha hecho un hueco ahí en medio.

Rebeca se incorporó e intentó mover las almohadas, pero Arturo estaba firmemente apoyado sobre ellas. Tuvo que echar una rodilla sobre la cama para hacer más fuerza. Tiró con fuerza hacia sí y al hacerlo la cabeza de Arturo se hundió en su pecho. Ella se quedó paralizada y empezó a respirar descompasadamente.

Arturo no se retiró, al contrario, rodeó con su brazo la cintura de Rebeca y hundió más aún su rostro en el escote. Besó uno de los senos y vio cómo éste se alejaba al expulsar el aire y esperó paciente a que regresara junto a sus labios en la siguiente inspiración. Fue cuestión de segundos que tuviera de nuevo el pecho a su alcance. Desvió su boca y atrapó el pezón, no dejándolo alejarse de nuevo. Lo acarició con la punta de su lengua y notó como se endurecía.

Rebeca supo que si no detenía aquello en ese instante ya no podría hacerlo.

—Por favor, suéltame —suplicó—, déjame marchar.

—No. No puedo. No quiero —contestó Arturo sin ceder terreno.

—Por favor, déjame. No quiero hacer esto —afirmó jadeante.

—Yo sí —susurro Arturo, sumergido su rostro aún más en el escote.

—Me dijiste que si yo no quería no tendría que hacerlo —argumentó rápidamente, sintiendo que por momentos la situación se le iba de las manos—. Bien, pues no quiero hacerlo.

Arturo la soltó al instante sorprendido. No era eso lo que aquel cuerpo había dado a entender.

CAPÍTULO 8

Para cuando quiso reaccionar, Rebeca ya había desaparecido. Primero se enfureció, no sabía si con Rebeca o consigo mismo. Tal vez no había sabido llevar aquello correctamente. No estaba acostumbrado a ser rechazado y eso le dolía. Pero por otra parte reconocía que deseaba tanto a aquella mujer que no se había planteado si ella le deseaba o no. Por primera vez se paró a pensarlo y llegó a la conclusión, casi a la certeza, de que Rebeca le había mentado. No sabía el motivo, pero había tenido su cuerpo entre sus brazos y aquel cuerpo estaba muy a gusto pegado al suyo. Estaba seguro de que ella le mintió cuando dijo que no quería hacerlo. Solo le faltaba averiguar el motivo.

Rebeca había entrado sigilosa en la habitación para no despertar a Megan. La observó por un instante. Acurrucada en una esquina de la cama, abrazadita a su almohada, tenía toda la pinta de estar soñando con los mismísimos ángeles. Rebeca la cubrió con la sábana y la besó en la frente.

Sin encender la luz para no despertarla, se desnudó, se puso el camisón y se metió en la cama.

Media hora después seguía muy excitada y sin poder dormir. Todavía podía sentir la humedad de su pezón bajo la lengua de Arturo. Instintivamente lo frotó intentando borrar toda huella. Si había hecho lo correcto, ¿por qué se sentía tan frustrada? ¿Qué futuro tenía ella en ninguna parte para descartar el único que tenía a su alcance? ¿Tan importante era aquella maldita tesis inacabada? ¿Para qué le serviría una vez finalizada? Había muchos engrosando las listas del paro con esa misma titulación.

Éstas y muchas otras preguntas quedaron sin respuesta. Al fin el cansancio

pudo más que la curiosidad por aclarar su futuro y se quedó dormida. Un sueño profundo la envolvió y no sintió que el muelle de su cama cediera por el peso de un nuevo cuerpo. Sólo cuando notó que una mano aprisionaba su pecho, se despertó. La primera reacción fue gritar, pero unos labios se pegaron a los suyos impidiéndoselo. Rebeca reconoció aquellos labios y aquella mano que acariciaba su cuerpo y cómo no, aquella lengua juguetona que volvía a hacer de las suyas.

Arturo separó ligeramente sus labios para susurrarle.

—¡Ssshhh!, no querrás despertar a Megan.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó estúpidamente Rebeca.

Arturo sonrió malicioso.

—Creí que saltaba a la vista, sabelotodo.

Arturo volvió a aprisionar sus labios y continuó haciéndole hervir con sus caricias. Rebeca intentaba, sin éxito y sin mucho empeño, para qué engañarnos, sujetarle las manos para que dejara de tocarla.

—Pero, aquí, delante de Megan, no puedes...

Arturo dejó de besarla y a muy pocos milímetros de su rostro, atacó sin dejarle terminar la frase.

—¡Ah! Aquí no. Entonces ¿En otra parte sí?

—No —negó Rebeca levantando ligeramente la voz.

Megan se revolvió en la cama y los dos se quedaron quietos como estatuas hasta que la niña pareció acomodarse de nuevo.

Esos segundos, con sus cuerpos pegados, debilitaron las defensas de Rebeca, eliminándolas en gran parte.

Arturo volvió a depositar un reguero de besos a lo largo de su cuello y ya esta vez, ella no intentó detenerlo. Él se dio cuenta de que la resistencia había cesado.

—Creo que has incumplido la segunda de las reglas de oro —afirmó severamente Arturo—y, si lo has hecho, pagarás por ello.

—Yo no te he mentado —se defendió rápidamente Rebeca, intentado de nuevo separarse de su lado.

Arturo aprisionó en un instante los dos brazos de Rebeca con una sola de sus manos y los retiró, apoyándolos sobre la almohada, encima de la cabeza de Rebeca.

—Hace un rato, en mi dormitorio, me has asegurado que no me deseabas.

Arturo, sin soltar sus manos, besó su cuello y descendió entre sus pechos,

repartiendo pequeños besos en todo su recorrido.

Rebeca tomó aire con dificultad y volvió a asegurar.

—No mentí, es cierto.

Rebeca había girado la cabeza hacia un lado por si, aun en la penumbra, él podía leer en sus ojos algo distinto.

Arturo, que en su recorrido ya había llegado al abdomen, volvió sobre sus pasos sin dejar de besarla. Cuando llegó a la altura de su rostro, afirmó cada vez más seguro de lo que decía.

—Yo no te creo.

Arturo volvió a besarla en la boca, ésta vez con mucha más pasión, consiguiendo arrastrarla en pocos segundos. En cuanto vio su respuesta, se separó y se sentó en la cama, mientras afirmaba:

—Y voy a averiguar la verdad.

Rebeca se incorporó para ver qué hacía. En la oscuridad casi no distinguía nada, pero le pareció que estaba despojándose de su pijama.

—¿Qué haces? ¿Qué vas a hacer? —preguntó nerviosa.

Un segundo más tarde, Arturo le contestaba ya tumbado desnudo a su lado.

—Voy a darte una última oportunidad. Quiero que me digas, mirándome a los ojos, que no me deseas, que no quieres que hagamos el amor. Si lo haces y resultas convincente, me iré.

Rebeca se vio perdida. No iba a conseguir superar aquella prueba. No, cuando su propio cuerpo se obstinaba en llevarle la contraria.

Miró nerviosa hacia la cama de Megan, temiendo que pudiera despertar y deseando a la vez que lo hiciera.

Arturo volvió al ataque y ella empezó a hablar a media voz, buscando mil excusas que justificaran su negativa. Era difícil concentrarse y discutir con alguien si había que hacerlo a media voz y la otra persona se obstinaba en no dejar de besar tu cuerpo.

—No quiero pasar aquí el resto de mi vida. No soporto el campo, no me gusta.

El rostro de Arturo apareció ante ella el tiempo justo para decir.

—Sigues mintiendo. Puede que eso fuera cierto cuando llegaste, pero el otro día te vi mirar los viñedos. Esto te gusta.

—No es cierto, además mi estancia aquí es solo un paréntesis en mi vida, tengo que acabar mi tesis.

De nuevo pudo ver el rostro de Arturo por unos segundos.

—Puedes terminar tu tesis aquí. Además, podría soportar el peso de haber arruinado tu futuro profesional. ¿Podrías tú soportar la culpa de haber arruinado mi vida?

Arturo en esta ocasión besó su boca. Primero suavemente, esperando su cooperación. Cuando ésta llegó, volcó en su beso toda la pasión, consiguiendo la casi total rendición de Rebeca.

Ella sabía que estaba perdiendo, pero ojalá todas las derrotas fueran tan dulces como aquella. Con un hilo de voz lanzó su último cartucho.

—No podría soportar ser una simple diversión en tu vida.

Arturo dejó de besarla y la miró fijamente a los ojos. Ella notó como aquella mirada traspasaba sus sentidos y llegaba hasta su corazón.

—Sabes que no lo eres.

Arturo acarició la mejilla de Rebeca y ésta, a su vez, frotó su mejilla contra la palma de la mano de Arturo.

—No suelo ir por ahí metiéndome en la cama de mis trabajadoras — comentó divertido mientras comenzaba a besarla de nuevo—. Alguna vez han intentado meterse en la mía, pero al revés, nunca.

Rebeca sabía que era cierto. Sabía que no era un juego para él, como tampoco lo era para ella.

En el beso siguiente casi fue Rebeca la que buscó los labios de Arturo. Éste aprovechó la ventaja e introdujo sus manos por debajo del camisón haciendo que Rebeca perdiera de nuevo el ritmo de su respiración.

—Bien sabelotodo, es tu última oportunidad.

Arturo besó sus labios y preguntó a continuación:

—Dime ¿me voy o me quedo?

Se quedó muy quieto, mirándola fijamente. Si detectaba la más mínima duda en ella, el más mínimo signo de rechazo, se levantaría y abandonaría la habitación, aunque eso le rompiera por dentro. Él había puesto sus cartas sobre la mesa, pero la decisión final era de ella. Solo debieron de ser unos segundos, pero para Arturo la espera fue agónica. Tras lo que pareció una eternidad, por fin vio aparecer en los labios de Rebeca una incipiente sonrisa. Elevó la vista hasta sus ojos y éstos lo confirmaron. Volvió a recuperar el ritmo de su respiración cuando ella le acarició el rostro con el dorso de su mano. Rebeca sonreía abiertamente cuando entrelazó sus manos tras la nuca de Arturo y tiró hacia ella para besarlo. Un minuto más tarde, su camisón yacía en el suelo junto al pijama de Arturo y los cuerpos de ambos se habían fundido en

uno solo.

Pasaron el resto de la noche juntos. Rebeca durmió plácidamente, abrazada al tórax de Arturo. Éste, casi no pegó ojo. Dejó escapar los minutos, contemplando aquel rostro que le había vuelto loco y por el que había infringido gran parte de las reglas que se había impuesto a sí mismo, cuando empezó a contratar convictos. Ese fue otro tema al que, a partir de aquella noche, le iba a dedicar muchas horas. Su amigo, el alcaide, cuando había insistido para que contratara a Rebeca le había asegurado que su caso, era un simple caso de abuso de poder. El alcaide estaba convencido de que, si aquella mujer no se hubiera defendido, ahora sería una carpeta más en la cesta de las violaciones. Tuvo la mala suerte de topar con un niño bien, con su papá y los amigos influyentes de papá. Hasta entonces a Arturo no le había preocupado si era justo o no que estuviera allí. La tenía allí y no quería hacer algo que pudiera alejarla de su lado. Ahora estaba seguro que eso no iba a ocurrir, así que iba a tomar cartas en el asunto para intentar arreglar la situación de Rebeca.

Con las primeras luces Arturo regresó a su habitación, arrojando previamente tanto a Rebeca como a Megan.

—Buenos días, señora Luisa.

—Hola hija. ¿Por qué te has levantado tan pronto? Aún no estás bien, tienes que descansar.

—Hoy me encuentro perfectamente. ¿Y Arturo? ¿Se ha levantado?

—No, entré a verle cuando me levanté y me murmuró que le dejara dormir hasta el mediodía. Ha debido de pasar mala noche, me ha dicho que no había pegado ojo.

Rebeca sonrió, sabiendo perfectamente el motivo de su cansancio.

—¿Y Megan? —preguntó la anciana.

—Duerme como un angelito.

—¿Sabes? Ayer cuando la acostaba me preguntó si quería ser su abuelita —inquirió emocionada doña Luisa—. Casi se me escaparon las lágrimas.

—Sí, está empeñada en conseguir una nueva familia. A mí, a veces, me llama mamá. Creo que me está probando a ver si la riño por ello.

—Es increíble que, con todo lo que lleva pasado y viviendo siempre en un ambiente tan arisco haya podido salir tan dulce y encantadora. Es una niña maravillosa.

—Sí que lo es —aseguró Rebeca orgullosa.

Rebeca se pasó por los viñedos a media mañana. Quería ver por sí misma los resultados de su trabajo. Según le había informado José, desde que se habían implantado los nuevos turnos se había recolectado un veinte por ciento más al día, que con los antiguos. A ese ritmo terminarían de recolectar la uva casi una semana antes que otros años.

A la hora de comer, regresó satisfecha a casa. Arturo se reincorporaría pronto a la rutina diaria y quería que notara la diferencia.

Doña Luisa la esperaba con la bandeja de Arturo preparada.

—Justo a tiempo. Toma, súbele la comida al patrón. Se despertó hace una hora, con un humor espléndido y un hambre feroz.

Rebeca se sorprendió al ver a José en la habitación. Arturo conversaba efusivamente con él. Al verla calló por un instante y su mirada adquirió un brillo intenso que, aunque Rebeca supo apreciar, para José pasó desapercibido.

Arturo continuó con la conversación y pareció ignorar a Rebeca, pero lo cierto es que, desde que entró en el cuarto, él ya no pudo concentrarse y zanjó el tema con su subordinado rápidamente.

José abandonó la estancia y Rebeca se aproximó con la bandeja, posándola en la mesilla. Mantenía la mirada baja. No sabía que actitud adoptar. Lo que de verdad quería era saltar sobre la cama y dejar que Arturo se la comiera a besos, pero algo le decía que no era correcto.

Arturo la vio moverse a su alrededor y esperó ansioso tenerla a su alcance para abrazarla.

—Luisa dice que tienes un hambre de lobo.

—No lo sabes tú bien.

—Eso es buena señal. Te ha preparado un copioso desayuno.

Arturo consiguió alcanzar una de sus muñecas y tiró de ella, sentando a Rebeca bruscamente sobre la cama.

—Me conoce bien. Ya veo que me ha preparado mi plato favorito — afirmó sin dejar de mirar no a la bandeja, sino a Rebeca.

—¡Eh! Yo no entro en el menú.

—Pues es una pena —susurró pegado ya a su cuello—, eres el único manjar que podría dejarme satisfecho.

Rebeca rio divertida. Estaba feliz de que sus sentimientos no hubieran desaparecido con las primeras luces.

—¿Eres consciente de que anoche es posible que hayamos arruinado

mutuamente nuestras vidas? —señaló Rebeca la verdad, sin demostrar demasiada preocupación por tal atrocidad.

—Creo que es poco probable, pero qué duda cabe que es posible —contestó Arturo—. De todas formas, para mí eres un motivo lo suficientemente importante como para arriesgarme a arruinar mi vida.

Doña Luisa irrumpió en la habitación sin previo aviso.

—Pero ¿Todavía estáis así?

Rebeca fingió que acomodaba las almohadas y Arturo volvió a reclinarse sobre ellas. Como el día anterior, Rebeca se dispuso para darle de comer, pero doña Luisa no lo permitió.

—Ya vale de cuentos, hoy tiene mucho mejor aspecto, ya puede hacerlo él solo.

—¡Ni hablar! ¡No puedo! Me canso.

—Tienes toda la tarde para descansar. Además, Rebeca tiene más cosas que hacer.

—Su primera obligación soy yo. Si no me cuidáis mejor, no conseguiré salir de aquí nunca.

—Está bien, quejica, yo lo haré —afirmó doña Luisa retirando a Rebeca de la cama—. Hija, ¿quieres bajar mientras a por la ropa que está en la lavadora y subir a tenderla? A mí, esas escaleras me matan.

Rebeca no abrió la boca. Luchaba con todas sus fuerzas por no echarse a reír. Arturo lucía un semblante compungido y cuando abrió la boca para recibir el tenedor, parecía un hombre totalmente derrotado. Rebeca, desde la puerta, aprovechando que Luisa estaba de espaldas, le lanzó un beso y para Arturo pareció ser una daga porque cerró los ojos dolorido.

Rebeca se ocupó de dar de comer a Megan, recogió la cocina, tendió la ropa y cuando terminó con todos los quehaceres de la casa se acercó a las bodegas para charlar con José. Él hacía ver que eran decisiones suyas las que ponían en práctica, pero no dejaba de consultar a Rebeca hasta el más mínimo detalle. Confiaba en ella y en su buen juicio. Ya le había demostrado que sabía lo que hacía. José le entregó una lista de cosas que hacían falta para que se la diera a Arturo y lo encargara en la ciudad. Al final de la tarde, entró a verle un momento y se la entregó. Después de cenar, volvió a salir. Esta vez rumbo a los barracones para que Lola y Rosa, que se habían convertido en una especie de enlaces, la informaran de cómo iban los turnos y si había que cambiar a

alguien de lugar.

Cuando salió de los barracones se permitió el lujo de acercarse hasta los viñedos y respirar el aire puro. Con la luz de la luna era suficiente para adivinar el camino. Desde luego, días atrás con Matías rondando, no se habría atrevido, pero ahora que él no estaba se respiraba libertad y sosiego por todas partes. No había nada que temer.

La casa estaba en silencio cuando regresó cerca de las once. Pasó a la cocina y se sirvió una taza de café. No dio la luz. La farola del patio permanecía encendida y con la luz que entraba, era suficiente. Dio un primer sorbo y posó la taza. Se quedó mirando a la pared. Apoyada en la encimera y escuchando el silencio. Le pareció que una sombra pasaba por detrás y al momento unos brazos rodearon su cintura. Rebeca dio un bote, pero los brazos de Arturo la sujetaron con fuerza.

—¡Me asustaste! ¿Por qué andas a oscuras?

—Soy como los gatos. No necesito luces para recorrer esta casa. Podría hacerlo con los ojos vendados.

Rebeca respiró profundamente echando su cabeza hacia atrás y apoyándola sobre el hombro de Arturo.

Arturo le besó la sien y susurró sin separar los labios.

—No me acostumbro a esta nueva situación. Tú llegando a altas horas de trabajar y yo esperándote impaciente en casa. ¿No debería de ser al revés?

—No te vicies, pronto cambiarán las tornas.

—¿Qué has estado haciendo hasta estas horas? —preguntó Arturo acunándola suavemente.

—No me hagas relatarlo. Creo que solo recordarlo acabaría conmigo.

—¿Cansada?

—Agotada —reconoció Rebeca, cruzando sus brazos y abrazando los de Arturo.

—Pues vámonos a la cama.

Arturo echó a andar cogiéndola de la mano. Ella no quería herirlo, pero aquella noche no tenía fuerzas para resistir otra noche como la anterior.

Rebeca se detuvo e intentó decírselo, pero él no la dejó hablar:

—Solo dormir. Por favor, no me niegues ese placer. Quiero tenerte en mi cama, a mi lado, nada más.

Rebeca respiró aliviada.

—Será estupendo. Creo que en tu cama se tiene que descansar mejor que

en la mía.

—Arturo sonrió satisfecho. Volvió a tomarla de la mano y Rebeca le siguió como un corderito. Ya una vez metidos en la gran cama de matrimonio, Rebeca, a punto de dormirse totalmente acoplada a Arturo, murmuró:

—Esta cama es mucho más cómoda que la mía. Tenía yo razón.

—Como siempre, sabelotodo —susurró Arturo cerca de su oído—. Tienes mi permiso para usarla siempre que quieras.

—Te tomo la palabra.

CAPÍTULO 9

Rebeca se levantó temprano. Había descansado de maravilla y se sentía con fuerzas para emprender cualquier tarea. Quería comprobar todo de nuevo y tener todos los números y las cifras claras para cuando Arturo retomara el mando, que podía ser en cualquier momento.

José, Luisa, las chicas, todos habían guardado el secreto de las nuevas técnicas. Se acercaba el momento de mostrar los resultados. Quería que Arturo estuviera orgulloso de ella. A mitad de la mañana ya había recopilado todos los datos. Elaboraría un informe y se los enseñaría a Arturo.

Salió de las bodegas y se dirigió a la casa. Le extrañó ver la furgoneta de Arturo parada en la puerta. Pero más le extrañó cuando le vio a él salir de la casa. Con su rostro parcialmente oculto tras las gafas de sol, enfundado en sus vaqueros y con una camisa negra, le pareció más atractivo que nunca.

Rebeca se detuvo a unos metros de la furgoneta y él hizo lo mismo por el otro lado.

—¿De dónde vienes? —preguntó Arturo mirándola por encima de las gafas.

—De las bodegas. ¿A dónde vas? —preguntó ella ahora.

—A la ciudad —contestó colocándose las gafas en su sitio.

Rebeca avanzó hasta la furgoneta sorprendida.

—¿A la ciudad? ¡Pero tú no puedes conducir todavía!

—Cierto, por eso lo harás tú —informó Arturo, lanzando las llaves por encima del capó.

—¿Yo? ¿A la ciudad? —inquirió entusiasmada, mientras las cogía al vuelo.

Arturo arqueó sus labios y dejó al descubierto parte de sus dientes, en lo que era una leve sonrisa. Seguía siendo tan fácil hacerla feliz.

—Bueno ¡qué! ¿vienes o me busco otro chófer? —preguntó seguro de la respuesta.

—Cuando dices una ciudad ¿te refieres a esos sitios llenos de coches, atascos, casas de quince pisos de altura, avenidas repletas de tiendas y grandes almacenes, ruido, polución...?

—Sí, es una descripción bastante acertada.

—¡Estupendo! ¿Cuándo nos vamos?

—En cuanto metas tu trasero en la furgoneta.

—¡Yupi! —exclamó Rebeca abriendo ya la puerta del conductor.

Fue un día estupendo para ambos. Los dos olvidaron los papeles que les había tocado vivir y fueron simplemente un hombre y una mujer dispuestos a pasar todas sus horas de vida juntos. Hicieron todos los encargos y recogieron la mayoría de ellos. A mitad de tarde Arturo dio por concluida la jornada.

—Pero no hemos terminado.

—Seguiremos mañana —aseguró Arturo sin prisa.

—¿Es que vamos a volver mañana?

—No, ¿no te lo dije? Nos quedamos a dormir. Reservé habitación antes de salir.

Rebeca lo miró de soslayo.

—¿No te lo dije? —repitió pícaramente, ante la muda regañina de Rebeca —. Pues se me pasaría.

—¡Ya! —exclamó Rebeca echando a andar.

Arturo aprisionó su antebrazo y tiró hacia él, pegándola a su cuerpo. Luego la abrazó por la cintura y comiéndosela con la mirada, le preguntó:

—¿Acaso no fue una buena idea?

—¿La verdad?

—Por supuesto.

—Me parece una idea formidable.

A continuación, se fundieron en un beso que puso fin, definitivamente, a la jornada laboral y abrió un paréntesis para el ocio y el amor.

Recorrieron algunas tiendas, compraron una muñeca a Megan y luego pasearon por las principales avenidas, abarrotadas de transeúntes. Tomaron una copa en uno de los bares más bulliciosos y al salir Arturo le preguntó:

—Bueno, ¿dónde quieres que vayamos ahora?

Rebeca no se anduvo con rodeos. Le dolía la cabeza y estaba mareada de ver tanta gente, así que no lo dudó.

—¿Podríamos ir al hotel?

—¿Al hotel? ¿Llevas martilleándome la cabeza desde que te conozco con lo maravilloso que es vivir en la ciudad y lo horrible y aburrido que es el campo y ahora que tienes la ocasión de disfrutar de una ciudad durante unas horas, quieres encerrarte en el hotel?

—Creo que ya no estoy acostumbrada a este bullicio. Con tanto ruido y tanta gente de aquí para allá, no hay quien se aclare —confesó tímidamente—. Estoy mareada.

Arturo quiso burlarse un poco más de ella.

—¿Quieres decirme que en estas pocas semanas te has convertido en una rústica? ¿Quieres decirme que en estas pocas semanas te has convertido en una rústica? ¿Vas a decirme que prefieres aburrirte como una ostra en el campo, en lugar de vivir a tope en la urbe?

Rebeca hundió la cabeza en el pecho de Arturo y suplicó.

—Por favor, no te burles más de mí. Vamos al hotel ¿sí?

Arturo levantó la vista al cielo y abrazó dulcemente a Rebeca, accediendo a su súplica al instante.

—Tú mandas. Al hotel.

Cenaron en el restaurante del hotel y rápidamente se encerraron en la habitación que, casualmente, contaba con una amplia cama de matrimonio. Pasaron horas acariciándose y besándose. No tenían ninguna prisa por hacer el amor, pero cuando lo hicieron fue sin ataduras ni mordazas. Ahora no había niños a los que despertar, ni ancianas que pudieran sorprenderles. Estaban solos y podían dar rienda suelta a sus deseos. Gozaron y no reprimieron ninguno de sus jadeos. Cuando terminaron, ambos estaban plenos de felicidad y rebosantes de placer.

A las tres de la mañana, tomaron juntos una ducha. Arturo contempló las heridas todavía visibles en la espalda de Rebeca. El ungüento de Luisa había hecho milagros, pero aún eran fáciles de detectar. Esperaba no volver a tener que toparse con Matías en su vida, porque la próxima vez, quizás, no podría reprimir sus ganas de matarlo. Rebeca se giró y le miró sonriente y todo el odio desapareció de su mente, llenándose de deseo. Allí mismo, sin salir de la ducha, volvieron a hacer el amor.

Regresaron al viñedo a mitad de la tarde. Megan salió a su encuentro en cuanto oyó el ruido de la furgoneta y se marchó enseguida feliz a enseñar su nueva muñeca a las demás niñas.

Doña Luisa pareció adivinar que en aquel viaje había existido algo más que trabajo, pero muy prudente, no preguntó nada esperando que alguien se lo contara.

Arturo no estaba dispuesto a regresar a la cama. Insistió en dar un paseo hasta los viñedos para ver cómo iba todo. Rebeca aprovechó para meterse en casa y preparar el informe. Estaba ansiosa por enseñárselo.

En cuanto Sandra vio al patrón, supo que era su oportunidad. Desde que habían cambiado los turnos no conseguía quitarse ese dolor de las piernas. Antes le resultaba más fácil escaquearse, pero ahora permanecía vigilada constantemente. Se atusó el cabello y se acercó al patrón que, por suerte, parecía de buen humor.

Arturo no pudo dar crédito a lo que aquella mujer le contaba y quiso que lo repitiera ante Rebeca, seguro de que lo había inventado todo.

Encontró a Rebeca en las bodegas, con José y un grupo de trabajadores a su alrededor.

—Rebeca —le gritó al entrar—, necesito hablar contigo.

—Sí, un segundo —contestó ella sin girarse.

—Ahora —gritó, dejando claro quien seguía dando las ordenes allí.

El grupo se deshizo al instante. Rebeca y José se aproximaron hacia Arturo extrañados.

—¿Ocurre algo?

—Sí. Esta mujer asegura que has cambiado los turnos de trabajo.

—Sí, en efecto —reconoció Rebeca.

Arturo pareció sorprendidísimo.

—Pero, yo no te autoricé a hacerlo.

—No podías, delirabas con la fiebre —se excusó Rebeca—. Había que tomar una decisión y la tomé. Precisamente tengo aquí los datos para enseñarte. Con el nuevo método se ha recolectado el veinte por ciento más y además en las bodegas...

Arturo la interrumpió colérico.

—No se trata de eso, no es esa la cuestión.

—Pero los turnos son justos. Trabaja más el que más puede, en proporción a la edad y al estado físico de cada uno. Mira...

Arturo cogió los papeles que Rebeca le mostraba y los tiró al suelo con gran aspaviento. Todos los que estaban en la bodega vieron la escena. Sandra, unos pasos más atrás, sonrió satisfecha.

—Sigues siendo una sabelotodo. ¿Desde cuándo sabes algo de bodegas? —le gritó enfadado.

A Rebeca se le humedecieron los ojos y casi no encontró fuerzas para contestar.

—Yo no sé nada de bodegas, por eso me dejé aconsejar por los que sí las conocen. Lo siento —se disculpó amargamente—. Yo solo quería ayudarte.

Rebeca miró a su alrededor y los vio a todos parados, mirándola. Hasta hacía unos minutos aquellas personas la respetaban. Ahora supuso que estarían divirtiéndose ante la reprimenda del patrón. Rebeca no pudo aguantarlo más y salió corriendo, desoyendo los gritos de Arturo y arriesgándose a una nueva descarga de ira sobre ella.

Una vez que se marchó y al contrario de lo que había imaginado, todos, primero tímidamente y luego con gran aplomo, apoyaron y defendieron la actuación de Rebeca. El patrón les escuchó a todos y tras comprobar con sus propios ojos que tenían razón, pidió disculpas a José.

—No es a mí a quien debe pedírselas.

—Lo sé José, lo sé —admitió Arturo arrepentido de haber herido sin motivo a Rebeca.

Entró en la casa buscándola, pero no estaba. Tuvo que recibir una nueva reprimenda por parte de doña Luisa cuando le contó lo que había sucedido y volvió a soportarla con resignación como primero lo había hecho en las bodegas.

Fue a los barracones, pero tampoco allí la encontró y empezó a buscarla desesperado por todos los rincones. Se alegró cuando la divisó en uno de los viñedos con las rodillas hincadas en la tierra, arrancando indiscriminadamente racimos de uvas diminutos de las cepas y echándolos sobre una improvisada cesta, fabricada con su chaqueta. Según se iba acercando a ella y al comprobar lo amargamente que estaba llorando, fueron desapareciendo los últimos restos de enfado que pudiera tener, si es que aún había alguno.

—¿Qué haces? —preguntó al llegar junto a ella, lo más suavemente que pudo—.

—Creo que salta a la vista. Realizo el trabajo para el que se me contrató.

—Vamos, levántate —ordenó dulcemente.

—Déjame trabajar —contestó ella, continuando afanosamente con su tarea.

Arturo sonrió ligeramente.

—Sigues tuteándome, supongo que esa es buena señal.

—Es difícil discutir con alguien al que hay que reverenciar como si fuera una alteza imperial —increpó colérica mientras intentaba secarse las lágrimas con el brazo.

—Vamos, levántate de ahí —insistió Arturo.

—No. Ha quedado claro que ésta es la máxima ocupación a la que puedo aspirar aquí.

Arturo se pasó las manos entre los cabellos. Estaba incómodo allí plantado, con ella a sus pies. Se lo estaba poniendo muy difícil. Se agachó y tiró de uno de sus brazos mientras insistía.

—Venga, no seas cabezota, déjalo ya.

Rebeca hizo un gesto rápido y liberó su brazo, continuando con su tarea.

—No me da la gana.

Arturo quedó perplejo con la contestación, pero reaccionó al instante. Rodeó con su brazo la cintura de la mujer y tirando de ella con fuerza, antes de que pudiera resistirse, consiguió ponerla en pie.

—He dicho que te levantes —exclamó con ella ya en alto.

—No, suéltame —lloriqueó Rebeca sin poder posar los pies en el suelo.

Arturo caminó decidido, soportando y esquivando los golpes al tiempo que sorteaba las cepas. Había sufrido un agujonazo en su herida con el esfuerzo de coger a Rebeca en brazos, pero tampoco le hizo caso.

Se dirigió hacia una pequeña caseta de riego que había en mitad del campo, a unos pocos metros. Al llegar, soltó a Rebeca y la empujó contra la pared. Vio su gesto de dolor al golpearse la espalda. Sin duda también a ella le seguían molestando sus heridas. Pareció que aquel dolor acabó con su rebeldía porque dejó de luchar y sus lágrimas aparecieron de nuevo, surcando sus mejillas. Rebeca masajeaba sus brazos, doloridos por las magulladuras del encontronazo.

El dedo pulgar de Arturo corrió a cortar la carrera de una de las lágrimas. Rebeca, sin casi darse cuenta, permitió que su mejilla se acurrucara en la palma de aquella mano tan firme y segura.

Arturo, tras unos segundos, dejó escapar un “lo siento” desde lo más profundo de sus entrañas. Le había costado mucho articular aquellas palabras,

pero ahora se sentía liberado. Pero a Rebeca de nada le servía aquella disculpa. La había herido en lo más hondo y nada arreglaba un “lo siento”. Ella había conseguido olvidar el lugar donde se encontraba y el motivo y se había dedicado en cuerpo y alma a darle gusto e intentar complacerle en lo más mínimo. Como recompensa había recibido su desconfianza y su desprecio delante de todos.

—Solo quería ser útil —intentó explicar de nuevo.

—Lo sé. Han sido muchos los que han intentado impresionarme para luego aprovecharse de mí.

Rebeca le interrumpió indignada.

—Yo no buscaba eso.

—Lo sé. Lo sé —se apresuró a aclarar Arturo—. Fue un acto reflejo. Te pido perdón y te aseguro que es algo que no hago todos los días.

Ella sabía que era cierto. Era orgulloso y aunque podía reconocer cuando se equivocaba, no solía admitirlo ante terceros.

Rebeca agachó la cabeza y por fin su llanto cesó. Pensó que debería darse por satisfecha con eso, porque no iba a conseguir nada más, pero aún se permitió un último símbolo de victoria. Sin levantar la vista aseguró.

—Lo que pasa es que lo hacía mejor que tú y eso no puedes soportarlo.

Arturo levantó la vista al cielo y suspiró aliviado en cierta forma. Nadie podría dominar nunca esa rebeldía que llevaba dentro.

—Está bien, sabelotodo —cedió de buena gana—, puede que sea esa la razón.

Ella levantó la vista triunfadora. Había conseguido decir la última palabra al respecto.

Él seguía acariciando la suave mejilla de Rebeca y cuando sus miradas se encontraron preguntó:

—Sigues tuteándome. ¿Significa eso que seguimos siendo amigos, o que sigues enfadada?

Ella bajó la cabeza avergonzada en cierta forma por haber montado aquel número. Él la tomó de la barbilla y la obligó a mirarle.

Iba a decirle algo como que podía tutearle e insultarle todas las veces que quisiera o alguna cosa parecida, pero no pudo articular palabra. Se quedó prendado de aquella mirada y sus labios, como en otras ocasiones, corrieron sin permiso al encuentro de aquella sensual boca. Fue un beso dulce, suave, sin prisas, disfrutando del momento.

Estuvieron unos minutos apoyados en la pared, besándose y acariciándose sin más pretensiones. Luego, Arturo tuvo el desacierto de, sin mala intención, hacer un comentario que rompió el hechizo.

—¡Dios! ¡Si Sandrita me viera se me iba a caer el pelo!

—¿Qué quieres decir?

—Después de que te fueras le dije que debería seguir en el mismo turno.

—Y ¿qué? Es lo justo, puede hacerlo.

—Seguro que no es eso lo que ella piensa. Ella haría correr la voz de que prefiero tus favores a los suyos y que por eso tú consigues salirte con la tuya.

—Pero eso no es cierto, no tiene nada que ver... —protesto airada.

—Ya lo sé, pero todos pensarían que, si he cedido al encanto de una, cederé al de todas. ¡Ya me las veo en fila ante mi alcoba! —bromeó divertido Arturo.

Dejo de reír cuando Rebeca le empujó y al mirarla a los ojos se dio cuenta del error cometido. Los ojos de Rebeca estaban, de nuevo, llenos de furia.

—Ya. Quieres decir que se mancharía tu reputación si se supiera que te mezclas con presidiarias ¿no?

Algo enfadado por el ataque respondió:

—No, sabelotodo. Quiero decir justo lo que he dicho, que todas querrían el mismo trato y las mismas oportunidades.

Rebeca se separó de él gesticulando exageradamente.

—¡Oh, claro! Ahora lo entiendo, el señor irresistible.

Arturo la cogió del brazo y la volvió a situar en el mismo lugar que estaba, aprisionada entre la pared y su cuerpo.

—Al menos para algunas, sí lo soy.

Rebeca comenzó a respirar con dificultad. Si él volvía a besarla, sus labios se encargarían de desvelar la respuesta y no era la que ella quería dar ahora.

—¿No seré yo?

—Creo que tu cabeza dice una cosa, pero tu cuerpo dice lo contrario —comentó Arturo, dejando que su mano se paseara suavemente por encima del vestido de Rebeca, a la altura de su pecho.

Rebeca tenía que romper aquel encantamiento de inmediato. Estaba enfadada con él y tenía que demostrarlo antes de que desapareciera el enfado.

—Lo que pienso es que eres un chulo engreído. Sacas partido de tu situación y piensas que ya lo tienes todo ganado y no debes esforzarte por

conseguir nada. Hay que dártelo todo, solo porque tú lo mandas.

Arturo quería ser tolerante, pero Rebeca se estaba saliendo de contexto.

—Rebeca, no te pases —amenazó serenamente.

La seguía teniendo allí mismo y cuanto más enfadada estaba ella, más irresistible era su impulso de besarla.

—¿Qué pasa? Vas a castigarme. Me da igual. He intentado ser legal y lo único que he conseguido es que me desacredites en público.

—Bueno, algo más has conseguido —añadió Arturo, rozando con su dedo el cuello de Rebeca.

Ella lo apartó de un manotazo.

—Se acabaron las buenas maneras. No dejaré que te acerques lo suficiente para que puedas volver a hacerme daño.

Dicho esto, echó a andar a toda velocidad y unos metros más allá, echó a correr temiendo, sin duda, que Arturo la siguiera. Pero él se quedó allí, mirándola cómo se alejaba. Se tranquilizó al verla dirigirse hacia la casa. Si hubiera estado realmente enfadada y pensara de verdad todo lo que le había dicho, habría corrido a refugiarse en los barracones, al amparo del resto de las mujeres.

Arturo la dejó marchar convencido de que aquello solo había sido una maniobra para alejarse de él, sin tener que reconocer que se sentía tan atraída hacia él como él hacia ella. Había sido culpa suya. La había puesto en una encrucijada y sabiendo que era tan orgullosa como él, tenía que haber imaginado que no cedería terreno.

Doña Luisa se moría de ganas por saber cómo había acabado la historia el día anterior. Había indagado a Arturo cuando se levantó, pero no había conseguido sonsacarle nada. Rebeca, fregaba ahora los platos del desayuno y doña Luisa no estaba dispuesta a dejarla escapar sin respuestas, así que puso manos a la obra.

—¿Hoy no vas a las bodegas?

—No, he sido relevada de todo servicio —contestó Rebeca mientras aclaraba una de las tazas.

—¿Y eso?

—No lo sé. Supongo que me metí donde nadie me llamaba. Parece que al patrón no le gustó.

—Yo no lo creo —aseguró doña Luisa—. José me ha dicho que no ha

cambiado nada, todo sigue como tú lo organizaste y desde que se ha levantado está metido en el despacho, enfrascado en todos los papeles que tú has estado escribiendo.

Rebeca no le dio mayor importancia. Simplemente estaba examinando los datos, para encontrar algún motivo que justificara la decisión que seguro ya había tomado de antemano de anularlo todo y continuar como antes.

Rebeca le dio vueltas al asunto durante toda la mañana. La verdad es que tenía todo el derecho del mundo a hacerlo. Era su negocio y por tanto era el único que podía hacer y deshacer sin dar explicaciones a nadie.

Cuando llegó la noche, estaba convencida de que se había extralimitado. Debía de haber seguido con los turnos que él tenía marcados y dejar las innovaciones para cuando ella contara con un futuro empresarial. No había visto a Arturo en todo el día y en ese momento necesitaba más sus caricias y sus besos que cualquier triunfo laboral que pudiera obtener con sus brillantes ideas.

La pequeña Megan debió de percibir la tristeza de Rebeca, porque sin mediar palabra se metió en la cama con ella, cosa que no solía hacer. Se abrazó a su cuello y le dedicó un sincero “te quiero”.

—¿Estás triste? —le preguntó poco después, abrazada a su vientre.

—No cariño, solo un poco cansada.

A veces pensamos que los niños viven en un mundo diferente y que no se enteran de lo que sucede a su alrededor, pero, muy al contrario, no pierden detalle y aprecian cualquier cambio que se produce en las costumbres. Megan lo demostró en aquel momento.

—Hoy le ha puesto la comida a Arturo la tía Luisa. ¿Por qué no lo has hecho tú como siempre?

Rebeca quiso ser sincera con la niña.

—Bueno, creo que me he portado mal y Arturo está un poco enfadado conmigo, así que pensé que no querría verme.

—Si has hecho algo mal deberías pedirle perdón. Además, no creo que esté enfadado contigo. En cuanto no te vio, le preguntó a la tía dónde estabas.

Rebeca guardó silencio. A los pocos minutos Megan se giró para mirarla a la cara.

—¿Mami?

A Rebeca le encantaba que le llamara así.

—Sí, mi amor.

—¿Crees que Arturo querría ser mi papá?

Rebeca se quedó sorprendida. La obsesión de la niña por crearse una nueva familia quizás estaba llegando demasiado lejos.

—Bueno, creo que eso no podrá ser.

—¿Por qué no? ¿Porque no estáis casados?

—Sí, en parte.

—Hay muchas niñas que tiene papá y mamá y no están casados. ¿Por qué no puedo elegir yo un nuevo papá y una nueva mamá sin que estén casados?

Rebeca no supo que contestar.

—Un papá y una mamá son para toda la vida, luego ya no se pueden cambiar. Tal vez deberías pensarlo bien antes de elegirlos.

—Yo creo que sería un buen papá para mí, pero lo pensaré un día o dos.

Rebeca sonrió divertida ante el gran plazo que se había marcado para una decisión tan importante.

—De todas formas —insistió la pequeña—, tal vez cuando tú vayas a pedirle perdón, podrías preguntarle qué le parece la idea ¿no crees?

Rebeca volvió a sonreír. Aquella mocosa encantadora le estaba poniendo los puntos sobre las íes.

Rebeca la besó en la frente y la abrazó con más fuerza todavía.

—Muy bien, lo intentaré. Ahora vamos a dormir ¿vale?

—Vale. Eres la mejor mamá del mundo. Te quiero.

—Yo también a ti, preciosa.

Megan se durmió feliz a los pocos minutos, abrazadita todavía al cuerpo de Rebeca. Ésta, sin embargo, no conciliaba el sueño. No se sentía bien estando enfadada con Arturo y la verdad es que cuanto antes hicieran las paces, antes volvería a respirar tranquila.

Obedeciendo a Megan, se levantó para ir a pedir perdón cuanto antes. Por supuesto, el tema de la paternidad no pensaba tocarlo de momento.

Se alegró cuando vio luz por debajo de la puerta del cuarto de Arturo. Respiró hondo y entró decidida, precedida de unos golpecitos en la puerta.

—¿Puedo pasar?

—¡Rebeca! —se sorprendió Arturo—. Pasa.

Cruzó el umbral y cerró quedándose allí, junto a la puerta, apoyada en la pared.

Arturo estaba acostado con quince o veinte folios extendidos por toda la

cama. Desde aquella posición, podía adivinar perfectamente la silueta de Rebeca bajó el camisón y su cuerpo se tensó. Desvió la mirada y comenzó a recoger los folios.

Rebeca se dio cuenta de que Arturo tenía ensangrentado el vendaje de la herida.

—¿Has sangrado? —se interesó.

—Sí. Ayer se me soltaron un par de puntos. Debí de hacer algún esfuerzo sin darme cuenta.

Los dos sabían que el esfuerzo en cuestión se produjo cuando él cargo con ella en los viñedos para levantarla del suelo.

—Lo siento.

—No es nada, no te preocupes.

Arturo había terminado de recoger los papeles y de nuevo la observaba desde su posición privilegiada.

Rebeca, ahora que estaba allí, no sabía cómo empezar, pero aquel silencio todavía era más embarazoso.

—Solo he venido a disculparme, creo que no tenía derecho a inmiscuirme en la organización de tu empresa. Tú eres el único que ostenta el privilegio de dirigirla como te plazca.

Arturo no dijo ni una palabra. Sabía lo mucho que tenía que haberle costado venir a disculparse. Él mismo había estado tentado de hacer lo mismo y no había reunido el valor suficiente para hacerlo.

—Siento mucho que discutiéramos. Creo que los dos teníamos parte de razón y parte de culpa. Me supo mal que cambiaras todo el sistema a mis espaldas —confesó Arturo.

—Solo quería comprobar si funcionaba antes de decírtelo. Iba a hacerlo la tarde que nos fuimos a la ciudad.

Arturo señaló los folios.

—He estudiado las cifras, está claro que funciona. Hiciste un buen trabajo

—reconoció Arturo.

Rebeca sonrió agradecida por la concesión.

De nuevo se hizo un eterno silencio.

—Rebeca, si no te abrazo pronto creo que me va a dar algo —aseguró Arturo sin moverse de la cama.

—Yo solo venía... —tartamudeó ella.

—Rebeca ¿vienes tú o voy yo? —preguntó Arturo desde su posición.

Arturo la miró embelesado y retirando las sábanas de su lado, añadió dulcemente.

—Por favor.

Rebeca no se resistió más al imán de aquellos ojos y avanzó decidida hacia la cama, tumbándose junto a él y esperando que la cubriera con la sábana.

—No volveré a inmiscuirme en tu trabajo —prometió Rebeca acurrucada en su pecho.

—No, me gustaría que pusieras en práctica todo lo que has aprendido en la universidad. Por lo poco que he visto, eres buena.

Arturo besó aquellos labios carnosos que tenía a su alcance.

—¡Dios mío! Te has convertido en una droga. Ha sido un suplicio no verte en todo el día —aseguró besándola de nuevo.

—No sé para las demás mujeres, pero he de confesar que para mí eres irresistible —afirmó Rebeca en su turno de confesiones.

—No más que tú para mí —concedió de buen grado Arturo antes de entregarse a la tarea de reforzar con hechos lo que acaba de afirmar con palabras.

Pasaron toda la noche juntos sin importarles demasiado que alguien pudieran sorprenderles.

Arturo no hizo ningún cambio en el programa de trabajo que Rebeca había elaborado. Terminaron de cosechar casi dos semanas antes que otros años. Eso le daría más tiempo para hacer la clasificación de la uva.

Unos días más tarde, Arturo recibió la visita del alcaide. Rebeca seguía ignorando la amistad que unía a ambos y se quedó sorprendida al verlos conversar distendidamente en el salón. Ella se azoró un poco, no sabía cómo debía comportarse ante él, ni qué sería lo que Arturo le había contado.

—Alcaide ¿qué hace por aquí? —preguntó al verle.

—Me marcho de vacaciones y antes de irme quería pasar a despedirme y ver cómo iba todo por aquí.

Arturo se colocó detrás de ella e intervino en la conversación.

—El alcaide quería saber cómo te tratamos aquí.

Rebeca seguía sin saber si Arturo le había puesto al corriente de su relación, así que no sabía muy bien como tenía que contestar.

—Estoy muy bien. Ya le dije en la prisión que aquí no existían los malos

tratos de ningún tipo.

Los dos hombres se miraron e hicieron una mueca admirativa.

—Salvo por el incidente que tuviste con el capataz —inquirió el alcaide.

—Pero Arturo no tuvo nada que ver en eso —defendió enérgica Rebeca.

Arturo permanecía a su espalda, en silencio.

—Lo sé. El único responsable fue el capataz.

—Ya no trabaja aquí —informó Arturo.

—Sí, también lo sé. Estuvo en el motel del pueblo unos días recuperándose de la paliza que le diste, pero luego le he perdido la pista. Aunque algo me dice que no ha dejado la zona. Supongo que algún otro lo habrá contratado.

—No tengo interés en saber dónde está. Me conformo con que se mantenga alejado de mis propiedades.

Arturo, que seguía situado a la espalda de Rebeca, al decir esta última frase había rodeado la cintura de ésta con su brazo, atrayéndola hacia sí. Como si quisiera dejar bien claro que Rebeca ya formaba parte de sus cosas propias. En cualquier otro contexto a Rebeca le hubiera molestado que la incluyeran entre los bienes de otra persona, pero en esta ocasión, le sonó maravilloso. Sabía lo que Arturo amaba sus tierras y su bodega y que la colocara a ella en el mismo escalafón era un orgullo.

Por la mirada del alcaide supo también que algo le había contado Arturo de su relación, porque no pareció sorprendido del comportamiento de su amigo.

—Bueno, tengo que irme, se está haciendo tarde.

—Te acompañamos hasta la puerta —se ofreció Arturo, tomando a Rebeca de la mano y saliendo al porche con ella.

Estaban despidiéndose cuando apareció, como un terremoto, la pequeña Megan.

—¡Arturo, Arturo! —llamaba a gritos mientras corría hacia él.

Arturo se agachó y la cogió en volandas, según venía corriendo.

—Te estaba buscando, prometiste que jugaríamos a la pelota.

La niña, ni había reparado en que había un desconocido en el grupo.

—Tengo visita. ¿No saludas a mi amigo?

La niña se fijó en el visitante y al reconocerlo se sujetó temerosa al cuello de Arturo.

—Megan y yo ya nos conocemos ¿verdad? —aseguró el alcaide,

acercándose a la pequeña—. ¿Te acuerdas de mí?

La niña afirmó con la cabeza y a continuación susurró en el oído de Arturo.

—¿De verdad es tu amigo?

—Sí lo es.

—¿No viene a llevarme con él? —preguntó temerosa.

—Claro que no, cariño. Nadie te va a llevar a ninguna parte que tú no quieras ir. ¿Quieres darle un beso ahora?

Megan dedicó al alcaide una amplia sonrisa y depositó un sonoro beso en su mejilla. El alcaide rio conmovido.

—Bravo por mi chica —ovacionó Arturo, besando a su vez la mejilla de la pequeña antes de posarla en el suelo.

El alcaide le miró divertido y exclamó sonriente.

—Conmovedor. Jamás te habría imaginado en tu faceta de padre de alquiler.

La pequeña Megan les sorprendió de nuevo aclarando de inmediato ese punto.

—Él no es mi papá.

Al ver las miradas fijas en ella, se explicó mejor.

—Todavía no. Yo aún no se lo he pedido.

La niña se escondió entre las piernas de Rebeca al escuchar las carcajadas de los dos hombres. Rebeca no supo si reír o esconderse tras algo como Megan.

Arturo acompañó hasta el coche a su amigo. Tuvo que escuchar alguna broma más por sus muestras de cariño, pero el alcaide también aprovechó para prevenirle del peligro de Matías merodeando por los alrededores.

—No te preocupes, no se atreverá a volver aquí y Rebeca no sale de aquí si no es conmigo. No hay problema.

—De acuerdo, pero ten cuidado. No estaré aquí para echarte una mano si tienes líos.

—Tranquilo, disfruta de tus vacaciones.

Los tres, Arturo, Rebeca y Megan, como si de una estampa familiar se tratara, despidieron desde el porche con la mano al señor alcaide.

—Me apetece caminar. ¿Damos una vuelta? —propuso Arturo.

—¿Juntos? ¿A plena luz? —se extrañó Rebeca.

—¿Te preocupa que te vean conmigo?

—En absoluto, lo decía por ti.

Arturo estiró su mano para que Rebeca la tomara. Cuando lo hizo tiró de ella hasta él.

—A mí no me preocupa lo más mínimo. Al contrario.

Rebeca le dedicó una de sus amplias sonrisas.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Megan tirando de la pernera del pantalón de Arturo.

—Por supuesto, no pensaba ir si tú no venías con nosotros.

Arturo tomó de la mano a cada una de ellas y echaron a andar hacia los viñedos. La niña aguantó poco a su vera. Pronto se soltó y empezó a corretear de un lado a otro. Ellos continuaron cogidos de la mano todo el trayecto.

CAPÍTULO 10

Dos días más tarde, Arturo insistió en que tenía que salir de viaje.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó ilusionada Rebeca, imaginando que sería otra escapada tan hermosa como la anterior.

—No, esta vez no. Creo que estaré fuera varios días, no sé cuánto exactamente. Prefiero que te quedes y te encargues de todo. Ahora sé que puedes hacerlo —halagó Arturo sinceramente.

—Como mande el patrón —contestó Rebeca de buen grado.

Arturo sonrió divertido al escucharla llamarle patrón.

—Bueno, lo mío me está costando, pero creo que ya estás aprendiendo las normas.

Estaban en la puerta de la bodega. Arturo miró a ambos lados y no vio a nadie por los alrededores, así que rápidamente añadió:

—Ahora ven aquí y déjame comerte a besos.

Rebeca rio divertida y antes de obedecer repitió el mismo gesto de mirar a izquierda y derecha. Luego, ocultos tras el portón, se devoraron mutuamente.

Arturo ya llevaba cinco días fuera. Llamaba diariamente y siempre pedía hablar con ella, aunque fuera bajo la atenta mirada de Luisa. Rebeca era feliz. Lo pensó a menudo durante esos días y no recordaba otra época más plena de felicidad en su vida.

Pensó en lo irónico que resultaba todo. Seguramente debía su felicidad a que aquel desgraciado niño de papá se empeñara en mandarla al último confín,

con la intención de convertir su vida en un infierno. Seguro que si supiera que él era el responsable de que fuera la mujer más feliz del mundo, haría lo imposible para cambiarlo.

A veces es mejor no darles muchas vueltas a las cosas. Dedicarse a disfrutarlas si son buenas y no pensar en la posibilidad de que puedan cambiar, porque ¿quién sabe?, quizás cambien.

Rebeca tenía razón. Desde el día en que Luis recibió la llamada de aquel tal Matías, que le informó del paraíso en el que vivía Rebeca, sus días solo tuvieron un fin: conseguir destruir esa felicidad al precio que fuera. Por supuesto, se lo comunicó inmediatamente a su padre, sin el cual no tenía iniciativa para casi nada y ambos planificaron su método de actuación.

Utilizando influencias y abusando de sus amistades consiguieron que Rebeca fuera trasladada de destino, aceptando de buen grado la sugerencia del tal Matías de que la enviaran con su nuevo patrón. Les ayudó a decidirse el que les contara que pocas semanas antes una presidiaria había muerto a consecuencia de las heridas producidas por la paliza correctiva que había recibido en dicha finca. Con suerte pensaron que tal vez ella siguiera el mismo camino. Nadie que se riera de su hijo, pensó Esteban, merecía nada mejor.

Matías se sintió satisfecho cuando su nuevo patrón, el señor Morán, le comunicó que iba a recibir una convicta muy especial. Matías, la noche que quedó tirado en el suelo de las bodegas Brader, juró que algún día, no muy lejano, Arturo pagaría la humillación que le había hecho pasar. En éstos momentos, no había nada que pudiera doler más a su antiguo patrón que tener que separarse de esa mujer.

Doña Luisa pensó que nada bueno podían querer aquellos dos policías uniformados que había dejado esperando en el vestíbulo. Fue a por Rebeca a la cocina y temblorosa le puso al corriente.

—Dos policías preguntan por ti, dicen que traen una orden de traslado.

—No puede ser —se asustó Rebeca—. Arturo no lo permitiría, tiene que ser un error.

Las dos mujeres salieron al vestíbulo cogidas de la mano.

—¿Qué ocurre?

—¿Es usted Rebeca Xilos?

—Sí.

—Debe acompañarnos, ha sido trasladada a otra propiedad.

—Pero no puede ser, mi periodo de prueba termina el mes que viene.

El policía revisó la documentación.

—Es lo que debería de ser, pero su contrato parece que fue un caso especial. Solo se firmó para dos meses. Ayer finalizó y no ha sido renovado.

—El patrón está de viaje —indicó doña Luisa—. En cuanto regrese pasará a firmar lo que haga falta.

—Lo siento señora, pero no es así la cosa. Tiene que acompañarnos.

—¿El alcaide está enterado de este traslado? —preguntó Rebeca.

—El alcaide está de vacaciones, la orden la ha firmado su sustituto. No podemos entretenernos más. Por favor, recoja sus cosas.

—¿Puede decirme a dónde me han trasladado?

El policía amablemente consultó la documentación.

—A la finca Morán.

A Rebeca casi se le pliegan las piernas al escuchar ese nombre. Se agarró con fuerza al brazo de Luisa que parecía sufrir la misma debilidad.

—¿Tiene alguna persona a su cargo que deba acompañarla? ¿Hijos?

Rebeca miró a doña Luisa y con lágrimas en los ojos contestó.

—No, no tengo a nadie a mi cargo. No tengo hijos.

En los ojos de doña Luisa también se asomaron las lágrimas. Luisa comprendió el temor de Rebeca por la pequeña y entendió que prefiriera dejarla allí por su bien.

En el trayecto, Rebeca no dejó de repetirse que aquello tan solo era un error burocrático y que Arturo no tardaría en solucionarlo. Solo era cuestión de resistir unas horas. Si al menos hubiera tenido tiempo de despedirse de Megan, de explicarle lo que ocurría y que, si la abandonaba, era por su propio bien.

Supo que aquel traslado nada tenía que ver con el azar o la burocracia cuando nada más bajar del furgón, la primera cara que vio fue la de Matías. Tuvo la impresión de que alguien había echado un puñado de sal en las heridas de su espalda. Matías ya no lucía aquella perfecta dentadura. Ahora le faltaban algunas de sus piezas y otras estaban partidas, fruto de los golpes de Arturo, pero él seguía sonriendo, como si ignorara su nuevo aspecto.

—Mi querida Rebeca, nuestros destinos se unen de nuevo. Ya ves, yo otra

vez de capataz y tú otra vez bajo mis órdenes. Espero que ya sepas obedecer.

Con semejante principio, Rebeca supo que aquello no iba a ser nada fácil, pero estaba dispuesta a resistir lo que hiciera falta.

Matías la instaló en un montón de paja en las cuadras. La hizo trabajar todo el día sin dejarla parar ni para comer. El día siguiente no fue mucho mejor. Un mendrugo de pan, una manzana y un vaso de agua fue todo lo que pudo meter en su estómago en todo el día. Cuando le preguntó a Matías a que venía tanto resentimiento, él contestó irónico.

—No es nada personal, te lo aseguro. Yo de quien deseo vengarme es de nuestro patroncito. Jamás nadie me había tratado así y puesto que tú fuiste la causa de su enfado, creo que es justo que pagues por ello. Sé que vendrá a buscarte. Suplicará que le devuelvan el contrato, aunque tenga que pagar el doble por él. Legalmente no puede recuperarte. Debe de esperar a que venza el contrato con el señor Morán y para entonces, quizás sea demasiado tarde. Cuando venga a suplicar quiero que te vea y se sienta culpable de tu desgracia. Si te ve sin fuerzas, derrotada y hundida, él se sentirá igual y yo seré feliz por el resto de mis días.

Cuando Matías salió de las caballerizas, Rebeca lloró amargamente. Lloró de rabia, lloró de desesperación y de impotencia. Pero se juró a sí misma que Matías no conseguiría su propósito.

Al día siguiente, el trabajo fue agotador. La desnutrición empezaba a hacer mella y sufrió varios mareos a lo largo del día. Cuando ya creía que había llegado la hora del descanso, Matías volvió a presentarse ante ella.

—¿Qué haces ahí tumbada, holgazana?

—Ya he terminado todas las tareas.

—Esta noche el patrón tiene invitados a cenar y quiere que te vean.

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó extrañada.

—Ya lo descubrirás a su tiempo. En marcha, si no quieres que te recuerde lo que pasa cuando no se me obedece.

Rebeca obedeció diligente. Ahora le preocupaba más, qué nueva argucia había planeado que mostrarse fuerte ante aquel fanfarrón.

Todavía no había conocido a su nuevo patrón, pero en cuanto entró al salón, supo quién era. Había solo tres personas y a las otras dos ya las conocía, así que no había lugar a dudas.

—¿Rebeca? —inquirió el más joven-, no es posible. ¿Eres tú de verdad? —volvió a preguntar acercándose-.

Rebeca no contestó. Era bastante humillación que Luis pudiera verla con aquel lamentable aspecto, para además tener que confirmárselo de palabra.

—¡Es increíble! ¿Has visto papá?, es Rebeca.

—Sí hijo, ya veo. Sinceramente confié en que tu gusto respecto a las mujeres haya mejorado en éstos meses.

—Rebeca —le susurró ahora casi al oído—, te recordaba con mucho mejor aspecto.

Rebeca dio un respingo y se separó de él. El patrón habló por primera vez, mirándola fijamente como si quisiera desnudarla.

—No se dejen engañar por la apariencia. Me tengo por un buen fisonomista y aunque esta mujer presenta un estado lamentable, creo que mejoraría mucho tras pasar por un salón de belleza.

—Eso puedo constatarlo, se lo aseguro —corroboró Luis acercándose peligrosamente de nuevo a ella.

—No te acerques a mí —siseó Rebeca—. No necesito un cuchillo para arrancarte de cuajo una de esas orejas de Dumbo.

Luis pareció tomarla en serio porque disimuladamente se separó. Ahora fue el patrón el que se acercó hasta ella.

—Vaya, vaya, sigo pensando que mi colega Arturo Brader, tiene muy buen gusto para elegir sus compañeras de cama.

Rebeca le miró con odio, pero no dijo nada.

Luis se sintió protegido con el anfitrión tan cerca y osó volver a acercarse a Rebeca.

—Dime ¿Qué has visto en un sudoroso agricultor para darle lo que no quisiste darme a mí?

Rebeca volcó en su mirada todo el desprecio que sentía por aquel imbécil y contestó sarcástica:

—Por favor Luis, no me hagas decirlo delante de tu padre y de este señor. Te daría vergüenza volver a mirarles a la cara.

—Serás ...

Luis levantó la mano amenazante, pero el anfitrión le detuvo.

—Tranquilo amigo.

—Veo que todavía no le han bajado los humos —se quejó Luis-.

—Tranquilo —recomendó de nuevo el patrón—, solo lleva tres días con nosotros. Creo que esto va a ser más divertido de lo que pensaba. He de reconocer que al principio solo acepté a esta mujer en mi casa por el placer de

aguijonear al bueno de Brader, pero el domar un corazón salvaje es una tentación a la que pocas veces puedo resistirme.

Luis, bravucón y envalentonado ante su padre, volvió a acercarse a Rebeca.

—Te las dabas de estrecha y al final has acabado siendo una puta barata. Has dado gratis algo por lo que yo estaba dispuesto a pagar mucho. Además de zorra eres estúpida.

Esas palabras colmaron la paciencia de Rebeca. Aquel niño grande necesitaba que alguien le enseñara a moderar su lenguaje y por desgracia iba a tener que ser ella la que se lo enseñara. Tenía a su lado la mesa dispuesta para la cena. No lo pensó más. Cogió un tenedor, que es lo que había más a mano y lo clavó en el muslo izquierdo de Luis con tanta rapidez que ninguno de los que la rodeaba pudo hacer nada para impedirlo.

—¡Maldita sea! —se quejó al instante Luis—. ¡Otra vez no, joder!

Todos acudieron a socorrer al herido, menos Matías que ya la sujetaba con fuerza.

Rebeca estaba llena de rabia y odio y si no fuera porque los brazos del capataz la aprisionaban cortándole casi la respiración, habría continuado con su agresión.

—Mi fuerte no ha sido nunca la puntería —le gritó—. No era precisamente el muslo donde yo quería clavarlo.

—Te vas a arrepentir de esto —le gritaba a su vez Luis desde el sofá.

—Deja de perseguir a las mujeres y ocúpate de hacerte un hombre, tienes mucho que aprender en ese campo —increpó de nuevo Rebeca.

Luis intentó levantarse del sofá, pero entre su padre y el señor Morán se lo impidieron. Este último gritó al capataz.

—Sácala de aquí antes de que tengamos más problemas. ¡Llévatela!

Rebeca seguía luchando por soltarse de las garras de Matías y atacar de nuevo a Luis.

—¡Jovencita! —le gritó el patrón—, ahora he de atender a mis invitados, pero ten por seguro que mañana me encargaré personalmente de que recibas tu castigo.

A Rebeca se le heló la sangre. En su mente se mezclaron imágenes de Poli, con otras en las que sufría en su propia carne los latigazos de Matías.

Para cuando reaccionó, éste ya la había sacado de la casa. Ella volvió a luchar por soltarse.

—Ya veo que todavía guardas fuerzas después de dos días sin comer. Creo que no te importará seguir con la dieta de momento.

Al llegar a las caballerizas la tiró con fuerza sobre el montón de paja. Cayó en mala postura y se lastimó el brazo. Al segundo, Matías regresó con una gruesa cuerda en la mano.

—¿Qué vas a hacer?

—Quiero estar seguro de que te encontraré aquí mañana cuando venga con el patrón a darte tu merecido. La verdad, comparto tu antipatía por ese engreído, pero no has hecho bien enfadando al patrón. Este tiene peores pulgas que el otro.

Matías la tumbó boca abajo y ató con fuerza sus talones y sus muñecas dejándola en una postura incomodísima.

—Que duermas bien princesa —deseó besándola en el cuello.

Rebeca se revolvió furiosa y él rio socarronamente.

Se quedó sola y lloró amargamente sin comprender por qué su vida pasaba con tanta facilidad del paraíso al infierno en tan poco tiempo. Sabía que no podría soportar otra tanda de latigazos sobre su cuerpo. Tal vez el destino de todas las madres de Megan era morir apaleadas.

Cuando llevaba más de una hora atada en aquella posición, dejó de sentir sus piernas. La sangre dejó de llegar a sus pies y a sus manos con aquella cuerda, ahogando sus tobillos y sus muñecas.

Perdió la noción del tiempo. Oyó voces y le pareció imposible que ya hubiera amanecido. Unas linternas cegaron sus ojos.

¡Dios mío! Pensó. Tal vez lo de Luis era más grave de lo que pensaba y la reprimenda se había adelantado. Empezó a dolerle el corazón de lo fuerte que le latía.

Dos hombres soltaron las cuerdas y la ayudaron a ponerse en pie y caminar hacia la puerta. Las luces seguían cegándola, pero jugaría que vestían de uniforme.

En la puerta había más hombres y discutían acaloradamente. Rebeca creyó reconocer la voz del alcaide, pero era imposible, pensó sin creerlo.

—Lo que usted ha hecho es ilegal —acusaba al señor Morán.

—Sabe que no es cierto —se disculpó pausadamente el señor Morán—, solo aproveché el descuido de mi colega. Debería leer los contratos que hace a sus presidiarios.

—Aunque eso fuera cierto y el contrato hubiera espirado, sabe que el primero que tiene derecho a la renovación es el primer contratante. Si él rescinde el contrato, puede ser contratado por un tercero. Para ese trámite hay siete días de plazo que aún no han expirado.

Rebeca llegó hasta la puerta casi en volandas ayudada por los guardias. No conseguía que sus piernas le obedecieran y por más ganas que tenía de salir de allí corriendo, le fue imposible sostenerse en pie.

Los guardias estaban descuidados y Rebeca casi hincó sus rodillas en el suelo. En el último momento unos brazos fuertes y poderosos la alzaron del suelo. Rebeca solo tuvo que aspirar el aroma de aquel cuerpo para saber que era Arturo.

Él la miró y solo con eso, ella recuperó fuerzas. Arturo con ella en brazos, fue hacia el señor Morán.

—No has jugado limpio y pagarás por ello. Vas a darte cuenta que no es bueno tenerme como enemigo.

Arturo echó a andar hacia el coche sosteniendo con fuerza a Rebeca. Observó con qué descaro y con qué ironía Matías mostraba toda su dentadura partida y, al pasar por su lado, según llevaba a Rebeca en sus brazos, no pudo evitar golpear fuertemente con su codo aquella arrogante sonrisa.

Matías se quedó allí, escupiendo sangre y maldiciendo una y mil veces su suerte. Los dos policías subieron delante, en el monovolumen y él, con Rebeca en brazos, subió en la parte de atrás junto con el alcaide.

—Rebeca ¿Te encuentras bien? —se interesó el alcaide en cuanto arrancaron.

—Ahora ya mucho mejor —aseguró sonriente, mirando a Arturo.

Este la besó dulcemente, con miedo de que sus labios pudieran lastimarla. Su aspecto era tan frágil...

—Me asusté tanto cuando nos cruzamos con la ambulancia, creí que no iba a llegar a tiempo —confesó acariciando su rostro.

—Supongo que sería Luis el que viajaba en su interior —conjeturó Rebeca.

—¿Luis? ¿Luis Carandel aquí? —preguntó Arturo incrédulo.

—Sí, creo que no puede vivir sin que yo le clave un cubierto al menos una vez al año.

Miró a Arturo y vio la incredulidad en su rostro, así que añadió.

—Tuve que volver a hacerlo —confesó resignada—. No pude contenerme.

Esta vez fue un tenedor lo que encontré más a mano.

Arturo miró a su amigo el alcaide, que seguía pálido y los dos rieron. Después de la tensión vivida, aquello fue el mejor motivo que encontraron para reír.

—Adoro esa rebeldía que llevas dentro —afirmó Arturo, besándola de nuevo.

—Pues al principio no pensabas igual —indicó Rebeca.

Arturo sonrió feliz de que no hubiera conseguido cambiarla.

—Algunas personas cambian. No todos somos como tú, sabelotodo.

El alcaide les acompañó hasta las bodegas. Arturo volvió a agradecerle que hubiera interrumpido sus vacaciones para ayudarle.

Las luces del porche se encendieron y doña Luisa apareció en la puerta llorando como una magdalena.

—Mi chiquilla. ¡Ya estás aquí! ¿Estás bien, pequeña?

—Muy bien, feliz de estar en casa —afirmó Rebeca abrazando a doña Luisa.

—Mami, mami —se escuchó gritar a Megan—. Ya has vuelto.

Rebeca abrazó a la pequeña y la colmó de besos.

—Cariño, es muy tarde ¿Qué haces todavía despierta?

—Arturo me dio permiso. Me prometió que te traería de vuelta esta noche. No podía dormirme sin verte.

—Bien —interrumpió Arturo, cogiendo a la pequeña en sus brazos—, ya ves que he cumplido mi promesa. Ahora debes irte a dormir. Mamá también está cansada.

La pequeña se cogió de la mano de doña Luisa y desapareció escaleras arriba.

Arturo volvió a coger en sus brazos a Rebeca y caminó rumbo a las escaleras.

—Tu turno, creo que te has ganado un buen descanso —indicó besándola en la frente.

Rebeca se acurrucó en su pecho recuperando solo con ese gesto toda la paz y el sosiego interior, que había perdido en las últimas horas.

Arturo pasó de largo la habitación de Rebeca y continuó pasillo delante.

—¿Dónde me llevas?

—Lo mejor para la mejor —contestó entrando en su dormitorio y sentando

a Rebeca sobre su cama.

Justo cuando lo hacía, se escuchó un fuerte y largo gorgorito procedente del estómago de Rebeca.

Él levantó la vista y ella se sintió avergonzada.

—Lo siento, creo que mi estómago reclama su ración.

—¿Tienes hambre?

—No lo había pensado, pero creo que sí.

Arturo abrió uno de los cajones de la cómoda y sacó uno de sus pijamas de seda.

—Toma, ve desnudándote. Bajaré a prepararte algo.

—¿Tú? —se extrañó Rebeca.

—Pues claro. Soy un perfecto hombre de mi casa o ¿acaso me tienes por un inútil?

—No me lo creo, doña Luisa te tiene en palmitas.

—Sí, pero no siempre he tenido a Luisa conmigo, sabelotodo —se defendió Arturo mientras salía ya por la puerta.

Rebeca se desnudó pausadamente. Ahora que todo había acabado, se sentía como si le hubiera pasado una manada de toros por encima.

Se refrescó la cara y las manos en el lavabo. La ducha tendría que esperar hasta el día siguiente. Imposible llevarla a término, estaba agotada. Se sentó sobre la cama y masajeó sus tobillos.

Arturo entraba ya con una copiosa bandeja.

—Tortilla francesa, queso, ensalada, fruta, leche... un manjar digno del mejor chef —bromeó Arturo, que había buscado más la rapidez que la exquisitez.

Dejó la bandeja sobre la cama y Rebeca se lanzó sobre la comida concienciándose, por primera vez, del hambre que tenía.

Arturo se fijó en sus amoratados tobillos y los masajeó imitando el movimiento que la había visto hacer a ella un momento antes.

Una vez calmada el hambre, cosa que ocurrió al poco rato de estar comiendo, a Rebeca le empezaron a pesar toneladas sus párpados.

—¡Dios mío! —exclamó después de dar un cabezazo—. Creo que voy a quedarme dormida con el tenedor en la boca.

—Sí, ya te veo. Será mejor que pospongas la degustación —propuso Arturo, retirando ya la bandeja.

Rebeca se acomodó en la cama y esperó impaciente a que Arturo ocupara

su lugar. En cuanto él se metió en la cama se abrazó a su pecho y cerró los ojos. Escasos minutos después estaba dormida, pero antes, murmuró:

—Me parece que he muerto y estoy en el paraíso.

Arturo acarició su cabeza y besó su cabello atrayéndola hacia sí con fuerza. Había sentido tanta angustia durante esos dos días...

En cuanto Luisa le puso al corriente, la desesperación de saber que Rebeca estaba en aquella casa, le había vuelto loco. Había revuelto Roma con Santiago para localizar el paradero del alcaide y a Dios gracias que era un buen amigo y en cuanto supo lo sucedido tomó el primer avión de regreso.

Había sido una estupidez por parte de ambos no haber vuelto a recordar el plazo en el que espiraba el contrato. Arturo recordó el día que fue a buscar a Rebeca a la cárcel. Su amigo el alcaide insistió hasta convencerle y para ello hasta le ofreció un contrato por menos tiempo de lo habitual.

—Mira, en lugar de tres meses de prueba, lo haremos por dos. Si para entonces no estás convencido me la devuelves, pero dale una oportunidad —le había insistido—. Te aseguro que he leído su expediente y esa mujer no tenía que estar aquí. Dentro de su injusticia no se me ocurre otro sitio menos traumático para que cumpla su condena, que en tu casa.

Él, sin mucho convencimiento, había aceptado tan solo porque su amigo se quedaría tranquilo. Nunca podría agradecerle lo suficiente el haber sido tan testarudo.

Arturo miró el rostro de Rebeca apoyado contra su pecho. Respiraba pausadamente y su expresión le pareció como la de los mismísimos ángeles. Se sentía segura y así quería él que se sintiera el resto de su vida. Ese había sido el propósito de su viaje cuando salió en busca de datos sobre ese casanova de pacotilla. Ahora comprendía por qué no había localizado a Luis Carandel en ninguno de los lugares que frecuentaba. Estaba demasiado ocupado recibiendo su punzada anual en el muslo.

Estaba convencido de que, después de esto, el señor Carandel intentaría dar un nuevo escarmiento a Rebeca y desde luego, él se iba a ocupar de que eso se quedara tan solo en un deseo irrealizado del señor Carandel.

Permanecieron toda la noche abrazados y a la mañana siguiente Arturo intentó levantarse sin despertarla, pero no lo consiguió.

—¿Ya te levantas? ¿Qué hora es? —preguntó Rebeca echando también pie a tierra.

—No, no, quédate un poco más, es temprano todavía —ordenó Arturo,

inclinándola sobre la almohada.

—Bien —accedió Rebeca muerta de sueño—, me quedaré un poquito más. Enseguida bajo.

—Muy bien —musitó Arturo sonriendo al ver que ya estaba dormida de nuevo.

Rebeca no volvió a despertarse en toda la mañana. Cuando consultó su reloj y vio que pasaban ya diez minutos de las dos del mediodía, se tiró de la cama sin pensarlo y salió corriendo.

Arturo entraba en casa para comer en ese momento y la vio bajar como un rayo las escaleras. Corrió a su encuentro y la tomó en sus brazos.

—¿A dónde vas con tanta prisa y con esas fachas? —preguntó divertido Arturo, mientras giraba con ella en sus brazos.

—¡Dios mío! Acabo de despertarme. ¿Cómo es que nadie me ha llamado?

—Muy fácil —contestó Arturo, dejando de girar—, yo ordené que nadie osara despertarte y ya sabes...

Rebeca coreó a dúo con él, el final de la frase.

—Aquí se hace lo que yo mando.

Los dos rieron felices.

—Estupendo —exclamó Arturo—, ya veo que empiezas a asimilar las normas.

—Sí señor —contestó Rebeca besándole con entusiasmo en los labios.

Arturo se quedó perplejo. Era la primera vez que Rebeca tomaba la iniciativa. Pareció que se le encendiera una luz en la mente y al instante comenzó a subir las escaleras sin bajar a Rebeca.

—¡Eh! —protestó ésta cuando se dio cuenta—, yo iba hacia allí —indicó señalando la cocina.

—Ya, pero todavía no estoy convencido de que hayas recuperado todas tus fuerzas. Tendrás que demostrármelo.

Rebeca sabía perfectamente que tipo de demostración tenía en mente Arturo y su respiración comenzó a acelerarse deseosa.

—No sé por qué, pero me temo que, después de demostrártelo, tendré que volver a guardar cama.

—¡Ah! —exclamó Arturo encogiéndose de hombros—, ese no es mi problema. Señal de que todavía no estás en plenas facultades.

Bajaron a comer juntos casi una hora más tarde. A doña Luisa no le importó tener que calentar de nuevo la comida. La felicidad que brotaba de los

rostros de ambos fue suficiente para hacerlo con sumo gusto.

Rebeca, volvió a acostarse después de comer. Seguía teniendo los tobillos hinchados y el cuerpo dolorido. A media tarde bajó para pasar un rato con su pequeña Megan y cuando calculó que se aproximaba la hora de que Arturo regresara, corrió a meterse en la cama de nuevo.

Arturo se retrasó más de lo que ella había pronosticado y por más que intentó evitarlo, dormía profundamente cuando él entró a la habitación, casi tres horas más tarde.

Rebeca entreabrió los ojos cuando notó que las sábanas se movían y se acurrucó rápidamente sobre su pecho murmurando:

—Espero que no te importe. Como no me ordenaste que volviera a mi cama, sigo aquí.

—¿Bromeas? Si no hubieras estado aquí, habría ido a buscarte y te habría traído arrastras.

Rebeca sonrió sin abrir los ojos.

—Me alegro de no haberme ido, mi cuerpo no habría soportado más calvarios.

Arturo se acomodó y atrajo hacia sí a Rebeca hasta que la tuvo totalmente pegada a él. Solo entonces se sintió a gusto. La había echado tanto de menos durante la tarde... En un par de ocasiones casi no pudo resistir las ganas de subir las escaleras de dos en dos y estrecharla en sus brazos.

Respiró profundamente y repasó todas las tareas del día para ver si había olvidado algo. Se quedó más tranquilo al comprobar que no. Había dejado todas las instrucciones dadas para que las bodegas funcionaran sin él unos cuantos días. Gracias al plan de Rebeca la recolección había terminado antes de lo previsto, dejándole unos días extras libres. Por otra parte, ya había conseguido los informes que necesitaba para emprender su viaje. Su hermano había accedido encantado a pasar unos días ahí, llegaría al día siguiente. No quería volver a dejar sola a Rebeca. Su hermano cuidaría de ella en su ausencia.

Cuando Rebeca se despertó, Arturo seguía acostado a su lado. Se giró y se enfrentó a él, apoyando su cabeza a escasos centímetros de la de Arturo. Su respiración chocaba contra su cara y sin quererlo, acompasó su ritmo con él.

Se creyó tremendamente afortunada de que la suerte hubiera permitido que fuera él, el encargado de hacerle cumplir su condena, ignorante como era de que en este caso nada tuvo que ver la suerte, sino más bien la insistencia y

testarudez del alcaide. Su vida se hubiera convertido en un tormento si su destino hubiera sido otro. Ahora ya no podía imaginar su vida sin Arturo a su lado. Deseó que su condena no acabara nunca, pero sabía que eso no podía ser. No quiso pensar en lo que sucedería después. No había hablado nunca de ello y no quería enfrentarse ahora a ese temor. Se concentró en admirar aquel rostro que tenía tan cerca y que se había convertido en su razón de vivir.

Se vistió y bajó decidida a reemprender sus tareas cotidianas. Le costó un poco convencer a doña Luisa de que no necesitaba más descanso, pero al fin, consiguió que le permitiera ayudarla en la cocina.

Arturo bajó una hora después y se alegró de verla tan dinámica. Doña Luisa, se había percatado de que la cama de Rebeca llevaba dos días vacía, pero ellos seguían guardando las apariencias. Para facilitarles el saludo mañanero, buscó algo que hacer fuera de la cocina. En cuanto salió, Arturo se acercó a Rebeca.

—Me has abandonado.

—Ayer me abandonaste tú a mí —replicó Rebeca.

—Ven, deja eso —indicó Arturo intentando que ella se girara hacia él.

Rebeca se negó.

—No, déjame. Hoy nadie conseguirá alejarme de mis obligaciones. A este paso no terminaré nunca con mi condena y quiero hacerlo cuanto antes.

—Yo también deseo que termine cuanto antes —indicó Arturo, sin que por su tono pareciera enfadado.

Rebeca temió haberle herido. Que hubiera interpretado mal sus palabras. Si debía cumplir su condena, y debía, no quería hacerlo en otro lugar que no fuera ese. No quería que pensara, ni por un momento, que ella quería marcharse de allí. Se giró asustada y afirmó intentando que sus palabras sonaran sinceras.

—Solo bromeaba, no hablaba en serio.

—Yo sí —afirmó Arturo con gran convencimiento.

Rebeca se quedó mirándole. No parecía enfadado y, sin embargo, ella temió que lo estuviera.

Arturo debió de intuir las dudas en sus ojos, porque inmediatamente la atrajo por la cintura y la besó para que Rebeca viera claros sus sentimientos, pero solo consiguió confundirla más.

CAPÍTULO 11

Arturo jugaba en el porche con Megan cuando llegó su hermano.

—Carlos, por fin. ¡Qué ganas tenía de verte!

—¿De verme o de que llegara? —inquirió irónico su hermano.

—De las dos cosas —reconoció Arturo, fundiéndose en un efusivo abrazo con su único hermano.

—Bueno —exclamó Carlos mirando hacia todas partes —¿Dónde está? Me tienes en ascuas. Jamás te vi tan entusiasmado con una mujer.

—Lo estoy y con razón. Lo comprobarás por ti mismo enseguida. Ha ido a los barracones, hace muchos días que no ve a sus amigas.

Megan seguía agarradita a la pernera de los pantalones de Arturo. Éste se agachó y se puso a su altura.

—Mientras llega Rebeca voy a presentarte a otra mujer importante en mi vida.

Su hermano Carlos se colocó también en cuclillas, delante de la pequeña.

—Ella es Megan. Megan, este caballero es mi hermano Carlos.

Carlos extendió su mano, muy respetuoso, como si estuviera siendo presentado a algún alto dignatario. La pequeña estrechó su mano tímidamente.

—Encantando de conocerte Megan. ¿Crees que podrás jugar conmigo algún rato éstos días para que no me aburra?

La pequeña, fascinada con la idea de tener a alguien con quien jugar, afirmó efusivamente con la cabeza. Al ver reír al recién llegado, se abrazó vergonzosa al cuello de Arturo.

—Vamos dentro —propuso Arturo—, Rebeca no tardará.

Pasaron a su despacho y se acomodaron. Megan seguía sujeta a la mano de Arturo y se instaló decidida sobre sus piernas, en cuanto éste se sentó.

—¿De verdad es tu hermano? —preguntó Megan.

—Sí, de verdad —confirmó Arturo.

Ahora Megan se giró hacia Carlos.

—¿Tu mamá y tu papá eran los mismos que los de Arturo?

—Sí, en efecto —contestó Carlos sonriente.

—¡Jo! ¡Qué suerte! —comentó la pequeña.

Arturo acarició sus trenzas orgulloso como un padre. Carlos afirmó muy serio.

—Sí, creo que es una suerte.

Los dos hermanos se miraron y no hicieron falta más palabras.

Se oyó la voz de Rebeca en el recibidor, llamando a Megan.

—Estamos aquí —contestó Arturo.

Rebeca irrumpió en el despacho sonriente y se quedó algo cortada al ver una tercera persona.

—¡Oh, lo siento! No sabía que hubiera visita.

Carlos se puso respetuosamente de pie y Arturo le imitó, posando a la niña en el suelo.

—Pasa —invitó Arturo—, no es exactamente una visita. Ven, os presentaré.

Rebeca pasó tímidamente, intrigada por saber quién era aquel hombre que parecía mirarla con tanta admiración y que permitía que la pequeña Megan le acompañara.

—Te presento a Rebeca. Él es Carlos, mi hermano.

Rebeca casi entreabrió la boca asombrada.

—Encantado de conocerte —saludó Carlos, estrechando su mano.

—¿Tu hermano? —preguntó a Arturo.

Él la miró divertido por su cara de asombro. Fue Megan la que amablemente intentó aclarar el parentesco.

—Sí mami, sus papás eran los mismos, por eso son hermanos.

Los dos hombres rieron encantados con la salida de la pequeña. Rebeca todavía no había reaccionado. Volvió a mirar a Carlos incrédula y con expresión estúpida repitió.

—¡Hermanos!

—¡Bien Arturo! Me gusta -bromeó Carlos-, se ve que es una mujer muy

despierta. Las caza al vuelo.

Arturo soltó una tremenda carcajada que consiguió sacar a Rebeca de su abstracción.

—Lo siento —se disculpó—, es que no acabo de hacerme a la idea. No sabía que tuvieras un hermano, no me lo habías dicho.

—Supongo que no me lo habrás preguntado —contestó Arturo intentado recuperar la compostura.

—No te preocupes, estoy acostumbrado —se quejó Carlos—, nunca habla de mí. En cambio, yo no dejo de mencionarle en mi vida.

—Oye Carlos —interrumpió Megan.

Carlos se agachó para ponerse a su altura.

—Dime preciosa.

—Arturo va a ser mi papá. ¿Querrías ser tú mi tío?

—¡Eh, eh!, no es seguro todavía —interrumpió Arturo.

—Bueno —reconoció Megan—, dijo que tenía que pensarlo.

—Yo no tengo nada que pensar —afirmó rápidamente Carlos—, aunque él no sea tu papá, a mí me encantaría ser tu tío.

—Estupendo —exclamó jubilosa—. ¿Qué hacen los tíos?

—Bueno, yo no tengo mucha experiencia, pero creo que lo más importante es hacerte regalos y jugar contigo.

—¡Guuuaaauuu!

—¿Eso es todo lo que tiene que hacer un tío? —preguntó socarrón Arturo.

—Básicamente creo que sí —contestó Carlos como si estuviera repasando mentalmente una gran lista para ver si olvidaba algo.

—Oye Megan —inquirió Arturo, agachándose también para hablar con la niña—, creo que me gusta más lo de ser tío. ¿No podría ser yo tío también en lugar de papá?

La niña se giró y pasó su bracito alrededor del cuello de Arturo, mientras acariciaba tiernamente su mejilla con la otra mano.

—No, con un tío tengo suficiente y yo prefiero que tú seas mi papá. ¿No quieres?

Arturo la miró conmovido, deseando con toda su alma que el deseo de la niña se hiciera realidad.

—Si alguna vez me decido a ser papá, me gustaría mucho que tú fueras mi primera hijita, pero ya te dije que es algo muy difícil y antes de aceptar quiero estar seguro de que sabré hacerlo bien. ¿Me dejas pensarlo unos días más?

—Yo sé que lo harás bien, pero puedes pensarlo todo el tiempo que quieras —concedió Megan magnánima.

Rebeca seguía allí plantada en silencio, sin saber muy bien hasta qué punto le afectaba a ella esa conversación. Era evidente que la niña se había cansado de esperar a que ella hablara con Arturo del tema y había hecho la propuesta por su cuenta. Rebeca decidió que aquella conversación debía de terminar cuanto antes.

—Megan, tu afán de crearte una familia está llegando demasiado lejos —intervino intentando no ser muy dura.

—Eso no es malo, mami, solo busco lo mejor para mí. Luisa siempre me dice que, si deseo algo con suficiente fuerza, lo conseguiré. ¿A que sí Arturo?

Megan, como todos los niños, sabía muy bien qué podía esperar de cada adulto y sabía que el apoyo de Arturo era incondicional.

—Pues claro que sí. Además —añadió Arturo—, este asunto es personal. Entre Megan y yo. Tú no tienes por qué inmiscuirte.

—Opino lo mismo —añadió Carlos, colocándose al otro lado de la pequeña y abrazando también su cinturita como lo hacía Arturo—. Tú ya tienes la suerte de ser familia de Megan. Es egoísta por tu parte no dejar entrar a nadie más.

El rostro de los hombres era serio y decidido como si estuvieran dispuestos a todo por defender aquel punto. Megan, con sus bracitos por encima de los hombros de ambos, sonreía en silencio más feliz de lo que lo había sido nunca. Rebeca tuvo que darse por vencida. Levantó la vista al techo y exclamó rendida.

—¡Estupendo! Un frente común. Estoy perdida. Venga, vamos a buscar a doña Luisa para que te dé de merendar ¿vale?

—Vale.

La niña salió corriendo del despacho y al instante apareció de nuevo en el quicio.

—Hasta luego tío Carlos.

—Adiós —despidió Carlos accionando con la mano como la niña.

Los tres adultos rieron.

—Os dejamos charlar tranquilos —anunció Rebeca antes de salir—. Encantada de conocerte.

—Pienso quedarme unos días, tendremos tiempo de conocernos mejor —indicó Carlos extendiendo su mano hacia Rebeca.

Las dos féminas salieron de la habitación y los dos hermanos se quedaron de pie mirando hacia la puerta en silencio, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos.

Fue Arturo el que, al cabo de unos segundos, dio una fuerte palmada y terminó con la abstracción.

—Bueno venga, tienes mucho que contarme. ¿Me has traído todo lo que te pedí?

—Sí, pero prométeme que, si pierdo el trabajo por esto, me pagarás un subsidio vitalicio de desempleo.

—Trato hecho.

Tardaron más de dos horas en salir del despacho.

Doña Luisa, que todavía no había visto a Carlos, esperaba ansiosa para estrecharle entre sus brazos. También, al igual que a Arturo, le conocía desde hacía muchos años, cuando ambos eran amigos de su hijo y los quería como si fueran sus retoños.

—Ven aquí, bribón —exclamó en cuanto le vio—, ¿cómo no has entrado a saludarme cuando has llegado?

Carlos fue a su encuentro mientras se excusaba.

—La culpa la ha tenido éste, me ha secuestrado en cuanto he llegado.

Arturo pasó de largo sin hacer caso de las acusaciones y entró al comedor donde Rebeca preparaba la mesa y aprovechando que su hermano y Luisa estaban distraídos, la besó en la mejilla a su paso. Inmediatamente, Rebeca miró tímidamente hacia la puerta para comprobar que nadie les había visto.

—Bien, cuéntame ahora que no nos oye nadie ¿cómo te trata mi hermano?

—Muy bien —contestó Arturo desde el comedor.

—No, no. Que lo diga ella —insistió Carlos pasando su brazo por encima de los hombros de la anciana—. Dime ¿Te cuida bien?

—¡Ay hijo! últimamente soy yo la tengo que cuidarle a él y no al revés, aunque ahora tengo ayuda —añadió picarona mirando a Rebeca.

—Ya me he dado cuenta —afirmó Carlos—. Pero ¿Qué es eso? —exclamó fijándose por primera vez en la disposición de la mesa, que solo tenía dos cubiertos—. ¿Es que vamos a cenar solos?

—Sí hijo —afirmó doña Luisa—, nosotras cenaremos en la cocina. Así podréis hablar tranquilos.

—No, por favor, ni hablar —suplicó Carlos con los brazos en alto—,

llevo dos horas encerrado con él. Necesito escuchar otras voces, ver otras caras.

Carlos miró a Arturo como pidiendo permiso.

—A mí no me mires, no recuerdo la última vez que comí aquí. Últimamente termino siempre en la cocina.

—No hay más que hablar —sentenció Carlos, amontonando los platos y los cubiertos y echando a andar con ellos hacia la puerta.

Todos le imitaron. Cada uno recogió algo de la mesa y salió rumbo a la cocina donde, los cinco juntos, disfrutaron de la cena entre risas y charla animada.

El sueño de Megan se estaba cumpliendo. Aquello era lo más parecido a una familia que la niña había tenido nunca.

Aquella noche Megan tuvo el privilegio de dormir con doña Luisa. Rebeca, como ya era costumbre, lo hizo en el dormitorio de Arturo.

Arturo no quiso enturbiar las últimas horas juntos y evitó tener que comunicarle su marcha hasta que no hubo más remedio.

A la mañana siguiente, estaba metiendo las últimas cosas en la maleta cuando entró Rebeca.

—Luisa me ha dicho que querías verme —afirmó al entrar, clavando sus ojos en la maleta—. ¿Es que te vas?

—Sí, en cuanto termine con esto.

Rebeca sabía la respuesta, pero, aun así, preguntó:

—¿Puedo ir contigo?

Arturo se acercó hasta ella.

—No, prefiero que te quedes y descanses.

Rebeca lo intentó de nuevo mientras Arturo le indicaba que tomara asiento sobre la cama.

—Pero ya estoy bien, no necesito más descanso. Por favor, déjame ir contigo, no te molestaré.

Arturo se agachó ante ella y cogió sus manos.

—No, esta vez no puede ser. Lo siento.

Rebeca vencida, bajó la cabeza desilusionada. Arturo apoyó los codos en sus rodillas y agachó la cabeza para intentar verle el rostro.

—¿Enfadada?

Rebeca negó con la cabeza e intentó sonreír.

—No, más bien aterrada. Cada vez que te marchas, mi cuerpo sufre las

consecuencias.

Arturo la atrajo hacia sí y la abrazó, intentando transmitirle seguridad.

—Esta vez no pasará. Mi hermano cuidará de ti.

Rebeca se abrazó a él con fuerza sin creer que Carlos fuera capaz de vencer al destino. Intentó retenerle en sus brazos, pero él, tras unos segundos, se separó. La besó, cogió su maleta y salió de la habitación. No hubo un adiós, ni ya te llamaré. No sabía cuál era su destino, ni el motivo del viaje, pero casi se atrevía a jurar que no tenía nada que ver con las bodegas. Más bien parecía un asunto personal. Quizás por eso no le había dado ningún detalle, ni había querido llevarla con él. Volvió a sentirse como una mísera presidiaria y no pudo evitar temblar de miedo.

Luisa repiqueteó con los nudillos en la puerta diez minutos más tarde. Rebeca se secó rápidamente las lágrimas, pero fue inútil, no pudo engañar a la vieja Luisa.

—Se llora mucho mejor apoyada en un hombro. ¿Te presto el mío?

Solo de oírla, Rebeca comenzó a llorar de nuevo y doña Luisa corrió a sentarse a su lado para consolarla.

—Ya sabía yo que aquí estaba ocurriendo algo hace mucho tiempo. Le quieres ¿verdad?

Rebeca no pudo contestar, pero ¿acaso hacía falta?

Luisa esperó pacientemente a que Rebeca dejara de llorar y luego le habló tiernamente, consolándola e intentando animarla.

—No debes temer nada. Arturo está haciendo todo lo posible por ayudarte y protegerte y no suele ser un hombre que no consiga lo que se propone. Confía en él.

—Pero ¿Por qué no me ha llevado con él? Yo me sentiría más segura.

—Sus razones tendrá y seguro que son buenas.

—Sí, supongo que tiene razón —asintió al fin Rebeca convencida—, es solo que me ha pillado un poco desprevenida su marcha. Desearía no tener que separarme de él jamás.

—Bueno, si deseas algo con todas tus fuerzas, seguro que consigues hacerlo realidad.

Rebeca sonrió mientras se secaba las lágrimas.

—Ya, como Megan con su familia ¿no?

—Exactamente igual, ¡ahí tienes la prueba!, ella lo está consiguiendo —afirmó convencida doña Luisa.

Rebeca se sonó la nariz y preguntó tímidamente.

—¿Cree que a Arturo le importará si sigo usando su cama hasta que vuelva?

—¿Importarle? Insistió en ello antes de irse —aseguró doña Luisa.

—¿En serio?

—Pues claro tontita —reafirmó cogiéndola de la mano y remolcándola hacia la puerta.

Lo cierto es que, de momento, estaban siendo unos días muy agradables. Megan alegraba las horas con sus travesuras y ocurrencias. A sus seis años tenía la mente ágil y despierta, como solo las personas que han tenido que enfrentarse a la crueldad de la vida desde temprana edad, pueden tenerla. Para colmo, había encontrado en Carlos el compañero de juegos perfecto. Rodaba por el suelo con ella, se disfrazaba, saltaba sobre las camas, todo con tal de ver reír a Megan. Rebeca dudaba si lo hacía por entretener a la niña o por divertirse él.

Esa tarde los encontró en el patio, jugando a indios y vaqueros.

—Cuidado mami, cuidado o te raptarán los indios —previno a Megan.

Al instante Carlos “Toro Sentado”, con la cara llena de rayas de betún negro, se abalanzó sobre ella cargándosela al hombro y girando con ella.

Rebeca gritó y rio divertida. Megan disparó al malvado indio, que cayó muerto al suelo, liberando así a su madre.

—Me marchó antes de que lleguen más indios —anunció Rebeca con la respiración entrecortada.

El indio resucitó.

—Espera, ¿Dónde vas? Voy contigo.

—No, déjalo, seguid jugando, solo voy a llevar éstos papeles a los barracones y luego a lo mejor doy un paseo por los viñedos.

—Espera —insistió Carlos levantándose—, por favor, déjame acompañarte.

—Está bien, como quieras. Megan ¿quieres ir ayudando a doña Luisa a hacer la cena?

—Muy bien —contestó de buen grado.

—Pero antes lávate las manos, ¿vale?

—Vale. Tío... ¿Jugaremos luego?

—¿Bromeas? Ya me han matado una vez, por hoy ya vale.

La niña rio divertida.

—Te he ganado.

—Mañana yo seré vaquero y tú la india —propuso Carlos fingiéndose ofendido.

—Vale, ganaré igual.

—Si no me dejas ganar —amenazó Carlos—, me iré.

—No puedes, Arturo se llevó tu coche. Hasta que no vuelva no puedes marcharte.

—Me da igual. Me iré andando —refunfuñó Carlos.

—Bueno. Mañana me matas tú ¿vale?

—Bien —contestó satisfecho saliendo ya detrás de Rebeca.

—Como la sigas malcriando tendrás que quedarte a vivir aquí con ella.

—Ni hablar, mi límite de campo y naturaleza no supera los diez o quince días como máximo.

—Eso me pasaba a mí, pero estoy empezando a cambiar de idea. Si me oyera tú hermano se reiría de mí —confesó Rebeca.

—Sí, nunca te presiona, no te obliga a nada, pero termina convencándote de todo.

—Exacto ¿a ti también te ha pasado?

—De pequeños —explicó Carlos—, a él era al que le encantaba jugar a policías y ladrones. Te lo hacía imaginar tan platónico y atractivo que de mayores el que se ha convertido en policía soy yo.

—¿Eres policía? —preguntó sorprendida de nuevo.

—Sí, ejerzo en tu misma ciudad. ¿Tampoco lo sabías?

—No, solo me dijo que tú cuidarías de mí en su ausencia y te encargarías de protegerme.

—Soy cinturón negro de karate —informó con falso orgullo.

—Ahora todo encaja. Realmente se tomó en serio mi seguridad.

—Todo lo tuyo lo toma muy en serio —aseguró Carlos sin atisbo de broma.

Rebeca no dijo nada. En el fondo sabía que era cierto, pero seguía sin ninguna explicación.

Carlos resultó un acompañante perfecto. Aunque buen conversador sabía, llegado el caso, guardar silencio y escuchar. Todas las noches, después de cenar, solían charlar durante horas. El ritmo de trabajo había descendido. La recolección estaba terminada y Rebeca se permitía el lujo de levantarse un poco más tarde. Gracias a él, Rebeca pudo saber muchas cosas del pasado de

Arturo que le ayudaron a conocerle mejor. En realidad, los dos hermanos hasta físicamente eran muy parecidos. Si acaso, Carlos carecía de la coraza de hombre serio y distante con la que Arturo se había protegido para que nadie pudiera acercarse lo suficiente.

Por boca de Carlos, supo que sus padres habían muerto cuando ellos todavía no tenían edad suficiente para echarlos de menos. Unos tíos de su madre se hicieron cargo de ambos y los cuidaron y educaron hasta que muy mayores murieron, cuando ellos tenían veinte y veintidós años. Casi por la misma época, murió Pablo, amigo íntimo de ambos e hijo de doña Luisa.

—Se puede decir que nos adoptamos mutuamente. Luisa cuidó de nosotros y nosotros cuidamos de ella. Arturo se levantó un día harto de la ciudad y decidió abrirse camino en el campo. Cogió el dinero que habíamos heredado y lo invirtió en estas tierras.

—Entonces, si tú parte también está invertida aquí ¿tú también eres dueño de esto?

—No, ni hablar. Yo no quería tener nada que ver con esto. Fue una inversión. Le presté mi parte y a lo largo de éstos años, Arturo me lo ha ido devolviendo. Esto es solo suyo, es su sueño y le pertenece.

Hacía nueve días que Arturo se había marchado y que ella supiera, no había ni telefonado.

Cuando doña Luisa la avisó que la llamaban por teléfono corrió, creyendo que se trataba de Arturo.

—¿Es Arturo?

—No, el alcaide —informó Luisa.

Rebeca tomó el auricular con desgana.

—Hola Rebeca. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Ya regresó de sus vacaciones? —preguntó cortésmente.

—Sí, hace un par de días.

—Arturo no está —informó frágilmente Rebeca.

—Sí, lo sé. En realidad, es contigo con la que quiero hablar. ¿Podrías acercarte por aquí?

—¿Por la prisión? ¿Ocurre algo malo?

—No, no te preocupes. Cuestión de papeleos, pero prefiero que hablemos en persona. ¿Vendrás?

—Sí, claro. Procuraré ir cuanto antes —contestó con un hilo de voz.

Colgó el auricular y se sentó invadida por el miedo. Carlos entraba en la habitación en ese momento.

—¿Quién era? —preguntó jovial.

—El alcaide. Quiere verme.

—¿No te dijo para qué?

—No, pero seguro que para nada bueno —respondió totalmente convencida de ello.

—Bien, pues vamos, te llevo —se ofreció Carlos.

—¿Ahora? —preguntó aterrada.

—Cuanto antes mejor ¿no?

—Sí, supongo que tienes razón —accedió desmoralizada.

Carlos no parecía darse cuenta de la situación. Camino de la prisión no dejó de canturrear. Sin embargo, Rebeca no abrió la boca. Todo había ido demasiado bien. Estaría mucho más tranquila si Arturo hubiera podido acompañarla, pero una vez más tenía que enfrentarse a su destino sola.

Carlos aparcó la furgoneta en el parking de la prisión y cogió de la mano a Rebeca, echando a andar decidido. Rebeca frenó el avance y sujetó la mano de Carlos con las suyas.

—Espera, espera —pidió—. ¿Y sin han encontrado la forma de hacerme volver a su casa?

—¿A qué casa?

—A la del señor Morán.

—Es imposible —sentenció Carlos, poniéndose en marcha de nuevo.

—Pero ¿y si pasa? —insistió Rebeca tirando de nuevo de su brazo para que parara—. Prométeme que no dejarás que me lleven allí.

Carlos lo prometió sin parecer darse cuenta de lo que decía. Rebeca le obligó a parar de nuevo y reflexionar. Él, paciente, se detuvo, la cogió de las dos manos y mirándola de frente aseguró.

—Vamos a entrar juntos y te prometo que saldremos juntos. Soy el responsable de ti hasta que Arturo vuelva y nadie nos va a separar. ¿Entendido?

Esta vez Rebeca pareció más convencida de que no había nada que temer, pero, aun así, no volvió a soltar la mano de Carlos.

El alcaide les recibió en cuanto anunciaron su llegada y saludó efusivo a Carlos, al que parecía conocer ya.

—Vaya, cuánto tiempo sin verte. Estás estupendo.

—Hola Carlos. ¿Cómo te va? ¿Sigues cogiendo maleantes?

—Claro. ¿Cómo ibas a vivir tú si no?

Los dos rieron.

—Pues también es verdad —contestó el alcaide, volviendo a su sillón tras la mesa—. Sentaos, por favor.

Carlos y Rebeca tomaron asiento al otro lado.

—¿Cómo estás Rebeca? —preguntó el alcaide viendo el terror en sus ojos.

—Hasta que recibí su llamada estupendamente. Ahora ya no sé qué decirle. ¿Qué sucede?

—Nada, solo quiero que firmes éstos papeles —indicó el alcaide extendiendo unos cuantos folios ante Rebeca.

—¿Qué son?

—La documentación para tu puesta en libertad inmediata —respondió como si fuera algo sin importancia.

Rebeca no dio crédito a sus oídos y lo miró interrogante.

—Se ha revisado tu caso y han retirado todos los cargos. En cuanto firmes éstos papeles la sentencia quedará sin valor.

Rebeca soltó el bolígrafo que ya había cogido y movió la cabeza de lado a lado, visiblemente nerviosa. Los dos caballeros, sin embargo, seguían inalterables.

—Pero ¿cómo que se ha revisado el caso? No puede ser. ¿Quién lo ha reabierto?

El alcaide revisó la documentación con aire distraído.

—No lo sé exactamente, vamos a ver, aquí está el documento de la retirada de la denuncia que habían interpuesto contra ti..., una petición de un buffete de abogados pidiendo la revisión..., esto parece un certificado de falta de antecedentes anteriores de un policía de tu distrito, un tal... Carlos Brader. Y —añadió estudiando el último documento de la carpeta—, también hay otro informe del encargado de tu custodia un tal, Arturo Brader, apoyando tu puesta en libertad.

Rebeca, con los ojos humedecidos miró entusiasmada a Carlos, que seguía sentado pausadamente a su lado.

—Hacen falta tres firmas para revisar un caso —informó Carlos—. Creo que el alcaide de la prisión también tuvo algo que ver.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Rebeca, esta vez de alegría. No podía imaginar que esto pudiera ocurrir.

—No sé qué decir. No puedo creerlo —exclamó entusiasmada, soltando una risita floja.

—No hace falta que digas nada, pero sería conveniente que firmaras los papeles. Vamos, si quieres —añadió divertido el alcaide, contagiado de su felicidad.

—Por supuesto que quiero —aseguró tomando de nuevo el bolígrafo.

—Por cierto —comentó el alcaide—, supongo que te alegrará saber que el señor Morán ha sido excluido del plan de rehabilitación de presos. Sus convictos han sido recogidos y reasignados a otras fincas de trabajo.

—¡Bien! —exclamó entusiasmada Rebeca—. ¡Otra excelente noticia!

Antes de abandonar el despacho Rebeca dio las gracias al alcaide una docena de veces y se marchó, sin todavía creerlo del todo.

Ya de regreso en la furgoneta, empezó a reaccionar. Leyó y releyó los papeles.

—No es una broma ¿verdad? —preguntó a Carlos.

—No es un tema para bromear.

—No puedo creerlo todavía. Nunca podré agradeceros lo que habéis hecho por mí.

—No ha sido nada, al contrario, fue una injusticia que se te impusiera semejante condena cuando solo te defendiste. Yo que tú me plantearía demandar al estado.

—Ni hablar. No pienso volver a pisar un juzgado en mi vida. Además, no lo pretendían, pero me han proporcionado la oportunidad de conocer a Arturo y a Megan. Sin duda valió la pena.

Rebeca se abalanzó sobre Carlos y le abrazó dándole un sonoro beso en la mejilla.

—¡Eh, cuidado! Que mi autocontrol tiene un límite -bromeó Carlos.

Rebeca volvió a guardar silencio durante unos kilómetros. Parecía repasar los acontecimientos. Entonces cayó en la cuenta de otro detalle.

—Carlos, ¿por qué habrán retirado los cargos? Es raro, sobre todo después de mi último encuentro con Carandel.

Carlos sonrió irónico y Rebeca insistió.

—Dímelo, tú lo sabes.

—Bueno, digamos que hubo un poco de coacción.

—¿Coacción? ¿Por parte de quién?

—Está bien, te lo voy a contar, no resisto las ganas, pero no le digas a

Arturo que yo te lo conté. Me ordenó que no te lo dijera.

—¿Arturo? ¿Qué tiene que ver Arturo?

—Todo —respondió divertido.

Carlos le contó con pelos y detalles la artimaña que habían urdido entre ambos para cazar al ingenuo conquistador Carandel. Arturo se las ingenió para que Luis Carandel organizara una de sus fiestas en su casa. Luego ayudado por algunos nombres que Carlos le había proporcionado, introdujo en la fiesta, además de las típicas niñas bien ligeras de cascos, algunas profesionales del sector. Carlos, cuando vino había traído consigo fichas policiales de las invitadas en las que, por error, algunos de los datos como la edad y los antecedentes habían sido modificados. También con ayuda de Carlos y sus contactos, se hicieron con fotos comprometidas de la fiesta en cuestión. Solo hizo falta mostrar las fotos y las fichas policiales a los padres de las niñas bien y ellos se encargaron de apretar las tuercas al anfitrión de la fiesta por haber mezclado a sus hijas con traficantes y damas, digamos, de dudosa reputación. Después solo fue cuestión de negociar qué quería el fotógrafo a cambio de no involucrarlos con cargos como prostitución de menores, drogas, etc. Ni que decir tiene que el representante del fotógrafo en cuestión, era el insigne Arturo Brader.

CAPÍTULO 12

Rebeca seguía como en las nubes. Reía y lloraba alternativamente y daba gracias a Dios por haber puesto en su camino a gente como Carlos, el alcaide y Arturo. Arturo. ¿Dónde estaría? ¡Cuánto le habría gustado poder disfrutar con él este momento!

Llegaron a la casa y Rebeca casi se bajó en marcha de la furgoneta y entró como un huracán en la casa, llamando jubilosa a doña Luisa.

Ésta salió a su encuentro y tuvo que soportar los abrazos, besos y achuchones que Rebeca le propinó, antes de que, atropelladamente, le contara lo sucedido. Doña Luisa sensible y de buen corazón como era, también tuvo que secarse las lágrimas que de felicidad brotaron de sus cansados ojos.

—¡Hija mía!, cuánto me alegro. Menos mal que sigue habiendo justicia en el mundo.

—No, señora Luisa. Sigue habiendo gente buena que se encarga de hacer justicia —corrigió Rebeca, abrazando de nuevo a Carlos.

Megan apareció en la puerta, intrigada por saber a qué venían tantos gritos y risas.

—Megan, mi amor, ven aquí. Tengo una sorpresa que te va a encantar.

La niña corrió hacia Rebeca y los cuatro entraron en el comedor y se acomodaron. Los tres adultos sonrientes, la pequeña expectante.

Rebeca detalló, lo más comprensiblemente que pudo, el cambio que se había producido en su vida y que, como carambola, también iba a cambiar la de Megan. Rebeca era libre de abandonar aquel lugar y por fin podría mostrar a la pequeña, encerrada desde que tenía uso de razón en lugares parecidos a ese, lo que era una ciudad, un parque de atracciones, un cine, una escuela, una fuente y muchas cosas más que Megan no había tenido ocasión de ver nunca.

Megan, a medida que avanzaba el relato de Rebeca, dejó de sonreír y su rostro cada vez estaba más triste y compungido para asombro de su madre. Rebeca pensó que tal vez no se estaba explicando bien y Megan no había comprendido lo maravilloso que aquello iba a ser para ambas.

—¿Te das cuenta Megan? Podremos ir a visitar a la mamá de tu mamá, tu abuelita y también conocerás a mi papá.

Megan seguía cabizbaja.

—Megan cariño, ¿no te alegras? ¿No quieres ver a tus abuelitos y conocer ciudades muy grandes?

—Sí.

—Entonces ¿Por qué esa cara?

—Si hacemos eso ya no podremos vivir más en esta casa. Tú y yo nos iremos, pero la yaya Luisa y Arturo se quedarán aquí y ya no podré jugar más con tío Carlos.

Rebeca no había querido pensar en la otra cara de la moneda, pero Megan se la había descubierto ante los ojos, con toda crudeza. Todos guardaron silencio.

—Es así. ¿Verdad mami?

—No tiene por qué serlo si no queremos. Podremos venir a visitarlos siempre que queramos —propuso Rebeca abrazando a la pequeña para que ésta no pudiera verla llorar.

—Ya, pero no será lo mismo —se lamentó Megan tristemente.

Doña Luisa se secó las lágrimas y se levantó decidida a terminar con aquel dolor. Fue hacia la niña y la zarandó con alegría.

—Pues claro que será igual —afirmó con entusiasmo—. ¿Sabes la suerte que tienes? Mamá te va a enseñar cosas que yo nunca he visto, siempre encerrada aquí.

La mujer calló un momento como si pensara y añadió.

—Igual me voy yo con vosotras una temporada.

Megan sonrió por primera vez.

—¿De verdad?

—Pues claro que sí —contestó doña Luisa cogiendo de la mano a la niña y saliendo de la habitación mientras seguía conversando—. Creo que lo mejor será que vayáis vosotras por delante y cuando veas algo realmente precioso, lo apuntas en un cuaderno.

—Y luego, cuando tú vengas —interrumpió encantada la niña—,

volveremos a los mejores sitios. A los más divertidos.

—Eso es.

Rebeca aún escuchó a la pequeña por el pasillo preguntar a doña Luisa.

—¿Crees que Arturo querrá venir alguna vez contigo?

—Bueno, se lo preguntaremos, yo creo que sí, pero ya sabes, como tiene que trabajar igual no puede siempre.

Las voces se alejaron hasta que fueron inaudibles. Rebeca ocultó su rostro entre las manos para que Carlos no la viera llorar.

—Venga, no te preocupes —animó Carlos—, se le pasará enseguida.

—Pero a mí no. No quería pensar en las contrapartidas de mi libertad. Ha tenido que ser una niña de seis años la que me haga enfrentarme a ellas.

—Vamos, es lógico que a Megan le asuste enfrentarse a ese mundo que desconoce, pero tú sabes lo que es. Es tu mundo, tu vida y ahora has de integrar a Megan en ella.

Rebeca no quiso reconocer ante Carlos que aquel ya no era su mundo, que, a ella, al igual que a Megan, no le importaría pasar el resto de su vida en esa casa.

Rebeca volvió a secarse las lágrimas.

—En el sobre de los documentos el alcaide incluyó dos billetes de tren para mañana por la tarde.

—Supongo que cortesía del estado —bromeó Carlos.

—¿Crees que Arturo llamará antes de que nos vayamos? —preguntó deseosa de que le diera alguna esperanza.

—No lo sé, preciosa. Es posible.

—¿Por qué este viaje tan repentino?

—Ya lo sabes. Tenía que prepararlo todo —justificó Carlos.

—Bien, ya lo hizo, ya todo ha terminado. ¿Por qué no ha regresado?

Rebeca tragó saliva y bajó la mirada antes de preguntar amargamente.

—¿Es que ya no quiere verme más?

Carlos la abrazó inmediatamente y buscó la forma de tranquilizarla sin delatar con ello los sentimientos de su hermano.

—Quizás solo quiera darte la oportunidad de elegir. Vuelves a ser libre. Intégrate en tu mundo y si en tu vida sigue habiendo sitio para él, si sigues sintiendo lo mismo, tal vez deberías decírselo.

—¿De verdad piensas que se alejó solo para que yo pueda ser objetiva?

—Es una posibilidad.

Carlos conocía bien a su hermano y sabía bien que si quería algo no daba oportunidad a nadie de que se lo arrebatara, pero ¿qué iba a decirle?

Rebeca se acostó en la gran cama de matrimonio. Era su última noche en ella y debía pasarla sin Arturo a su lado. Buscó algún rincón en la almohada que todavía conservara su aroma y se acomodó sobre él. Cerró los ojos y se figuró entre sus brazos. Solo así consiguió conciliar el sueño.

A la mañana siguiente preparó sus cosas y las de Megan y deambuló cuarto por cuarto por toda la casa, intentando conservar en su retina el máximo de detalles. Cabía la posibilidad de que no volviera nunca allí y quería conservar en su memoria todos los detalles del lugar donde había sido tan feliz, a pesar de las circunstancias.

Se acercó hasta las bodegas y se despidió de José que parecía sinceramente sorprendido con la noticia. Deambuló por los viñedos solitarios, descargados ya de todo su fruto y a la hora de comer entró en los barracones para despedirse de Lola, Rosa y las demás.

Todas se alegraron y sintieron como si una parte de ellas mismas se liberara. Fue un momento muy emotivo. Después de todo, aquellas mujeres, aunque hubieran cometido algún error en sus vidas, seguían conservando su corazón y su capacidad de afecto.

Rebeca regresó a la casa cabizbaja, afectada por la despedida. No se dio cuenta de que Carlos estaba en el despacho de Arturo hasta que la llamó.

—Rebeca.

—¡Ah, hola! No te había visto. ¿Has visto a Megan? Deberíamos comer ya si no queremos perder el tren.

—Sí, está en la cocina, con Luisa. Están poniendo la mesa.

—Voy a ayudarlas entonces.

—Espera —pidió Carlos, metiéndose las manos en los bolsillos—. Antes llamó Arturo.

—¿Ah sí? Y ¿qué dijo?

—Nada. Que está bien.

—¿No va a volver?

—No, dijo que tardaría unos días en volver. Tiene previsto otro viaje.

Rebeca respiró hondo.

—¿Sabe que nos marchamos hoy?

—Sí. Me dijo que te dijera que te desea todo lo mejor y que consigas todo lo que desees en la vida.

Estúpido. Todo lo que deseo eres tú, pensó Rebeca mientras sentía como las lágrimas empezaban a aflorar de sus ojos. Respiró hondo para detenerlas antes de que escaparan y lo consiguió.

—Bueno, será mejor que vaya a ayudar a doña Luisa. No podemos perder el tren.

Durante la comida Rebeca mostró una fingida alegría. Se dedicaron a planear con Megan sus distintas escapadas y las posibles visitas de Arturo, Carlos y por supuesto doña Luisa, pero ella bien sabía que esas visitas no llegarían nunca. Creyó que para Megan la transición sería más fácil si seguía ilusionada en no romper bruscamente con el pasado.

Carlos las iba a acompañar hasta la estación, pero doña Luisa prefirió despedirlas allí mismo. De nuevo se intercambiaron besos y abrazos y las lágrimas hicieron su aparición.

Cuando entraron en la estación Megan pareció asustada. Los andenes estaban abarrotados de gente y la pequeña no hacía nada más que mirar a unos y otros. Agarrada fuertemente con su manita a la mano de Rebeca, no podía imaginar que existieran tantas personas en el mundo.

Un tren hizo sonar su silbato anunciando su salida y parte de los transeúntes se subieron a él, despejándose un poco el andén.

—¿Ese es el nuestro? —preguntó la pequeña.

—No —contestó Carlos—. Cuando se marche ese tren parará otro aquí y, en ese, es en el que tenéis que subir.

Dejaron las maletas en el suelo y esperaron la llegada del tren. Megan seguía mirando a todas partes, ávida de información, pero sin soltar la mano de Rebeca.

La niña, una vez empezada su nueva andadura, no demostraba restos de infelicidad. Parecía encantada con aquel gentío y no dejaba de señalar con su dedito las vías, los trenes, los perros, cualquier cosa que detectaran sus retinas.

Ahora era Rebeca la que, cuanto más se acercaba el momento de partir, más triste parecía.

Megan volvió a tirar entusiasmada del brazo de Rebeca. Sin duda había vuelto a divisar algo sorprendente.

—¡Mami, mami, mira!

Rebeca, que conversaba con Carlos, no se giró esta vez. La niña insistió.

—¡Mami, mira, mira!

De pronto la pequeña se soltó de la mano de Rebeca y echó a correr por el andén. Rebeca se asustó y la siguió con la mirada, llamándola desesperada.

La vio correr derecha hacia la figura de un hombre, unos cincuenta metros más allá. Cuando llegó junto a él, el hombre se agachó y ella se abrazó a su cuello.

Rebeca se tranquilizó al verla detenerse y echó a andar hacia allí, seguida de Carlos. No imaginaba a quién podía conocer Megan para salir corriendo de ese modo, a saludarle.

Había recorrido la mitad de la distancia que los separaba, cuando su corazón empezó a acelerarse, intuyendo a quién correspondía ese rostro que se ocultaba tras el cuerpecito de Megan. Una rápida mirada al pícaro rostro de Carlos le dio la confirmación definitiva.

Entonces no pudo seguir avanzando. Se quedó allí, quieta como una estatua. Vio que Megan emprendía la carrera de regreso hacia ella, pero él siguió allí quieto, de pie de nuevo, mirándola, con su chaqueta al hombro, cogida con un dedo y colgando sobre su espalda.

Megan llegó hasta ella y golpeó sus piernas, con la respiración entrecortada.

—¡Mami, mami!

Rebeca se agachó para atenderla.

—Arturo dice que ya se ha decidido y que quiere ser mi papá, pero que tenemos que pedirte permiso a ti.

Rebeca apretó sus labios para que no se abriera su boca. Megan insistió nerviosa.

—¿Qué dices mami? ¿Le dejas? Di que sí, por favor. ¿Le dejas?

La mujer, seguía con la vista fija en los cuadros del vestidito de Megan. Con el rabillo del ojo vio unos pantalones que se paraban a su lado y escuchó la voz de Arturo.

—Bien sabelotodo, no tenemos todo el día. Tenemos que coger un tren. ¿Qué contestas?

Rebeca levantó la vista. El sol cegaba sus ojos y tuvo que guiñarlos y ponerse la mano de parapeto para conseguir ver a Arturo que se ocultaba tras sus gafas de sol, aunque ella podía imaginar perfectamente su mirada.

—¿Eres consciente de que para convertirte en el padre legal de Megan tendrás que casarte conmigo? —inquirió sonriente.

—Me temía algo así. En fin, si no hay más remedio —respondió Arturo haciéndose el sacrificado.

Rebeca, todavía en cuclillas, cabeceó incrédula.

—Jamás creí que nadie me pediría matrimonio de esta manera —exclamó divertida.

—Vamos, hermanito —intervino Carlos—. ¿Qué maneras son esas de declararse? Seguro que sabes hacerlo mejor.

Arturo tiró del brazo de Rebeca y la puso de pie, abrazándola por la cintura. Los dos se miraron sonrientes. Por fin, después de tantos días separados, de nuevo sus cuerpos respiraban al unísono.

Arturo acarició los labios de Rebeca con su dedo pulgar, hipnotizado ya por ellos.

—Rebeca, te amo y quiero que te cases conmigo.

Rebeca le rodeó el cuello con sus brazos y respondió:

—Si algo he aprendido es a cumplir tus normas, no mentir y obedecerte siempre.

Rebeca le besó en los labios y añadió:

—Yo también te amo y si quieres que me case contigo, lo haré.

Arturo sonrió feliz antes de besarla.

Megan, con los dientes apretados, les miraba sonriente sin dejar de gesticular con las manos. Era la primera vez que les veía besarse. ¿Quién sabe? Igual era la primera vez que veía besarse a un hombre y una mujer.

—Muy bien, mi enhorabuena —felicizó Carlos abrazando a Rebeca y besando su mejilla-.

Con Rebeca aún en sus brazos, estrechó la mano de Arturo y añadió:

—Como ves te entrego a tu mujer sin un rasguño, sana y salva.

Carlos soltó la cintura de Rebeca y Arturo rodeó esta con su brazo. Entonces metió la mano en su bolsillo y sacó un juego de llaves que entregó a Carlos.

—Yo te entrego tu coche en el mismo estado, sin un rasguño, sano y salvo.

Carlos miró las llaves y exclamó enfáticamente:

—¿Por qué tengo la sensación de que he salido perdiendo en el cambio?

Los tres rieron y Megan les imitó. La niña, no entendía muy bien de qué se reían, pero tenía sus propios motivos para reír. Prácticamente había conseguido completar su nueva familia. Tenía abuelos, tío, padre, madre... Quizás le faltaba un hermanito, pero ahora ya sabía el truco. Solo era cuestión

de desearlo con todas sus fuerzas.

FIN

Nota de la autora:

Y hasta aquí mi historia. Espero que hayas disfrutado con su lectura. Su propósito no era otro más que el de entretenerte durante unas horas. Aunque también es cierto que lleva implícito un canto a la positividad porque, a veces, hasta de las peores experiencias surgen cosas maravillosas.

Te habrás dado cuenta de que me he tomado algunas licencias en cuanto a leyes y procedimientos jurídicos que espero sepas disculpar, pero eran necesarias en la trama.

Si te ha gustado mi novela, te agradecería que dejaras constancia de tu opinión en Amazon. Es algo que solo te llevará unos minutos y que servirá para que mi novela pueda llegar a muchos más lectores. Lo dejo en tus manos.

Gracias por adelantado y hasta una próxima ocasión.

Otra novela de la autora:



Matrimonio pactado. Échale un vistazo

Roxana tuvo que abandonar su hogar tras el asedio que este sufrió y en el que murieron sus padres. Ahora, regresa pensando que será para siempre, pero su tía, su tutora legal, tiene otros planes para ella y se descubre comprometida con un desconocido con el que debe partir inmediatamente.

Por su parte, Daniel su prometido, teme quedar ligado para toda la vida a una mujer demasiado joven e inmadura. Pese a ello, está dispuesto a darle un voto de confianza e incluso a concederle tiempo para que se aclimate a su nueva vida.

Y cuando, al fin, parece que todo empieza a funcionar, de nuevo sus vidas sufren una nueva conmoción que pondrá a prueba sus sentimientos.

Un relato en el que se plasma que mujeres valientes, independientes y audaces, pese a los tiempos que les haya tocado vivir, las ha habido siempre. Y que hombres tolerantes, dialogantes y adelantados a su tiempo, pese a los tiempos que les haya tocado vivir, también los ha habido siempre.

Recompensa, una familia.

Rosa Sáenz.